



# Se armó Cupido

Maleja Arenas

Portada por:

Yanin López

Revisión:

Maleja Arenas

[www.autoramalejaarenas.blogspot.com.co](http://www.autoramalejaarenas.blogspot.com.co)

Obra registrada en Safe Creative 2017

ISBN: 9781521860373

Todos los derechos reservados.

Maleja Arenas 2017

Cali - Colombia

# Dedicatoria

*A todos aquellos que sueñan con cada letra, con cada página, con cada  
libro que devoran.*

*Bienvenidos a un nuevo sueño, a una nueva realidad.*

Esta obra es de ficción, sacado todo desde el revoltijo que es mi cabeza. Las ciudades y todo es producto de mi invención. Contiene lenguaje pesado y escenas calientes. Léelo bajo tu responsabilidad.

# Contenido

## Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

**Epilogo**

**Agradecimientos**

**Sobre la autora**

# Sinopsis

*¿Cuál es el peligro de entrar al baño de hombres?*

Bueno, tal vez que descubras a dos hombres midiendo quién tiene el mayor tamaño, o tal vez que se burlen de ti por entrar donde no debes hacerlo.

Lo que nunca imaginé fue que entrar ese día, a esa precisa hora, justo en ese baño; me llevará a este espiral que es ahora mi vida. Todo porque casi fui testigo de cómo asesinaban a un agente encubierto, el maldito callejón por el cual huimos tenía cámaras de seguridad y justo tuve que mirar hacia atrás cuando él, muy claramente me dijo "*No lo hagas*".

Y digo casi, gracias a que mi maldito ingenio y mi histeria le salvaron la vida al hombre, colocando en peligro la mía. Ahora, el departamento de policía y el gobierno me tienen escondida, en un horrible apartamento, en una horrible zona residencial, porque se supone que:

*¿Quién podría sospechar de una pareja de recién casados muertos de hambre y locos de amor?*

Jodidos baños de hombres y jodido cupido que me llevó a enamorarme del idiota que me puso en ésta situación en primer lugar.

## Juliana

*Quiero matar a Silvia.*

Con todas mis fuerzas.

Podría estrangularla o empujarla por las escaleras del edificio donde vive. Algo que acabe con su vida.

Porque es una maldita traidora y no merece más.

Se supone que esta era una noche de sólo chicas. Ella, María Fernanda y yo. Pero la muy tonta tuvo que ir y llamar al pendejo de su novio, y él tuvo que traer a los dos hombres más estúpidos del universo, a los que llama amigos.

*Grrrr.*

—No está tan mal ¿eh?

Gruño ante la voz de Mafe. —No. Exceptuando a los dos babuinos que se golpean el pecho y sacuden su trasero a nuestro alrededor, estamos perfectamente bien.

—Aw, vamos Juli, sólo están divirtiéndose.

—¿Divertirse para ellos es lo mismo que ser unos jodidos idiotas? —pregunto, tratando de evitar que el idiota número dos golpee mi trago.

—Bueno... —balbucea, mira al idiota número tres caer sobre una morena en otra mesa y hace una mueca—, ellos son... diferentes.

—Diferente mi culo —bramo. Intento caminar hacia la próxima

esquina pero el idiota número uno me detiene, halándome del codo.

—¿A dónde vas hadita?

*Hadita voy a hacerte yo con este dedo.*

—Suéltame, John. —Tiro fuertemente de mi brazo. Se tambalea, lo que me da indicios de lo ebrio que está.

*Genial, no sólo debo aguantar al cachondo novio de mi mejor amiga, sino que también soportarlo en su estado más atrevido.*

—¿Por qué tanta agresividad? —Sus ojos, un poco fuera de foco, bajan hasta el escote de mi vestido. *Imbécil.*

—Levanta la mirada, estúpido. Mis ojos están aquí arriba.

—No estoy entusiasmado por tus ojos, *Hadita*. Hay otras partes de ti que también disfruto observar. —Su asquerosa lengua sale para mojar su labio. Es realmente repulsivo, no entiendo como Sil sigue con un imbécil como este.

Su mano viaja hasta el hueso de mi cadera y trata de tirar de mi cuerpo hacia el suyo.

*Dios, dame paciencia porque si me das fuerzas, mato a este hijo de puta.*

Empujo su pecho, se tambalea nuevamente riendo a todo pulmón, Sil, que se encontraba en el baño, lo ve y camina rápidamente para ayudarlo a estabilizarse.

—Mantén a raya a tu hombre Sil, si vuelve a tocarme, le romperé su nariz.

—Ya sabes que él es muy cariñoso cuando está bebido, Juli. No es necesario que lo trates de esa manera —sisea.

Ruedo los ojos y resoplo. *No hay peor ciego que aquel que no desea ver.* Llevo un año entero tratando de hacerle ver lo imbécil, infiel y canalla que es su novio, pero ella cree ciegamente en su "amor".

Me encojo de hombros y me siento sobre la tela fría del futón. Mafe me regala una mirada de disculpa desde su lugar, niego con mi cabeza y ella

sonríe. Hace mucho que desistió en decir algo sobre John, prefiere que Sil aprenda por sí misma la clase de noviecito que se gasta.

Suspiro, cansada por los malditos zapatos de trece centímetros que decidí usar hoy, hastiada por las miradas cachondas del novio de mi mejor amiga y del resto de los hombres de su grupo de idiotas, disgustada por el maldito calor y a punto de estallar si el mesero me trae una bebida más de parte de *Dios sabe qué desconocido* que desea le regale mi número de teléfono.

No soy la única chica de este club que está sola. Pero al parecer "mis niñas", apretadas en este vestido, obtienen demasiada atención.

*Maldita la hora en la que acepté usar este estúpido vestido rojo.*

Bebo un poco de mi Ginebra seco, —sí Ginebra. Soy una nena de tragos fuertes y amargos— y escaneo la multitud que se retuerce al ritmo de la alta música en el lugar. Voy a bailar, sí, eso haré. Si alguien va a seguir restregándose contra mi cuerpo, al menos que sea bailando. Que se justifique su cercanía. Además, de esa manera tendré muy lejos de mí las manos del idiota John y sus secuaces Ángel y Jorge.

Encuentro un espacio para mí entre la multitud, me sacudo al ritmo de "Una Cita" de *Alkilados* y *Nicky Jam*. Dos chicas solitarias se unen a mí, bailamos y gritamos cuando suena "Materialista" de *Silvestre Dangond* y seguimos saltando por más tiempo. Acepto las bebidas que ellas me brindan su mesa está más próxima a la pista y sólo son ellas dos.

*¿Qué podrían hacerme dos niñas?*

Bueno, podríamos hacer mucho pero, realmente no le voy por ese lado.

Bebo y bailo, bailo y bebo. De vez en cuando miro hacia donde están mis amigas, Mafe está coqueteando con un chico cerca a nuestra mesa y Sil trata de quitar las manos danzantes de John, de sus tetas.

*Estúpido.*

¿Cómo es que una mujer tan hermosa como lo es ella, permite que un hombre como él esté a su lado?

Silvia es una buena mujer, leal, sincera, cariñosa, dulce; a sus veintitrés

años, está terminando su carrera en pedagogía y ya cuenta con un empleo en uno de las primarias privadas de la ciudad. Aparte de que es una preciosura, con ese cabello caoba y esos ojos almendrados, combinados con ese cuerpo atlético de infarto.

*Cualquier hombre debería estar agradeciendo al cielo, todos los santos días, por siquiera tener una mirada de ella.*

Pero justo tuvo que dar con John Osorio. El idiota más idiota de todos los tiempos. Todavía me pregunto ¿Cómo carajos la conquistó? Dudo mucho que con galantería, a no ser que la tenga de...

*¡No te atrevas Juliana! No pienses en esa parte de John.*

*Asco.*

Sacudiéndome por la impresión, regreso a mi baile mientras *J. Balvin* sigue cantando por los altavoces del lugar. Bebo del vaso que la rubia me entrega y mi vejiga decide darme la tarjeta amarilla.

Les hago señas a las mujeres y voy corriendo hacia el baño de chicas. Baño que se encuentra en la parte más recóndita del club. ¿Quién carajos diseñó esto? Podrían pasar miles de cosas aquí atrás y nadie se daría cuenta.

Un escalofrío se desliza por mi columna cuando el pasillo pierde iluminación. La música se vuelve más suave ahora, mi corazón martillea, me siento como en una pésima película de terror en las primeras escenas, donde la primera chica en foco muere a manos de un asesino en serie.

El murmullo de voces me tranquiliza, doy la vuelta a la esquina y mis ojos se abren, dejo escapar un gemido frustrado y me ubico tras la chica que, hace unos momentos, daba fin a la enorme fila de mujeres que esperan el baño de señoritas.

Aprieto mis muslos, como si eso impidiera que mi vejiga empuje hacia abajo. Me retuerzo y fulmino a quien quiera que esté dentro y se tome tanto tiempo para usar el sanitario.

—Esto es el colmo. ¿Cuántos servicios hay? —gruño molesta.

—Siete, pero sólo funcionan tres —responde la chica delante de mí.

—Bendito Dios, deberían revisar eso, somos cientos dentro de este

club.

—Dile eso al administrador. —Rueda sus ojos y vuelve a concentrarse en su móvil. Gimo y me retuerzo en mí lugar.

Debo usar el baño pronto, de lo contrario, derramaré mis fluidos en todo el suelo de este lugar.

Mi cabeza gira hacia el lado opuesto del pasillo. A unos pocos metros, seis tal vez, se lee un poco el letrero que dice "*Caballeros*" en letras de un azul neón. Y por cosas de la vida, no hay una sola alma esperando fuera de la puerta gris. Miro la fila delante de mí, calculo mis probabilidades de tener un accidente en este pasillo y luego miro la puerta que podría ser mi salvación.

*¿Perder la vejiga o perder la vergüenza?*

Una dura decisión, pero cuando siento que no puedo más, corro hacia el baño de hombres. No me importa si hay alguien dentro, necesito usar el servicio y conservar intacta mi vejiga, si es posible.

Abro de un tirón la puerta, me percato de cuatro hombres en el lavado, todos se congelan cuando me ven, pero no les doy tiempo de decir una mierda sobre mí, corro hasta el más alejado de los servicios ignorando sus miradas que queman mi espalda y entro como alma que lleva el diablo.

—Esto es asqueroso —grito cuando veo el estado del baño. Ruedo los ojos y tomo el poco papel que hay para cubrir el asiento—. No entiendo como pueden ser ustedes tan sucios. Asco, asco, asco.

Escucho sus respiraciones aceleradas, me siento y es ahí cuando me percato de que me oirán vaciar el jarrón. Maldigo entre dientes, no puedo hacer nada, que pase lo que tenga que pasar.

Afortunadamente no soy tan ruidosa, y justo cuando empiezo en mi tarea, el móvil de alguno de los hombres suena y la voz de quien responde camufla el sonido de mis fluidos corporales.

Dejo escapar un suspiro de alivio y termino. Acomodo mi vestido y tomo un respiro hondo antes de salir y enfrentarme a mis testigos. Abro la puerta y me encuentro frente a frente con un maldito cañón de pistola.

Mis ojos se abren, mi corazón salta en su lugar y un frío vuelve a

recorrer mi espina dorsal, miro hacia el resto de los hombres, hay uno, joven, arrodillado y sangrando por la comisura de su boca. Sus ojos brillantes y oscurecidos se enfocan en mí, está diciéndome algo con su mirada, pero no me concentro en ello, me enfoco en los otros dos hombres apuntando sus armas hacia él y un tercero hacia mí.

—Oh mierda —susurro.

*¿En qué maldito problema me he metido?*

## 2

### Iván

—La palabra perfecta para el momento perfecto —gruño, comprobando que Rock no haya roto mi mandíbula.

—Cállate, sapo. —El corpulento hombre de color me golpea nuevamente, de reojo veo como la hermosa, pero tonta chica, se estremece.

No sé si reír o echarme a llorar por las ironías de la vida.

Hace unos segundos, cuando me trajeron arrastrado a este baño y Rock me preguntó cuál era mi último deseo antes de morir, le dije que ver un exquisito par de tetas iguales a las de su esposa para morir feliz.

Fue un comentario estúpido de mi parte y por eso me gané su puño en mi boca, pero lo dije y un respiro después, una impresionante chica entró con el par de tetas más sorprendentes —incluso mejores que las de Sasha, la esposa de Rock— que he visto en mi vida.

Es una lástima que no vaya a poder ver lo que hay debajo de ese vestido rojo.

—¿Tú crees? —replica la chica, sorprendiéndonos a todos. Está muerta de miedo y aun así, se las ingenia para responder con altanería—. Eh, ¿chicos? —dice. Resoplo y me gano una mirada de muerte de su parte. Chicos no somos, especialmente Rock que es un jodido muro—, no sé qué demonios está pasando entre ustedes, pero estoy lo suficientemente ebria como para no recordar nada el día de mañana.

—No me digas —se burla Pedro, el otro idiota. Aníbal contempla con apreciación el cuerpo de la chica.

—Lo juro —responde y finge tambalearse en sus pies. Muerdo mi mejilla para evitar reírme de su patético intento—. ¿Ves? —murmura, observando con atención el arma que apunta a su muy bonito rostro—. Mañana no recordaré nada de lo que está sucediendo aquí. —Se mueve hacia un lado, hacia la puerta—. ¿Quién tiene un arma? Nadie, ni siquiera veo bien sus rostros, todo está borroso y...

—¿A dónde crees que vas? —gruñe Aníbal, sobresaltándola.

—Uh, ¿afuera?

—No lo creo. —Toma a la chica del brazo y la empuja hacia donde estoy.

—¿En qué íbamos? —pregunta Rock.

—En qué las tetas de tu esposa son increíbles, pero, llegó está señorita —Señalo con mi boca a la chica que obligan a arrodillarse a mi lado—, y puso en duda esa afirmación.

—Hijo de puta —gruñe—, deja de hablar de mi esposa.

—¿Por qué? todos aquí hemos estado obsesionados con su parte delantera. ¿Recuerdas lo que me dijiste la noche pasada Aníbal, cuando llevaba esa blusa escotada verde?

—¿Qué demonios? —Rock se aleja de mí para enfrentar a Aníbal.

—Sólo dije la verdad. —El rubio se encoge de hombros, imperturbable ante la pared de músculos que se acerca a él—. Que está hermosa, caliente y... tiene buenas tetas.

El grandote lo fulmina un momento para luego sonreír y murmurar—: Tienes razón, mi mujer tiene el jodido mejor par de tetas.

—Tenía —murmuro por lo bajo, pero aun así, logra escucharme—. La chica —silbo—, impresionantes.

—Idiota —sisea la morena logrando acomodar sus desnudas rodillas en el suelo.

—Es cierto —Está de acuerdo Rock—, la chica tiene lo suyo. Que desperdicio.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Van a matarme? —chilla entrando en pánico.

—Sí —respondo—. No debiste entrar aquí.

—¡Iba a estallarme la vejiga! —grita, volviendo su rostro hacia el mío. Es realmente hermosa. Como dijo Rock, que desperdicio.

—Era mejor eso que aparecer mañana, con un agujero en la cabeza.

—Oh Dios mío. Juro que no diré nada, me iré y jamás me cruzaré en su camino —llora, mira frenética a los tres asesinos delante de ella y suplica—, por favor. Estoy demasiado ebria para recordarlos, por favor. Déjenme ir.

—¿A quién primero? —pregunta Rock con una sonrisa, disfrutando la situación de la chica.

—A ella... ¡Ouch! —gruño. La chica acaba de golpearme. Me vuelvo hacia ella y la fulmino.

—¿Por qué yo primero? —sisea levantando su mano. Observo con atención, el zapato alto que sostiene. *Eso fue lo que me golpeo en la cabeza.*

—Porque, no querrás ver mis sesos por ahí regados. Mueres primero, te vas con una imagen limpia.

—Ese es el argumento más estúpido —refuta, mira a Rock, perdiendo todo su acto de damisela en peligro anterior—. Mátalo primero a él.

—Primero las damas. —Me gano otro golpe en mi cabeza—. Oye, cálmate ¿quieres?

—No me pidas que me calme en una situación como está, y... no seas un estúpido sexista ahora. Tú deberías morir primero, al fin y al cabo, eras su objetivo antes.

Reprimo una de mis sonrisas. —Eres cruel.

—Bien —interrumpe Aníbal—, mataremos primero al sapo.

Rock acerca su arma a mí, suspiro y levanto mi mirada hacia sus fríos ojos. Si voy a morir, lo haré como un hombre.

—¡Espera! —grita la chica antes de que el arma sea disparada.

—¿Ahora qué? —brama Rock.

—Creo que voy a vomitar —dice. Su rostro se torna verde y se encorva en el piso.

—Te dije que lo mejor era ir por ella primero.

—Cállate estúpido. Oh Dios, todo da vueltas —susurra. Aníbal y Pedro contemplan con horror a la chica, esperando que expulse sus fluidos en todo el lugar. Rock suspira y pone sus manos en su cadera.

—Llévala al lavado —ordena Aníbal a Pedro—. No quiero terminar lleno de su mierda.

—Tengo ganas de vomitar, no de hacer del dos, pendejo.

Eso sí que me saca una carcajada. La chica se vuelve hacia mí y me da una mirada que he aprendido a interpretar con los años...

*Oh mierda. Ella va a hacer algo.*

Ruedo los ojos y niego sutilmente con la cabeza. Somos dos contra tres enormes asesinos armados ¿Qué oportunidad tenemos?

Pero ella no ha sido expuesta tanto como yo a la muerte, y no ha sido entrenada para estos casos. En su mente, la chica cree que tiene oportunidad de escapar, su mente se lo grita, su instinto de supervivencia lo clama. Yo, yo he estado en esta situación muchas veces, y esta vez estoy seguro de que no saldré vivo de ella.

—Uhg. Creo que... —balbucea y corre hacia el lavado más cercano a la puerta. Pedro trata de apartarse de su camino antes de que pueda ser un objetivo de su boca. Pero justo cuando ella está por alcanzar el lavado se gira hacia la puerta y hace evidente su verdadera intención.

—Ven aquí perra —grita Pedro. La chica se aferra al pomo mientras el hombretón la hala con fuerza.

—¡Suéltame hijo de puta!

Patalea y gruñe, para ser una mujer pequeña, tiene aguante y fuerza. Pedro no logra desprenderla de la puerta y terminan por entre abrirla entre ambos. Aníbal debe unirse para poder someter a la chica, y entonces, es ahí cuando veo mi oportunidad.

Ella lanza su zapato, que estaba aferrado a su mano hacia atrás, golpeando el rostro de Aníbal y haciéndolo tambalear, el rubio maldice y se agarra la nariz, donde el tacón lo ha lastimado. Rock se distrae un segundo y ese lapso de tiempo es el que aprovecho para levantarme y arrojarme sobre él.

Su cabeza golpea el suelo con fuerza. Lo tomé por sorpresa y logro derrumbarlo, el peso de su cuerpo aumenta la velocidad de la caída y la intensidad del golpe. Tomo su muñeca y la apaleo con fuerza contra el suelo para que suelte el arma, cuando lo hace me lanzo por ella y la tomo, golpeo su rostro con la cacha del arma tres veces, antes de dejarlo inconsciente.

La chica acierta otro golpe contra Pedro, Aníbal se lanza por mí y me derriba en el piso, su arma apunta mi estómago y la mía su rostro.

—Atrévete hijo de puta —gruñe. La sangre del rayón que el zapato de la chica causó en su mejilla, gotea hacia mí.

—Tú primero —replico. Alguien gruñe, probablemente Pedro, pero ninguno se vuelve hacia la pelea de la chica y el grandote. Hay demasiado entre nuestras manos.

—Maldita perra hija de puta —brama Pedro y luego se escucha el golpe de carne con carne. La chica jadea y por mi vista periférica la veo caer de culo.

—Animal, no te la pondré tan fácil. A ver rinoceronte, ven por mí —gruñe arrastrándose debajo de los lavados.

—Acaba con ella de una vez por todas —ordena Aníbal. Necesito hacer algo pronto o Rock despertará y nuevamente estaremos en desventaja.

—¡Ven aquí puta!

La chica resopla mientras Aníbal y yo nos levantamos apuntando el uno al otro. —¿Por qué no mejor me ofreces un viaje a las Bermudas? Tal vez me anime a salir de aquí.

Medio sonrío por las réplicas listillas de la chica. Es un caso aparte esta mujer. Mis ojos quieren ver la escena que se desarrolla entre ella y Pedro, pero tengo un arma apuntando hacia mí, no puedo distraerme ahora.

—No importa, voy a dispararte de todas formas. —Escucho el seguro

del arma y luego un *pop*, seguido por varios golpes y un crujido que me eriza la piel.

El primero en disparar su arma es Aníbal, su instinto le ordena eso, el mío, me pide que lance mi cuerpo hacia un lado primero y accione mi arma después. Error para él, acierto para mí.

La bala impacta en mi brazo, quema pero no me desangraré como sí lo hará Aníbal. El disparo ha acertado en su pecho, justo sobre su corazón. Mi cuerpo golpea el suelo, intento dejar mi cabeza erguida y evitar el golpe. Aníbal cae a mi lado y cuando otro disparo es accionado, espero la quemazón de nuevo... no llega.

Vuelvo mi cabeza hacia la puerta y mis ojos se abren por la visión que encuentro.

La chica está sobre el cuerpo de Pedro, arma en mano.

—Creo que lo maté —susurra.

Dirijo mis ojos hacia el cuerpo inerte de Pedro y la mancha de sangre que se impregna en su ropa. Sí, le ha dado.

*Hora de irnos.*

## Juliana

*Oh Dios mío.*

—Lo maté. Mierda, mierda, mierda —chillo mientras mi cuerpo tiembla. Acabo de dispararle a un hombre, acabo de matarle.

—Tranquilízate y dame el arma. —Me sobresalto ante la voz y me vuelvo apuntando a quien sea que me habla en estos momentos—. Bájala ahora.

*Es el idiota.*

—Lo maté.

—Sí —responde—, pero él iba a matarte a ti también. Fue en defensa. Entrégame el arma.

—No —gruño y me preparo para dispararle si se acerca—. No voy a permitir que me hagas daño.

—No voy a hacerte nada —dice—. Pero estás demasiado asustada y tus manos tiemblan demasiado. Es peligroso que tengas un arma cargada.

—Está muerto —susurro. Mis ojos van hacia el hombre desangrándose en el piso.

—No lo mataste, aún respira. Este... —patea al otro hombre caído y sangrando—, creo que ya lo perdimos.

—Me iré al infierno.

—Ahí es exactamente donde iremos si no nos movemos de aquí. —

Busca algo en su pantalón y lo apunto más firme. Ya tiene un arma en su mano, si saca otra, dispararé.

No es un arma, es un teléfono.

—Aquí Gómez, la cubierta calló. —Se detiene a escuchar lo que sea que le dicen del otro lado de la línea y su mandíbula se tensa—. Sí, hay un testigo, un hombre muerto y dos heridos. —Justo en ese momento, el hombre de color se mueve en el suelo—. Tenemos que salir, uno de ellos está despertando. —Dirijo mi arma hacia el hombre en el suelo, pero el movimiento de cabeza de Gómez me detiene de disparar—. Entendido. —Cuelga y se acerca con cautela hacia mí—. No. Ya tienes un enemigo encima, tenemos que irnos. Dame el arma y sígueme.

—¿Qué? No —protesto, pero dejo que tome el arma de mis manos, estoy demasiado asustada en estos momentos y el olor de la sangre empieza a revolver mi estómago—. No te voy a poner tan fácil el que me asesines.

—¿Y por qué habría de asesinarte? —pregunta, guardando una de las armas en su espalda.

—Soy un testigo, lo dijiste al teléfono —respondo alejándome de sus manos que se acercan a mí.

—Así es, eres un testigo potencial que ahora mismo está en peligro. Vamos —ordena y camina hacia la puerta. Me quedo inmóvil en mi lugar procesando la escena, sus palabras y tratando de aclarar mis pensamientos para poder ordenarle a mi cuerpo, actuar—. Ahora.

—Yo... sí.

Camino tras él, sale al pasillo y observa hacia ambos lados antes de correr hacia la puerta de salida.

—¡SAPO! —grita uno de los hombres desde el baño.

—¡Joder! —maldice y me hala de la mano para arrastrarme tras la puerta—. Baja la cabeza y no voltees a mirar atrás por nada del mundo.

—¿Por qué? Oh Dios, ¿nos va a alcanzar?

—Sólo no mires, hay cámaras y pueden identificar tu rost... —Un ráfaga de disparos se escucha apenas y damos un paso fuera del club.

—Mis amigas...

—No puedes regresar ahí, ya nos encargaremos de eso una vez nuestras vidas no corran peligro. Corre en zigzag.

Más disparos suenan, gritos y pasos —muchos de ellos— se escuchan tras nosotros mientras corremos por el callejón.

—*¡Ahí están!*

—*Disparen.*

El pánico hace mella en mí y contra la orden del hombre que intenta alejarme de las balas y el caos, volteo mi rostro para ver a cinco hombres correr hacia nosotros.

—Jesús —chillo cuando uno de ellos apunta hacia nosotros. Sigo corriendo, tratando de seguir los pasos de *Gómez* y no caerme, romperme un tobillo, o recibir un disparo.

—Mierda, te dije que no voltearas. Las putas cámaras ya te han enfocado. —Me empuja hacia un contenedor de basura y se agacha a mi lado para disparar también.

Si mi vida no corriera peligro, esto sería como el vídeo juego de mi primo Lucas. Ese donde él, se supone, es un agente encubierto luchando contra la mafia rusa.

El ruido de los disparos empieza a hacer retumbar mis oídos, el olor a pólvora y suciedad pica en mi nariz; me percató de que la que grita soy yo y agarro mi cabeza acurrucándome en mi lugar, orando a Dios que ninguna bala me impacte. El cuerpo de *Gómez* se acerca a mí y me estremezco, su camisa está húmeda y pegajosa.

—Estás sangrando.

—Es una herida superficial —responde. Vuelve a asomarse y dispara —. No moriré, si eso te preocupa. —Vuelve su rostro y me sonrío.

—¿Cómo puedes sonreír en un momento como este?

—Hay que tomar la vida como viene. —Se encoje de hombros y continua disparando.

—¿Con cinco hombres disparándote a muerte? —replico—. ¿Acaso no duele?

—Duele, pero ya tendré tiempo para quejarme. Ahora, necesito ponernos a salvo. —Toma su teléfono con la mano que está sangrando y me lo entrega—. Marca a Jiménez, dile que necesito una salida ahora, o su mamá no tendrá a quién más engordar con sus guisados.

Confundida y asustada hasta la medula, tomo el móvil. Marco el número bajo el nombre de Jiménez y espero sólo un segundo antes de que respondan.

—Estamos en camino —dice una voz profunda.

—Eh, dice que están en camino —trasmito la razón a el hombre Gómez

—Dile que tengo tres disparos más y seremos historia.

—Dice...

—Lo escuché. —Me corta la voz al teléfono—. Estamos a una cuadra, si pueden correr hasta aquí, háganlo, abriremos fuego a quien los persiga.

Trasmito la información y veo en el rostro del chico que la petición es dura de cumplir, los hombres se acercan y estamos sin balas —bueno él lo está— mi respiración, ya agitada, se vuelve mucho más convulsiva y... estoy entrando en pánico.

—Lo haremos. —Me mira por el rabillo del ojo, debo decirle a Jiménez que se supone que lo *haremos*, pero el hombre a mi lado no me da tiempo; antes que pueda abrir la boca, ya está halándome nuevamente y arrastrándome hacia la calle y lejos del callejón.

Jadeo a medida que las balas pasan y se estrellan a nuestro lado. Seguimos corriendo en zigzag, intentando no hacerles fácil el apuntarnos; cuando por fin llegamos al final del callejón y corremos hacia la siguiente cuadra, una camioneta negra se aproxima a toda velocidad.

Derrapa y varios hombres se lanzan apenas y abren las puertas, todos vestidos con uniforme negro, chalecos, cascos y armas en mano.

—Abajo —grita Gómez y me atrae a su pecho, cubriendo mi cabeza. Lo permito, los "*hombres de negro*" nos rebasan y continúan enfrentando a

los matones del club—. Sube, rápido. —Soy empujada hacia el interior de la camioneta, un par de manos me toman por la espalda y otro par me recibe dentro.

Soy acurrucada entre dos hombres enormes. Los disparos cesan y el resto del equipo sube, no me atrevo a mirar atrás y ver el desastre que queda.

El vehículo arranca a toda velocidad, no intento preguntar hacia dónde vamos mientras en mi cabeza las palabras de mi madre hacen eco:

*No subas en autos de extraños, y menos si los vidrios son tintados.*

—¿Cómo demonios pasó todo esto? —gruñe el de mi izquierda.

—Tenemos un topo dentro.

—¿Qué?

—Lo que escuchaste Jiménez, alguien les entregó toda la información sobre Iván Gómez Rengifo. —Levanto mis ojos para ver a *Iván* mirar duramente a Jiménez—. Antes de arrastrarme al baño para... —Sus ojos se desvían hacia mí y suaviza su expresión—, me entregaron una carpeta, *mi* carpeta.

—Mierda.

—Y más mierda.

—¿Y la chica? ¿Qué hacia ella en el baño de hombres?

—Lugar y momento equivocado —responde Iván al tiempo que yo lo hago.

—Caso de vejigas. —El enorme y fuerte hombre se vuelve hacia mí con una expresión estoica—. ¡Era eso o perder la vejiga!

—Como sea —resopla Iván—, ella es un testigo ahora y... un blanco. —Me estremezco y acurruco entre los dos hombres como si fueran a protegerme, Jiménez hace un movimiento con su mano pidiendo que continúe—. Hirió a uno de los hombres de los Mellizos y probablemente su rostro quedó registrado en las cámaras.

—Bueno —silba Jiménez—, eso definitivamente no me lo esperaba. Tienes razón, es más mierda para nosotros.

—¿Quiénes son ustedes? —pregunto, cayendo en la cuenta de que no sé nada de estos hombres.

—Nosotros, cariño, somos tus protectores ahora.

—¿Mis protectores?

—Sí —responde Iván con una media sonrisa—, ahora tú y yo, estamos llenos de mierda.

—¿Me van a llevar a casa? —pregunto, deseando con todo mi corazón llegar a mi hogar y recibir un abrazo de mi madre.

—A tu casa es el último lugar al que debes ir ahora. —Me vuelvo hacia Iván y lo fulmino con la mirada.

—¿Qué?, ¿por qué?

—Porque justo ahora, ya debes tener un precio sobre tu cabeza.

## Iván

—¿Me estás jodiendo?

Levanto una ceja hacia la chica histérica frente a mí. —¿De verdad quieres que responda eso?

Estrecha sus ojos hacia mí. Jiménez y su equipo se ríen entre dientes y la fiera frente a mí es lo suficientemente salvaje como para gruñirles y fulminarlos con la mirada.

—Dejando la parte obscena a un lado —dice Jiménez ganándose otra mirada de la chica, muerdo mi mejilla para no reírme, pero ella ya está fulminando mi existencia—, todo es cierto. Eres una testigo potencial ahora y el objetivo principal de la organización a la cual tratamos de desmantelar desde hace tres años.

—Entonces —murmura cruzando sus piernas. Juro que ninguno de nosotros puede evitar mirar sus tonificados muslos. Si la tela de ese vestido sube un poco más... ella se aclara la garganta y frunce el ceño—, pervertidos —brama. Hala la sudadera que Henao le ofreció y cubre sus piernas. Qué lástima—. Siguiendo su línea de argumentos, ¿me están diciendo que si no me voy con ustedes para mañana estaré muerta? ¿Y todo porque descubrí a una organización de criminales a punto de asesinar a un hombre y por eso debo entrar a esto que dicen protección de testigos?

—Así es —dice Jiménez bebiendo su café. Lo miro, irritado porque él ya tiene su café y yo no.

—No puedo hacer eso, tengo una vida. Además mis padres, mi trabajo, mi casa y mi mascota me esperan.

—Si puedes, y debes hacerlo —hablo y trato de arrebatárle el café a Jiménez.

—Pero... no puedo simplemente desaparecer por unos días.

Resoplo y la miro. —No serán sólo unos días *princesa*, será el tiempo necesario hasta que esta organización esté desmantelada y tu cabeza no tenga signos de pesos sobre ella.

—Llévenme a casa.

—No.

—Miren —dice a punto de llorar—, yo no debí entrar a ese baño, lo entiendo. Pero tengo una vida, tengo muchas cosas que hacer con ella y no quiero irme y esconderme como un fugitivo. Se supone que debo estar desayunando con mis padres a esta hora. Si sólo desaparezco ¿qué pasará con ellos? Mis padres no van a descansar hasta encontrarme, se preocuparán y conociendo a mi madre, enloquecerá si no sabe de mí. —Suspira y se recuesta en el espaldar del asiento del auto—. Tengo que cuidar de Bonnie, alimentarlo, bañarlo y dejarlo dormir a mi lado. Mi jefe necesita que entregue el informe de ventas del mes pasado y mis amigas y yo tenemos muchas cosas que hacer.

—Lo entendemos.

—No —me interrumpes—, ustedes no entienden. No voy a irme, no puedo irme. Llévenme a casa por favor.

—Señorita Juliana...

—¡He dicho, llévenme a casa! —grita.

Miro a Jiménez y ambos tenemos una conversación silenciosa.

—Bien. —Jiménez toma el teléfono y envía un mensaje—. Sube al siguiente auto, mis chicos te llevarán a tu casa.

—Gracias —susurra, pérdida.

—Pero que quede claro —agrego ganándome su atención—, estás bajo alto riesgo, cuídate y mantente alerta. Si no quieres nuestra ayuda, nos alejaremos.

No dice nada, sólo se queda viéndome. Asiente y aleja su mirada de mí para ir al siguiente auto que la llevará a casa.

Todos la vemos subir en compañía de Crisanto, suspiro y recuesto mi cabeza en el asiento. El dolor es fuerte.

—¿No la dejaremos irse así no más, verdad? —pregunta Henao.

—Por supuesto que no —responde Jiménez por mí—. Ahora, ven chico —palmea mi hombro y hago una mueca por el dolor que se dispara en mi costado—. Tenemos que esconderte, los pesos sobre tu cabeza son mayores a los de esa chica.

—¿Podemos irnos ya?, estoy cansado. —Froto mis ojos y aprieto el puente de mi nariz.

—Andando.

—Apuesto a que más de uno va a soñar con la sexy Juliana —dice Ramírez, ruedo los ojos internamente—. ¿Vieron esas tetas?, es una lástima que sea una testigo, ya la hubiera invitado a salir.

—Cállate —gruño y pateo su pierna.

—¿Qué? tú también estabas viendo sus atributos.

Suspiro. Los demás hombres sonrían. Niego con la cabeza y murmuro —. Sí, la chica tiene lo suyo.

*Sería una lástima que todos esos atributos se perdieran.*



—Levántate solecito, tenemos mucho que hacer.

Gimo y entierro mi cabeza más profundo en la almohada. Me duele todo, y siento como si no hubiera dormido en años.

—Tienes que presentar un informe y tenemos que organizar tu nueva identidad. He encontrado más mierda dentro de nosotros.

—¿Qué? —gruño.

—Jason está muerto. Lo encontraron esta mañana en el basurero.

Eso hace que me levante de la cama. Gruño por lo bajo cuando una ola de dolor se dispara por mi costado y mi brazo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. Mientras estábamos contigo y la señorita Juliana, Pérez y Maldonado lo encontraron. Fue torturado, su esposa y sus hijos ya están en PDT. Su hermano está desaparecido.

—Hijo de puta. —Paso mis manos por mi cabello, mi corazón latiendo a mil. Una imagen de Jason pasa por mi cabeza, su suave sonrisa y sus amigables ojos. Es una pena, el hombre era realmente uno de los buenos. Pobre de su esposa e hijos—. Los Urrego lo tienen, a su hermano.

—Es lo que supones también.

—Debemos encontrar al jodido sapo, y sacar a Jillian y a Martha, ellas serán las siguientes.

—Ya están en eso. Ahora vístete. Tenemos que sacarte de aquí. Jillian informó que el grupo se reunió en casa de Omar Urrego anoche, saben de tu escape y también de Juliana Sánchez. La orden es llevarte a ellos con vida y desaparecer a Juliana.

—Mierda, ¿Heno y Monsalve están custodiando su casa?

—Sí, acabo de enviar a Mendoza y a Coronado de refuerzo.

—No debimos dejar que se fuera —suspiro y camino hacia el baño de la pequeña habitación de hotel.

—No podíamos retenerla en contra de su voluntad.

—Ella corre peligro.

Se encoge de hombros y se deja caer en una de las horribles sillas. —Sí, pero la ley es la ley —murmura y enciende la televisión.

Niego con la cabeza y tomo una rápida ducha. Esa mujer es una tonta. Debió quedarse con nosotros.

¿Acaso lo que vio anoche no fue lo suficientemente real para ella?

Recibí un disparo y casi nos matan. La chica de verdad no es consciente del peligro al cual está expuesta.

El teléfono de Jiménez suena cuando estoy colocando la camisa sobre mi muy magullado y herido cuerpo. La herida superficial en mi brazo ya fue curada pero duele. Con cuidado de no abrir los puntos, bajo la tela por mi torso.

—¿Qué? Ya vamos para allá, protéjanla y llévenla a una de las casas de seguridad. —Las palabras de mi amigo hacen un hueco en mi estómago.

—¿Qué sucede? —pregunto saliendo del baño.

—Los Urrego enviaron sus lavaperros a casa de la chica. Jillian acaba de informar que dos de sus unidades van por ella.

Me pongo tenso inmediatamente, busco mi arma y el resto de mis cosas.

—Vamos.

Me mira mientras marca de nuevo en su teléfono y habla. —Estén listos, las ratas van por la chica. Enviaré apoyo, Gómez y yo en camino.

Salgo de la habitación y corro, junto a Jiménez y otros dos de los hombres de nuestro grupo, hacia la camioneta que nos espera.

*Julianita, si tan sólo hubieras escuchado.*

## Juliana

Una húmeda y fría lengua me despierta.

Agito mis manos para apartar la lengua, pero recibo otros dos lengüetazos que me hace gemir en protesta.

—Basta Bonnie —gruño y luego siento su peluda cola agitarse en mi cara—. Bien, ya, ya. Estoy despierta. —Me enderezo y tiro las cobijas gruñendo todo el tiempo—. Te daré tu comida y espero que me dejes en paz, no tuve una buena noche y realmente deseo volver a mi cama.

Me ocupo de mí misma en el baño y luego le doy el desayuno-almuerzo a Bonnie, tomando una taza de chocolate instantáneo para mí; sí, adoro el chocolate, no importa que sean las dos de la tarde. Desde que llegué en la mañana tuve que calmar mis nervios, llamé a mis padres para asegurarme que estaban bien y para mi paz mental. Lloré un poco cuando mi padre me llamó bebé, y lloré aún más recordando al hombre que probablemente maté, o no maté... quien sabe. Lo único que sé es que no puedo quitar de mi mente su imagen y el color de la sangre. Le hablé luego a Sil, no respondió, así que llamé a Mafe y me inventé una excusa tonta de estar cansada y regresar a casa.

Logré quedarme dormida dos horas después de que el sol se asentó en el cielo. Pero ahora mi perro me exige que lo alimente, y bueno, no puedo dejarlo con la barriguita vacía.

Acaricio su cabeza cuando brinca de felicidad al terminar su tazón de comida, suspiro y me encamino hacia mi cuarto, pero Bonnie tiene otras ideas. Tomando su correa de paseo, se sienta junto a la puerta. El mensaje:

*¡Sácame a pasear!*

—Está bien. Pero después de un corto paseo, me dejarás dormir.

Bonnie ladra y da una vuelta. Tomo a mi labrador dorado y lo llevo hasta el parque una cuadra más allá de mi casa. Hace sus necesidades y me deshago de ellas donde corresponde, arrojo su juguete unas pocas veces y regreso a casa con él. Noto un auto estacionado frente a mi casa, puedo asegurar que no es el corsa blanco de mi vecina, un estremecimiento pasa por mi cuerpo cuando noto los vidrios tintados. Recuerdo lo que sucedió la noche anterior y entro un poco en pánico.

—Todo está bien, nada va a sucederme, estoy muy segura aquí en mi casa —me digo durante todo el camino de entrada y continúo con ese mantra cuando cierro mi puerta.

Demasiado ansiosa para dormir, decido hacer aseo en mi casa. Tomo todos los implementos y me voy hacia la cocina para empezar por ahí. Lavo, friego, desinfecto, desengraso, aspiró, muevo de lugar y hago mil cosas en toda mi casa.

Para las seis de la tarde, sudorosa y cansada, doy por terminada mi faena de aseo extremo. Tomo una corta ducha y me pongo ropa cómoda. Unos leggins y blusa de tiras. Odio usar ropa interior dentro de mi casa, por lo que la omito. Enciendo mi portátil y sirvo una copa de vino para terminar mi informe de ventas.

Es domingo y se supone que descanso, pero mi jefe no conoce esa palabra, así que debo enviar este documento antes de las doce de la noche para que mañana que él esté en su oficina alrededor de las siete, lo pueda ver.

Estoy cerca de terminar mi informe, media hora después, cuando Bonnie empieza a ladrar desafortadamente cerca de la puerta hacia el patio trasero.

—Bonnie ya basta. —No me obedece, todo lo contrario, sigue gruñendo y arañando el suelo—. ¡Bonnie! —Me levanto al ver que mis órdenes no surten efecto en mí —por lo general— obediente y tranquilo perro—. ¿Qué sucede amigo? —Rasco detrás de su oreja apenas y lo alcanzo, pero se sacude y su pelo se eriza mientras continúa ladrando hacia afuera—.

Vamos chico, vamos a ver a qué le ladras.

Enciendo la luz del patio y no veo nada excepto mis arbustos y flores. Entreabro la puerta y asomo un poco mi cabeza para dar un buen vistazo. Espero que no sea uno de los gatos de mi vecina, viene y hace sus cosas en mis plantas y luego todo huele a su porquería. Gracias a Dios que no es el gato.

—Ahí no hay nada chico. Vamos, acurruquémonos en el sofá, haré crispetas.

Trato de tirar del collar de Bonnie para alejarlo de la puerta, pero no cede, cada vez que logro moverlo gruñe y regresa a su posición. Resoplo y me doy por vencida, retirándome hasta la cocina para prepararme algo de comer, no puedo sostenerme sólo con chocolate y vino.

—Bonnie, ¿quieres un sándwich? —grito a mi bullicioso perro—. Mira, estoy sacando las salchichas. —Suspiro y termino de preparar mi bocado—. Vamos Bonnie, deja de...

Un fuerte sonido de algo destrozándose hace que salte en mi cocina, escucho como los ladridos de Bonnie se vuelven más frenéticos. Corro hacia mi patio para saber qué está sucediendo, espero que no haya roto la ventana por ir detrás de un gato

—¡Bonnie! —chillo cuando escucho su gemido lastimero y luego silencio. Al voltear, encuentro la puerta del patio abierta y golpeada, alguien la pateó—. ¿Bonnie? —Estiro mi mano para encender la luz, pero recuerdo que la había dejado encendida antes, lo que quiere decir que alguien golpeó el bombillo y por eso está oscuro. Inmediatamente la piel de mi cuerpo se enfría y cada vello se levanta. Algo no está bien—. ¿Bonnie?

Mi perro no responde, así que asomo mi cabeza y alcanzo a verlo a un costado, tirado en el suelo, inmóvil.

—¡Oh Dios Bonnie! —Corro hasta él y me inclino cuando lo veo con los ojos cerrados—. Bebé ¿qué tienes? Por favor, no asustes a mami. —lo sacudo un poco y gime, noto que su nariz y boca están sangrando—. ¿Bebé? Voy a llevarte al médico.

Siento una presencia tras de mí cuando estoy por cargar a mi perro

dentro de mi casa, me vuelvo y abro mi boca para gritar al ver a dos figuras frente a mí.

—Yo de ti no gritaría —dice una de las figuras, es un hombre.

—Jesús —chillo, me enderezo y retrocedo hacia la puerta de mi casa, lista para correr fuera o tomar algún objeto que me permita defenderme, como la sombrilla en el perchero o un cuchillo de la cocina—. No me digas que no grite, porque voy a gritar como una puta en iglesia, empezando justo ahora... ¡Auxilio! ¡Fuego!

—Perra —brama el otro hombre y viene hacia mí. Me doy rápidamente la vuelta y corro dentro. Escucho al otro maldecir y luego, ambos corren tras de mí.

—Bebé lo siento —susurro pensando en mi perro. No sé si es por la adrenalina, el instinto de supervivencia o qué mierda, pero no lloro por Bonnie; ahora necesito salir y avisar a todos que hay dos intrusos en mi casa que quieren hacerme daño.

Tomo el pasillo hacia la puerta de entrada pero uno de ellos me alcanza, grito cuando me toma del cabello y tira hacia atrás. Mi cuero cabelludo arde y pica, mis ojos se humedecen y caigo de rodillas.

—Te dije que no gritarás, perra.

Siento que algo golpea mi sien y todo comienza a tornarse borroso. Algo palpita dentro de mi cabeza y pierdo el foco. Jadeo por el dolor que se dispara en mi mejilla al sentir un segundo golpe. Parpadeo, y vuelvo a jadear por aire, el pánico pica en mi piel y grito otra vez pidiendo ayuda.

—Cállate —dice el tipo que no me sostiene, apuntándome con un arma. Cierro mi boca inmediatamente—. Así está mejor.

Lo fulmino con la mirada, tiro mi cabeza hacia adelante pero el segundo hombre todavía me sostiene del cabello, gruño y se ríe.

—Es toda una fierecilla —se burla. Me fijo en el hombre con el arma y veo que es muy alto. Tiene el cabello peinado con algún tipo de gel del demonio porque ni una sola hebra está suelta. Sus ojos son oscuros y maliciosos, y cuando sonrío, puedo ver algunos dientes bañados en oro.

*¿En serio? ¿Quién se cree, Pedro Navaja?*

—Eso dijo el jefe, que es toda salvaje e indomable. Hay que tener cuidado.

—Puaj —resoplo ganándome un jalón de cabello—. ¡Oye! No son extensiones, es mi pelo.

—Oscar ha dicho que te calles —sisea, Oscar o Pedro Navaja se ríe—. ¿Lo hacemos aquí o en su habitación?

—Podríamos jugar un ratico con ella, Cometa. —Lame sus labios como si tuviera frente a él un jugoso filete, sus ojos bajan a mis pechos y recuerdo que no estoy usando ropa interior—. Se ve divertida.

Gruño y el tal Cometa pasa uno de sus dedos enormes por mi rostro.

—Tienes razón, bien y podríamos divertirnos y luego terminar el trabajo que nos enviaron a hacer.

—¿Puedo ofrecerles una limonada? Digo, pueden estar agotados por patear a mi perro y luego corretear detrás de mí.

Ambos se ríen y suspiro, Pedro Navaja se aleja para asegurar la puerta de entrada mientras Cometa me lleva arrastrada hacia mi habitación. Miro a todos lados tratando de encontrar la manera de salir de esto, pero al mover mi cabeza, el agarre de Cometa me impide hacerlo.

*¿Vivir siendo calva o morir con mi cabello?*

Bueno, las pelucas ya vienen con cabello natural. Tomando una decisión, rememoro mis clases de defensa personal, recuerdo una maniobra para aflojar el agarre de un atacante. Llevo mis manos atrás y busco el dedo gordo del hombre, lo tomo y tiro de él en posición contraria, grita y me suelta, pero extiende su otra mano para agarrarme del cuello, golpeo su mano y él empuja con su cuerpo haciéndome caer de culo.

—Hija de puta —gruñe y trata de tomarme de los pies, pateo, y me arrastro hasta el baño de mi habitación, tiene una pequeña ventana hacia fuera por donde puedo caber.

—Suéltame, imbécil.

Intento cerrar la puerta del baño pero su mano me detiene, empuja y

logra abrirla, el tipo es más grande y fuerte que yo. Tomo la bomba del sanitario y golpeo su cabeza tratando de hacerle daño, el estúpido se ríe y me arrincona en la ducha.

—Realmente estás siendo una cosita divertida hoy.

—¿En serio? Y eso que no has visto el resto de mi repertorio. —Tomo el gel de baño y lo arrojo a su cara, golpea su frente pero no le hace el mayor daño. Vuelve a reír y se cruza de brazos, Pedro Navaja llega y nos ve a ambos.

—¿Qué está pasando?

Cometa ríe, mostrando sus imperfectos dientes y me señala. —La fierecilla cree que puede con nosotros.

—¿Ah sí? —Los ojos de Pedro Navaja brillan. Tomo el siguiente recipiente y veo que es el spray para el cabello.

—Será mejor que se alejen.

—¿Y qué vas a hacer? Arrojarlos champo de flores y lavanda. — Cometa golpea el pecho de Oscar y se carcajean.

—Es de Avena, zopenco.

—Uyy tiene garras... Brock mencionó sus increíbles tetas, pero no imaginé que fueran así de perfectas.

—Sigamos hablando del champo —bramo, los dos vuelven a reír pero entonces escuchamos que se desata alguna especie de guerra fuera de mi casa. Cometa se asoma por la ventana de mi baño y maldice.

—Los sapos, nos han caído los sapos.

—Deja que los perros de fuera los entretengan —dice Oscar—. Tómala y sácala por donde entramos, iré a dejarles una sorpresita en la entrada.

—Bien —responde Cometa y sonrío perversamente hacia mí—. Vamos cariñito, ven con papi.

—¿Por qué no vienes por mí, *papi*? Creo que aún no aprendo a caminar.

La sonrisa en su rostro crece por mis palabras. —Como quieras, *bebé*.

Empieza a avanzar hacia mí, y siento como si todo fuera en cámara lenta, espero hasta que esté lo suficientemente cerca como para que lo que voy a hacer no salga mal. Rocío el contenido frente a su cara, especialmente sobre sus ojos. Cometa gruñe tratando de quitar el líquido, pero termina esparciéndolo más, grita cuando sus ojos comienzan a picar y aprovecho el momento para empujarlo fuertemente, logrando hacer que caiga al suelo, con las piernas abiertas, y su cabeza golpee la pared del baño, dejándolo aturdido.

—Esto es por Bonnie —gruño pateando su entrepierna. Gime de dolor y se acuna—. Jódete imbécil.

Voy hacia la ventana de mi casa y veo a varios hombres disparando hacia el auto negro de hace un rato, hay otros hombres detrás del auto respondiendo a los disparos. Mi piel se eriza y corro hacia la siguiente habitación para encerrarme allí y tratar de salir por la ventana que da hacia la casa de mis vecinos. Mi corazón late a mil por hora, me siento como en una mala película de acción, lo malo es que estos disparos son reales y pueden herirme.

*¿Qué demonios está pasando?*

*¿Quiénes son estos hombres y por qué quieren hacerme daño?*

La advertencia del hombre del club hace eco en mi cabeza y me permito maldecirme un poco por no tomar en serio sus palabras.

*Pero, ¿realmente esto está sucediendo? ¿Han enviado a estos hombres aquí para asesinarme?*

Mi mente no deja de pensar en mi perro, derrumbado en el patio, pero hay otro hombre dentro de mi casa, armado y con intenciones de hacerme no sé qué.

—¿A dónde vas reinita? —Escucho la voz de Oscar detrás de mí, apresuro el paso y logro cerrar la puerta antes de que me alcance, hecho el seguro y luego la trabó con una de las sillas.

No sé si eso funcionará, pero por lo menos me permitirá salir por la ventana. Alcanzo el marco y quito el seguro, escucho como patea la puerta, también llegan hasta mí sonidos de disparos y de autos que frenan bruscamente. Mi piel sigue erizada y mi corazón acelera —si eso es posible

— más su ritmo. Creo que moriré de un paro cardíaco.

—¡Abre la maldita puerta! —lo escucho gritar de nuevo, la puerta empieza a ceder por sus golpes, y decido que debo apurarme a salir jodidamente rápido de aquí.

Me impulso por la ventana y logro poner un pie fuera de ella cuando la puerta cede totalmente y otra ráfaga de disparos suena, saco mi otro pie y corro hacia mis vecinos pero antes de poder llegar a ellos, alguien me agarra desde atrás y me tira hacia el callejón de mi patio y el de la casa contigua.

Gruño, pateo y trato de golpear a quien sea que me sostiene, pero es demasiado fuerte y logra arrastrarme cada vez más. Intento abrir mi boca para morder su mano, curvo mi cuerpo y vuelvo a patearlo; siento el aire que escapa de su boca estrellarse con la piel de mi oído y mi cuello, cuando jadea al ser golpeado por mi pie en su espinilla.

—¿Quieres calmarte?—dice una voz familiar—, soy yo. Estás a salvo.

Me suelta y me vuelvo rápidamente hacia él.

—¿Gómez? —susurro, temblando de miedo y horror, pero aliviada hasta los huesos de que sea el policía y no uno de esos mandros los que me hayan atrapado.

—El mismo —sisea estrechando sus ojos hacia mí—. Te lo dije *princesita*, esto no es un juego. Hay un maldito signo de pesos sobre tu cabeza.

Me estremezco y me abrazo a mi misma. —Te creo.

—Es un poco tarde para eso —gruñe, dándome un vistazo intenso, como si buscará heridas en mí—. La mierda está fuera de control.

## 6.

### Iván

Tomo a la chica terriblemente asustada frente a mí, y la arrastro hasta la parte trasera de la casa, donde Jiménez y compañía ya han despejado. Ya no se escuchan más disparos, pero sí la voz de todos los hombres que están minimizando a los hijos de puta que vinieron por la chica.

La ayudo a saltar el muro de su patio trasero, y la empujo hacia la izquierda, donde mi compañero y el auto nos esperan.

—Espera, ahí está Bonnie —dice, señalando la parte de su patio donde encontramos a un canino inconsciente.

—¿El perro? —Sacudo la cabeza y señalo el auto—. El perro es lo de menos, debemos sacarte de aquí.

—Él no es un perro, es mi amigo. Está herido, lo... lo lastimaron por mí.

—No tenemos tiempo, tenemos que salir de aquí antes que toda la jodida policía venga y quienes te quieren muerta sepan que no lo estás.

La chica me fulmina con la mirada y tira de su brazo, pero no logra zafarse. Tiro de ella, con la mayor suavidad que puedo reunir, pero clava sus pies en el suelo.

—Iré por Bonnie.

—No.

—Obsérvame —gruñe y luego pisa mi pie. No duele, bueno sí, la condenada sabe dar un buen pisotón y es sólo por la sorpresa de su osadía que la suelto, no por el pisotón.

—¿A dónde crees que vas? —bramo y me lanzo por ella, pero ya está corriendo hacia donde vimos el canino caído. Suspiro y la sigo, Jiménez me da una mirada cuando la ve pasar hecha una furia, me encojo de hombros y él ríe.

—¿Bonnie? —susurra, dejándose caer junto al perro que parece muerto—. Bebe, responde por favor.

—Es un perro —murmuro entre dientes. Jiménez levanta una ceja hacia mí y le doy la mirada de “no me jodas”.

—¿Te importa?, es mí jodido perro. —La chica me fulmina con la mirada y tengo que contenerme para no decirle lo que pienso de su *jodido* perro.

Extiende su mano y sacude el cuerpo del perro, pero éste no responde. Sus ojos están abiertos, pero es obvio, por la sangre que se derrama de su nariz y boca, que ya está en el cielo de los perros. No que le diga eso a la chica, probablemente me patearía de nuevo, pero realmente necesitamos irnos.

—Por favor, no me dejes —susurra con lágrimas en los ojos. Miro a Jiménez por ayuda cuando ella levanta sus ojos desesperados hacia mí—. Debemos llevarlo a un veterinario, por favor

—Está muerto —señaló y niego con la cabeza. Jiménez me golpea—. ¿Qué demonios?

—Ayuda a llevar al perro, lo dejaremos en el hospital veterinario que está de camino, y luego la llevaremos a un lugar seguro.

—¿De camino a donde? No puedo simplemente dejarlo ahí, tengo que estar con él.

—Está muerto, ido, ya no está con nosotros —gruño cuando escucho las sirenas a lo lejos, debemos marcharnos con la chica pronto antes de que la vean y le avisen a quien no deben hacerlo.

—¡Deja de decir eso! —Antes de que pueda parpadear, la chica está golpeándome en la cara y el pecho. Me tambaleo un poco, pero logro contenerla. Le gruño e igualo su furiosa mirada.

—No vuelvas a hacer eso, no será bonito. Tenemos que irnos de aquí y ponerte a salvo, me importa una mierda lo que quieras hacer con el perro, él no es mi prioridad ahora.

—Estúpido insensible, ¡Bestia! ¡No lo voy a dejar aquí! —Sigue su asalto y no sé si es por la brisa fría que sopla en estos momentos, o por la adrenalina que debe correr por su cuerpo, pero sus pezones se asoman por la tela de su camisa y es jodidamente claro que no lleva nada más que ese chiste de blusa encima de su piel.

*¡Puedo ver el contorno de sus malditos pezones!*

*Y son unos muy buenos pezones en unas jodidas e increíbles tetas.*

*Jesús, creo que algo se está poniendo duro en mi entrepierna.*

Creo que no soy el único. Todos están mirándola.

Dejo escapar un gruñido y tomando a la chica por sorpresa, la levanto y tiro sobre mi hombro para que deje de golpearme y sus tetas dejen de rebotar y provocarnos.

—¡Suéltame imbécil!

La llevo hasta el auto que espera a un costado de la pared del patio trasero y la dejo caer, no muy gentilmente y sólo para mi propio placer, sobre el asiento trasero.

—Cállate, Pamela Anderson.

—¿Qué? —Me envía una mirada confusa hasta que le señalo sus tetas, sus ojos se llenan de entendimiento y se sonroja—. Yo, eh...

—No hables.

Cierro la puerta y la dejo dentro mientras espero a Jiménez. Veo como Pérez y Henaos traen el perro muerto consigo. Ruedo los ojos y le grito a Jiménez que no viajaré con el cuerpo del perro en el mismo auto. Suspira y ordena a los chicos llevarlo al otro auto. Alguien golpea la ventada del auto desde dentro y no necesitamos ser genios para saber quien fue.

—Lidia tú con ella. —Paso a Jiménez y rodeo el auto para conducir—. No puedo esquivar sus golpes y no mirar sus tetas.

—Nadie puede evitar hacerlo —lo escucho murmurar y darme una mirada de “*viste eso*” por encima del auto. Sonrío, abro la puerta del auto y apenas estoy sentándome cuando recibo un golpe en la cabeza.

—¿Qué mierda? —Me vuelvo y contengo otro puño misil de la chica antes de que golpee mi nariz—. Deja de golpearme, loca.

—Estúpido, Bonnie necesita estar conmigo, ¡déjenme salir y ver como está!

—¡No! —bramo y la sacudo un poco logrando que se quede quieta y me mire con temor—. Y será mejor que dejes de actuar como una lunática o me veré en la obligación de atarte y amordazarte.

Estrecha sus ojos hacia mí y murmura entre dientes—: No puedes hacer eso, tienes que protegerme.

—Tengo que morirme, algún día —respondo y ella resopla—, ahora debo llevarte a un lugar seguro y no me dijeron exactamente cómo hacerlo, así que una cuerda y un poco de cinta en tu boca no será algo grave.

—Imbécil.

—Loca. Cierra la boca y déjanos hacer nuestro trabajo.

Sus labios se sellan pero también tiemblan, me fijo en sus ojos y se humedecen y su nariz se torna roja.

*Ahrggg, va a llorar.*

—¿De verdad crees que está muerto? —susurra a punto de llorar y me permito sentir pena por ella.

—Mira, no estoy seguro —miento—, tal vez sólo esté conmocionado. Vamos a llevarlo a un hospital veterinario para permitir que se recupere mientras tú estás segura y fuera de peligro, ¿bien?

—Bien.

Suelto sus manos y veo como se acomoda en la parte de atrás, mirando hacia el otro vehículo donde se supone que va su perro. Jiménez me da una mirada reprendiéndome por darle esperanzas, me encojo de hombros tratando de transmitirle mis excusas. Niega con la cabeza y habla por radio.

—Preparen la escena antes de dejar entrar a la policía. El cuerpo de la chica debe estar cubierto. Informen que es un asunto del *DNIC*<sup>III</sup> y no deben interferir.

—*Entendido* —responde, quien asumo, es Rodríguez.

—¿Cuerpo de la chica? —Me vuelvo de nuevo hacia la mujer en el asiento trasero.

—Tenemos que hacer creer que fuiste asesinada. Eso nos dará tiempo para asegurarte y protegerte.

—¿Mataron a una chica en mi lugar? —susurra horrorizada y Jiménez ríe.

—No —aclara mi compañero—, ya estaba muerta cuando la trajimos. Es sólo un cuerpo no identificado que descansaba solo y frío en la morgue. Ahora le daremos tu nombre y...

—¿Van a decirle a mis padres que estoy muerta? —jadea y entra en pánico—. No pueden hacer eso, los destruirán. Papá no podrá soportar esa noticia y mamá... ¡No pueden hacerles creer eso!

—Ya lo hicimos. Mira —Vuelvo mi cuerpo para estar más frente a frente—, no estamos jugando *princesa*, si no hubiéramos llegado, esos hombres hubieran hecho y desecho contigo; y créeme, ellos no juegan bonito. Igual, tus padres te hubieran perdido. Vamos a hacerles creer a quienes te buscan que estás muerta y a todos los conocidos también, familia, amigos, todos. Es probable que si creen que estás viva entren en contacto o sigan buscando por ti y ya no sólo tú estarías en el ojo de los niños malos, también ellos. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que irrumpen en su casa y les hagan daño?

—No.

—Entonces apégate al plan y déjalos fuera de este lio. —Asiente y esnifa. Se abraza a sí misma y cierra sus ojos recostándose—. Nos hemos asegurado de que no haya más chicos malos alrededor, los tres de afuera fueron abatidos y los dos de dentro igual, no hay testigos que puedan afirmar que estás viva. Tus vecinos de al lado no se encuentran en casa y los del frente estaban demasiado asustados que se refugiaron en la parte trasera. El plan ya está en marcha, asúmelo. Has muerto hoy. —La chica asiente

suavemente con la cabeza y luego cubre su rostro con ambas manos. Está llorando. Jiménez me da otra de sus miradas y niego.

Arranco el motor y conduzco hacia la casa de seguridad donde nos esperan. Necesitamos guardarla, protegerla y tratar de acabar con los Urrego y así poder respirar en paz. Ella es un testigo potencial y una ciudadana en peligro y como agente, debo velar por su seguridad y bienestar, no por sus sentimientos.

*De esos que se encargue otra persona, yo no.*

## 7.

# Juliana

—No. Estás completamente demente.

Me encojo ante el tono brusco de Gómez —el policía o agente, como no muy amablemente me dijo que lo identificara, que me salvó dos veces el trasero— y acomodo la enorme camisa que me prestaron para cubrir mi cuerpo. Es la primera vez que me arrepiento de no llevar ropa interior.

Hace una hora llegamos a esta casa, pequeña por cierto, de seguridad. En realidad no era lo que esperaba. Por fuera se ve como una casa de una pareja, hay un jardín y flores plantadas, lo que le permite camuflarse entre el resto de las casas del vecindario. Es extraño, jamás pensarías que es una casa del DNIC.

—Iván tienes que hacerlo, tu maldita cabeza está en la espera de ser puesta en una bandeja de plata frente a Mario Urrego. —Jiménez fulmina con la mirada a Iván y es tenebroso, pero el susodicho le responde con un gruñido y otra fulminante mirada—. No seas un jodido cabrón, tanta mierda que das por las quejas de los testigos cuando entran al programa y ahora te comportas como uno de ellos.

—Es diferente.

—No, no lo es. Incluso Juliana está más calmada y lo ha aceptado más rápido y fácil que tú.

—He estado en esta jodida investigación por tres años, Alex. No puedo ahora simplemente huir como un cobarde y esconderme en Dios sabe donde.

—Oye, yo no soy cobarde —protesto pero ninguno de los dos me presta atención.

Suspiro y me dejo caer contra el sofá. Llevan discutiendo desde que entramos a este lugar. Los otros dos hombres que nos acompañan se muestran divertidos por la discusión entre Iván y Jiménez, o Alex, como lo acaba de llamar.

—Vas a entrar en PT<sup>[2]</sup> y no vamos a discutir más. Tú y Juliana son nuestros testigos ahora. Necesitamos que ambos sigan respirando para cuando tengamos nuestras manos en el cuello de Urrego y toda su jodida organización

—Joder, me pides demasiado. Sabes que vivo para este trabajo, no puedo ir a un lugar remoto y sentarme a esperar por algo de acción.

—Pues te toca. Y ya está dicho, no se discutirá más. —Suspira y revisa su teléfono—. En unos momentos el jefe vendrá para hablar con todos y traerá los documentos para empezar con esto.

Tomo una respiración profunda e ignoro a Iván y su pataleta cuando se sienta frente a mí. Mi mente vaga hacia mis padres y mis amigas, imaginando lo que pueden estar pasando y sintiendo, supongo que a esta hora ya deben saber que “he muerto”. Las lágrimas se acumulan en mis ojos al pensar en el dolor de mis padres, la angustia y desolación que deben sentir en estos momentos.

Ellos creen que han perdido a su única hija, y yo tengo que asumir que he perdido a mis padres, que se han ido y hablar sobre otros que no tengo ni puta idea de quienes son. Y está el hecho de que Bonnie también se ha ido, el idiota de Iván tenía razón. Bonnie murió debido a un trauma muy grave en su cabecita.

Un sollozo escapa de mí al pensar en todo eso y gano la atención de todos en la habitación. Iván me mira y suspira.

—Genial, empieza el drama.

—No seas un imbécil —gruñe Jiménez—, la chica tiene todo el derecho de llorar.

—¿Y yo no tengo el derecho de oponerme a esta estúpida idea?

—No. Y será mejor que te calles, Gómez; en este momento yo soy tu superior y puedo mandarte a freír carne.

—Lo que sea —murmura. Me mira y yo le doy una expresión de muerte, antes de sacarle el dedo medio. Su boca se tuerce en una media sonrisa y volteo mi rostro.

Suspiro y seco las pocas lágrimas que derramé, no le daré el gusto a este pendejo de verme débil, voy a esperar a que me dejen sola y me derrumbaré ahí. Sin ojos que juzguen mis reacciones a toda esta locura.



—A ver si entiendo —Levanto una de mis manos para callar al hombre frente a mí. Gómez y Jiménez me fulminan con la mirada, pero los ignoro—, ¿está usted diciendo que debo viajar a otra ciudad, cambiar mi nombre, mi identidad, tener un nuevo empleo, una nueva vida y esperar ahí hasta que ustedes atrapen a los malos y yo pueda regresar y resucitar ante mi familia y amigos? —Le doy sólo una breve mirada a Gómez y regreso mi atención a Milton Bedoya, el jefe de todos—, ¿no puedo quedarme aquí?

—No, es demasiado peligroso señorita Sánchez. Esta ciudad es el patio de recreo de una de las organizaciones más peligrosas del país, debemos enviarla a un lugar donde no llegue su alcance o al menos su dominio no sea tanto. Aquí fácilmente pueden encontrarla.

—¿Y qué ciudad sería?

—Hmm, bueno, eso sólo lo sabrán una vez que estén en camino hacia allí. Ya todo ha sido arreglado para que ambos puedan establecerse. —Saca dos carpetas grandes de un maletín de oficina y nos las entrega—. Deben abrirlas una vez estén dentro del avión.

—Espera —Dudo al recibir la carpeta, Bedoya me sonrío alentadoramente—, dijiste ambos. No entiendo.

—Gómez y usted.

—¿Qué? —chilla el susodicho—. No estás diciendo lo que creo que estás diciendo.

—Sí, estoy diciendo exactamente eso. Tú y Juliana permanecerán juntos, así será más difícil que los encuentren.

—¿Más difícil? ¿Estás loco? No puedes enviarnos juntos.

Bedoya fulmina a Iván y se levanta en todo su 1,90 de estatura.

—Puedo porque soy tu puto jefe y decido lo que se debe hacer. Los Urrego estarán buscando a un hombre, soltero, con aspecto de policía y a una mujer soltera, con su descripción. A una pareja nunca. Lo primero que pensarán es que los hemos separado y enviado a lugares diferentes. Una pareja de recién casados no levantará ninguna sospecha.

—¿Casados? —chillo mirando con horror a Iván—. ¿Ese idiota y yo?, ¿juntos?

Iván gruñe, y Jiménez y los otros dos hombres ríen mientras el jefe Bedoya sonríe.

—Es una buena apuesta. Además, Gómez es un profesional... —Fija su seria mirada en Gómez y levanta una ceja—, no te traerá problemas.

—Bien, lo que sea —murmura Gómez, encogiéndose de hombros—. ¿Hay comida en el lugar al que vamos?, muero de hambre.



*Yuliana Sandoval Pérez.*

*24 años.*

*Cabello marrón, corto y liso.*

*Estilista.*

*Padres separados.*

*No hermanos.*

*Casada.*

*No hijos.*

*Tipo de sangre: A*

*RH: +*

*Intereses: Música, belleza, correr, moda, fotografía, viajes, ropa, zapatos, aventura.*

*Ha vivido en ciudad Esperanza toda su vida, se casó con su novio de la escuela, Adrián Giraldo, hace un par de meses y acaban de mudarse al primer apartamento que el empleo de ambos les permite. Está perdidamente enamorada de él.*

*Colecciona osos de peluche. Ama los osos de peluche.*

*Trabaja en el salón de belleza Altamira.*

*Ingreso promedio de \$750.000 pesos mensuales.*

*Seguro social del gobierno. IPS: Coomsalud.*

*Alérgica al maní.*

...

—¿Quién demonios es esta mujer? —gruño y sigo leyendo todo sobre mi nueva identidad.

Es claro que van a cambiarme el color natural de mi cabello, y van a cortarlo hasta mis hombros... creo que voy a llorar por ello. He tenido el cabello largo toda mi vida y ahora debo cortarlo hasta mis hombros. Además, *¿Desde cuando me interesa la moda, la fotografía y esas cosas?*

—Es quien eres de ahora en adelante. —La voz de Iván me indica que tampoco está muy feliz con su nueva identidad.

—¿Quién es *Adrián Giraldo*?

—Un imbécil —gruñe y arroja la carpeta a un lado desparramando los papeles. La azafata que nos acompaña en el vuelo corre hacia nosotros, lo fulmina con la mirada y se agacha para recoger el desorden.

Le doy una mirada a Iván y reacciona a tiempo, impidiéndole a la azafata obtener los papeles y leerlos. Se supone que todo el personal dentro del avión es de confianza. La azafata es un agente que está encubierta en este cargo para mezclarse en no sé que mafia de las alturas. Volamos en un vuelo privado, nadie puede saber de nosotros, por lo que aterrizaremos en una pista olvidada a la madrugada y luego nos llevarán a otra ciudad donde tendremos que trabajar en nuestra nueva apariencia y luego tomaremos un auto y conduciremos a nuestro lugar; pero aún así, entre menos personas sepan nuestra nueva identidad, mejor.

—Lee tú el mío y yo leeré el tuyo. A ver si descubro quien es mi nueva y amada esposa.

Acepto, le entrego mi carpeta y él me entrega la suya. Empiezo a leer y me río.

—Sí, búrlate *Yuliana*.

—Pero es... este hombre es muy diferente a ti.

—Lo es —brama, mirándome de soslayo.

—Bueno, aquí dice que es un paramédico entregado a su empleo, le interesa la medicina, el fútbol y la cerveza. Adicto al gimnasio, de la ciudad de Esperanza, atento, dedicado, amoroso, cariñoso, amable y profundamente devoto de su esposa —me río y él resopla logrando que ría aun más—. Ama los perros, los paseos al aire libre, los atardeceres, la playa y es alérgico a las nueces.

—Joder —gruñe y niega con la cabeza—. Soy un marica. Un completo imbécil. Esto tuvo que haberlo hecho Victoria, está vengándose de mí.

—¿Victoria? —pregunto curiosa. La sonrisa en mi boca debido a su malestar no se va.

Pasa la mano por su rostro y suspira. —Es una agente encargada de PT, salí con ella hace un año, yo sólo quería divertirme, ella quería más... no salió bien y desde entonces “soy un imbécil insensible, demasiado cobarde para comprometerse que sólo se ama a sí mismo y a su gigantesca polla.”

Parpadeo y me oigo decir antes de pensar en ello. —¿Gigantesca polla?

Los labios de Iván se parten en la primera sonrisa del día, meneas sus cejas mientras me sonrojo y murmura—. Sabía que eso llamaría tu atención. Al menos tu esposo no tiene un juguete pequeño.

Levanto una ceja y murmuro entre dientes—: Tú y tu gigantesca polla pueden presentarse ante tu mano, porque aquí —Me señalo a mi misma—, entre los tres, no habrá juego.

—Se supone que amas a tu esposo y yo adoro el suelo que tu pisas, ¿el sexo debe ser pasional, vainilla o duro y sucio?

—¿Por qué estamos hablando de sexo? Hay cosas más importantes.

—El sexo es el motor de una relación.

—No, lo es el amor.

—Claro que no, puedes amar fervientemente a tu pareja pero si en la cama es un osito dormilón, no niegues que todo el castillito de algodón se esfumará cuando un verdadero semental toque a la puerta.

—¿Qué? Estás loco, el amor es importante.

—El sexo lo es.

—Los hombres sólo piensan con la polla, además, ningún hombre es fiel.

—Lo somos —responde mirándome fijamente—, somos fieles a nosotros mismos y amamos el buen sexo.

—Deja de hablar de sexo.

—¿Por qué?, somos esposos, estamos más allá del toqueteo de ciertas partecitas. —Extiende su mano y la golpeo antes de que toque mi seno—. ¿Qué? Sólo quiero abrir la ventana.

—Sí, claro. No soy tonta.

—¿En serio? No puede ser, si no lo dices no me doy cuenta.

—Pendejo.

—Loca.

—Mejor cállate y estudia mi perfil.

—Bien. —Cierra la carpeta y se vuelve para mirarme—. Puedes voltearte de frente —dice y le doy una mirada—, necesito estudiar tu perfil.

—Este no —gruño y se suelta a reír, toma la carpeta y se concentra en las hojas—. Imbécil.

—Frígida.

Abro mis ojos y jadeo sorprendida. Levanto mis manos para golpearlo y siseo—: No soy frígida, estúpido.

—¿Ah no? —Sonríe y detiene mis manos antes de que logren hacer contacto con su cuerpo—. Comprueba lo contrario, ¿te gusta el sexo sucio, amoroso, pasional, duro?, ¿Abajo o arriba? ¿Tomas o das?, ¿Qué tan alto puedes gritar?

Gruño y me alejo de él como si quemara. Me cruzo de brazos y trato de ignorar la estúpida sonrisa en su cara.

—¿Quieres un poco de agua, *esposita?*, te ves algo acalorada.

—Púdrete —bramo y le saco el dedo medio. Decido, después de escucharlo carcajearse a mi costa, ignorarlo el resto del camino.

*Y esto es apenas el comienzo.*

## 8.

### Iván

—¿Quieres dejar de llorar?

—No. —Esnifa y vuelve a romper en llanto.

Ruedo los ojos y me paro frente a ella. —Es sólo cabello, volverá a crecer y puedes pintarlo de nuevo.

—Esta no soy yo.

—No, no lo eres. Y yo tampoco soy este tipo, pero toca serlo para guardar nuestro trasero de ser picado o arrojado al río.

—No quiero.

—¡Por favor Yuliana! Es sólo puto cabello y un tinte, no es el fin del mundo y aún respiras. —Estallo y logro que al menos deje de llorar, pero sí resucito a la bestia que vive dentro de ella.

—¡No me grites! No se te permite gritarme, eres mi devoto esposo así que consuélame.

—No voy a palmear tu espalda sólo porque estás llorando por un corte de pelo.

—¡No es sólo el puto corte! —grita y arroja las tijeras en mi dirección, las esquivo rápidamente—. Yo soy Juliana, pero Juliana ya no está; está muerta. Ya no tengo a mis padres, ni a Bonnie, no hay amigos, no hay trabajo, ¡No hay nada! ¡Ya no soy nadie!

—No me arrojes cosas filosas a la cara, loca, y si eres alguien. Te llamas Yuliana Sandoval, eres Yuliana Sandoval.

*Y será mejor que empiece a llamarla y tratarla como ella, es más fácil que se acostumbre a su nueva identidad.*

—No —solloza y patalea, realmente patalea y no sé porqué eso me parece lindo y tierno. *¿Tierno? Yo no soy amigo de lo tierno—*. No soy nadie. Ni siquiera sé quien es la jodida Yuliana Sandoval. —Cubre su rostro con sus dos manos y se echa a llorar de nuevo.

—Es mi esposa, eres mi esposa —murmuro acercándome a ella. Sus hombros se tensan cuando siente mi cercanía, pero no descubre su rostro. Lentamente la atraigo hacia mi pecho y trato de abrazarla—. Eres la mujer que salvó mi vida en ese baño y ahora eres mi amada esposa, por la cual doy mi vida y hasta más. Y... por el poco tiempo que te he conocido, sé que eres una mujer valiente, inteligente, toda una fiera y divertida chica, que puede proponerse lo que quiera y alcanzarlo.

Sorbe sus lágrimas y creo que mis palabras han hecho algo en ella porque quita sus manos de su rostro y corresponde mi abrazo.

—¿De verdad crees eso?

—No, estoy seguro. He tenido suficiente tiempo para leerte, y créeme, soy muy bueno en ello.

Vuelve a sorber y se aparta. Su rostro lleno de lágrimas y sus ojos rojos e hinchados me miran.

—No sé si estás diciendo esto para hacerme sentir mejor o porque lo crees así, pero gracias. —Se levanta en la punta de sus pies, ya que soy mucho más alto ahora que no está usando tacones, y besa mi mejilla—. Me siento un *tris* mejor.

—¿Estoy siendo un buen esposo? —me permito enviarle una sonrisa tranquilizadora, sonrisa que corresponde y agradezco por eso.

—Vas por buen camino.

La suelto y ella a mí también, me hace señas para que salga del baño y cierra la puerta. Me quedo en la habitación de ese motel barato, esperando que su crisis esté controlada y que podamos continuar con esta farsa.



Casi dos horas y media después, Yuliana sale de la habitación y me muestra su nuevo cambio. Yo aproveché ese tiempo para tinturar también mi cabello y recortarlo un poco a los lados; también para recordar por medio de tutoriales mis jodidas clases de paramédico. Yuliana también se la pasó el viaje en avión viendo estúpidos vídeos de internet, sobre corte de cabello y esas cosas.

—Te ves caliente —murmuro con sinceridad.

Su largo cabello negro ahora llega a los hombros, es recto y de un color más chocolate-marrón que antes. Sus ojos siempre me han parecido bonitos y como usa más maquillaje tienen este efecto raro que hace ver su mirada felina. Los jeans aprietan bien sus piernas y marcan sus caderas y trasero, El suéter verde de manga tres cuartos y cuello en V, se aferra a sus pechos y cintura, enseñando sus curvas. Las botas marrones en sus pies de tacón medio la hacen ver más alta y sexy.

Rueda sus ojos y da una vuelta mostrándome su trasero, que es igual de impresionante que sus pechos.

—¿Quedó bien el corte? ¿Está disparejo?

—Está perfecto. —Le doy una mirada breve a su cabello, que luce bien para mí, y el resto del tiempo miro su trasero. Es caliente.

—Deja de mirar mi culo. —Se vuelve y planta sus manos en sus caderas—. Tú te ves bien, al menos tengo un esposo que despertará envidia.

—Lo sé, soy impresionantemente hermoso, apuesto y sexy.

Resopla y rio. Camina hasta la mesa del televisor y toma el supuesto anillo de matrimonio.

—Creo que mi esposo podría haber hecho un mayor esfuerzo para comprarme un anillo.

Levanto mis manos en defensa. —No fui yo quien lo obtuvo. Quéjate

con Victoria.

—Realmente ella cree que eres un idiota. Este anillo es horrible. —  
Inspecciona el anillo sencillo y mediocre. Hasta yo reconozco que es una  
mierda de anillo—. Parece que lo ganaste de un paquete de gomitas o algo  
así. ¿Esto si quiera es de plata o es de acero?

—No tengo idea. La mía no es mejor, creo que podría cortarme el dedo  
si empuño mi mano.

Me pongo el anillo casi al mismo tiempo que ella. Ambos  
contemplamos nuestras manos, yo gruño y ella suspira resignada. Nos  
miramos un momento y compartimos sonrisas alentadoras, sonrisas que  
ninguno de los dos siente en realidad. Ella está renunciando a su vida y yo a  
la mía, aunque es mucho más fácil para mí, ya he estado actuando como una  
persona diferente desde hace años, ella por su parte, es la primera vez que  
finge ser alguien que no es.

—Que empiece este estúpido baile —dice, con decisión y nuevas  
energías.

—Así es que se habla, *cariñito*.

—Gracias, *Osito*.

—Oh no, no, no, no. No vas a decirme *Osito*, ¿qué clase de cariño es  
ese?

Se encoje de hombros y sonrío. —Lo siento, mi vida, pero amo los osos  
de peluche según mi nueva identidad, y quien más va a ser mi *osito* favorito,  
si no tú.

—¿Realmente amas los osos de peluche?

—Los odio.

—Sí, creo que tampoco le caíste en gracia a Victoria.

—Ni siquiera me ha conocido.

—Pero eres mi esposa, es suficiente razón para que ella quiera joderte.

—Creo que yo también la odio.

Alguien toca la puerta y sabemos que nos están pidiendo que nos

alistemos para continuar. Tomo la chaqueta y la bufanda de la cama y las maletas de ambos. El departamento nos entregó unas pocas prendas para que podamos vestir en este momento. Yuliana toma su abrigo y sus guantes y nos encaminamos a la salida.

Dos agentes del programa nos escoltan hasta una camioneta negra y vieja, Yuliana tiene problemas con el cinturón y le ayudo, me agradece y reposa su cabeza en el vidrio de la ventana. Suspira y mueve nerviosamente las manos. No sé que me impulsa a hacerlo, empatía o solidaridad, pero tomo la mano de Yuliana y la estrecho, tratando de darle fuerza para continuar y demostrarle que los dos estamos en esto.

Nos toma tres horas llegar a nuestro destino final. La ciudad de La Morada nos recibe cerca de las seis de la mañana. Yuliana permanece dormida y recostada a mi lado, el agotamiento la venció hace más de una hora. La camioneta gira hacia la derecha y nos conduce a un vecindario de conjuntos y apartamentos lúgubres. Apenas el sol está aclarando el día y aún se ve actividad de la noche anterior. Grupos de gente que sale de alguna fiesta, mujeres que ofrecen más que un cigarrillo, peleas callejeras y personas teniendo sexo en las esquinas.

—Debes estar jodiendo conmigo —murmuro. No pueden ubicarnos en este lugar, es una cuna de crimen y ratas.

—No te preocupes —dice el agente que conduce la camioneta. Parece un agente especial con su traje, cabello engominado<sup>[3]</sup> y lentes oscuros—. Estos no son los complejos donde van a vivir, pero tenemos que pasar por aquí para llegar a ellos. No queremos alertar a la pandilla del otro lado.

—¿Pandilla? Joder —gruño—. ¿Qué demonios estaba pensando Victoria? Estamos expuestos aquí.

—En realidad no. Si leíste bien tu expediente y perfil, eres el sobrino de Humberto Carrillo, es uno de nuestros contactos y una de las personas más influyentes y respetadas aquí. Es un comerciante legal... o algo así. Además, es una persona confiable para el jefe, Bedoya asegura que nos ayudará. A veces hay que vendernos un poco para poder obtener lo que queremos. Todos ganan.

—Genial, simplemente genial. ¿Quién garantiza que no se venda? ¿Está contaminado?

—No, él no los venderá, te lo aseguro. Bedoya confía demasiado en él, y sabes que el jefe no pone su confianza en nadie.

—Esto no me gusta.

—No tiene porqué hacerlo —responde el compañero de pelo rubio y complejo de hombre de negro. Fulmino sus caras, sus trajes y sus lentes. Que se jodan.

Casi diez cuadras más allá y en un vecindario un poco más tranquilo, pero no menos lúgubre, nos detenemos frente a otro conjunto de edificios. Hay tres torres de siete pisos cada uno. La pintura de todas está rasgada y caída, hay grafitis en las paredes. Aunque en comparación al resto de los edificios y casa de los alrededores, nuestro conjunto se ve mejor.

*Si es que puede decirse eso.*

—Al menos tiene un portero y entrada asegurada —suspiro.

—Sí, eso compensa el resto.

—¿De qué hablas?

—Lo verás por ti mismo en unos momentos —dice hombre de negro uno y golpea el brazo del hombre de negro dos.

Sacudo a Yuliana y no me percato de ser suave con ella. Se sobresalta y extiende su mano empuñada, golpeando mi nariz.

—¡Mierda! —gruño.

—¡No vuelvas a despertarme de esa manera, idiota! —Me da una fuerte palmada en el hombro y frota su pecho con la otra—. Me asustaste.

—Lo siento.

—Sí, como sea. ¿Ya llegamos? —Sus ojos observan los alrededores y su cuerpo se tensa—. ¿Debes estar jodidamente bromeando?

—Lo mismo dije —murmuro llevando mis dedos a mi lastimada nariz—. Al parecer Victoria realmente nos odia.

—Esto es horrible. ¿Qué demonios es este lugar?

—Nuestra nueva casa. —Salto del auto y estiro mis piernas. Yuliana me sigue y arrastra su maletín con ella.

—Vamos a ser asaltados en medio de la noche, ¿verdad?

—No —responde hombre de negro uno quitándose los lentes y enseñándonos más su rostro. Su compañero lo sigue—. Humberto ya se encargó de informar que su sobrino y su nueva esposa se instalarían en el 104. Están protegidos por ahora.

—¿Por ahora? —resopla Yuliana frotándose los ojos y los hombres de negro la fulminan con la mirada.

—En el transcurso del día debe llegar el carro de mudanza. La agente Trujillo proveyó todo lo necesario para que puedan llevar su nueva vida.

—¿Agente Trujillo? ¿Estamos hablando de otra persona o eso también lo hizo Victoria?

—La misma. —respondo, Yuliana me mira y niega con la cabeza.

—Creo que no nos va a gustar lo que traerá el camión.

—Supongo lo mismo.

—Aquí están sus llaves. Deben presentarse con Humberto cerca de las dos de la tarde, eso les permitirá ubicarse y descansar apropiadamente.

Tomo las llaves y agradezco de mala gana a los agentes. Se despiden y marchan en el auto. Me vuelvo hacia Yuliana, que se tambalea del sueño, tomo su maletín y la traigo a mi lado para que se apoye. No necesito saludar al portero, simplemente nos sonrío y abre la puerta.

*¿Qué mierda? ¿Y la puta seguridad?*

—El señor Carillo nos informó que su sobrino y esposa llegaban temprano esta mañana. El apartamento ya fue aseado, pero requiere algunas revisiones. Sigán.

—Gracias... —Yuliana se acerca y lee el apellido del portero en su uniforme—, Portillo.

Asiente y nos deja seguir. Vamos hasta la puerta con los números 104 y respiramos profundo antes de entrar.

—Vamos a ver con qué sorpresa nos encontramos.

—¿A la cuenta de tres? —ofrece Yuliana.

—Vale, uno.

—Dos.

—Tres...

*Mierda.*

Palabra sabia que sale de los labios de ambos al abrir la maldita puerta.

## 9.

### Yuliana

El golpeteo en la puerta me tiene gimiendo y retorciéndome en la sabana. Estiro mi mano y golpeo a Iván, perdón, Adrián en la espalda. El colchón se sacude y me doy cuenta que él se ha levantado.

—¿Quién mierda es? —gruñe, parece que revisa el nuevo teléfono que nos dieron y gruñe—: las nueve, apenas son pasadas las nueve de la mañana y ya están jodiendo la puta puerta.

—No hemos dormido nada —murmuro.

—No —Otra serie de golpeteos se escuchan—. ¡Mierda! ¡Un jodido minuto!

Abro un ojo y lo veo apresurarse hacia la sala. Suspiro y me doy vuelta, pero gimo cuando mi espalda se rebela.

—Estúpido colchón.

Decir que fue una sorpresa el apartamento es un eufemismo. La perra de Victoria realmente está en mi lista negra a partir de ahora. Felizmente vendería su dirección, teléfono y todo sobre ella a cualquier mafia; este lugar es un asco. El papel tapiz de las paredes está desgarrado, los pisos están machados y tienen agujeros, el baño no es blanco sino amarillo, la cocina tiene más grasa que un festival culinario de pueblo y en el cuarto sólo había un desgastado colchón que ha visto mejores días, unas sabanas baratas que por lo menos eran nuevas y un cojín, sospechoso, de almohada.

Hubiera optado por dormir en el suelo, pero está en peor condiciones y

mucho más sucio que el colchón. El agotamiento nos venció a ambos, y antes de discutir sobre quien dormiría sobre el colchón y quien sobre las sabanas, decidimos compartir y hacernos más ameno el momento. Amenacé a Adrián con cortar sus pelotas si su mano se ponía aventurera conmigo. Se rió de mí y procedió a desnudarse en mis narices.

*Sí, tiene un muy buen cuerpo, su juguete no fui capaz de comprobarlo, pero en otro momento será.*

Yo sí tuve la modestia de cambiarme en el baño. No fue una experiencia agradable, pero pasé y regresé al cuarto para encontrar a Adrián profundo. Me recosté a su lado y como si el colchón tuviera algo mágico, me dormí inmediatamente.

El apartamento no es muy pequeño, pero tampoco son los metros cuadrados soñados. Cuenta con una sola habitación matrimonial, una sala, cocina, un patio pequeño y un baño. Cada habitación es amplia, lo cual agradezco ya que odiaría vivir en una apretada y estrecha alcancía. La cocina está ubicada a la vuelta del pasillo de entrada, lo que permite que se oculte a la vista y así cuando no quiera lavar los jodidos platos, mi visita no se dé cuenta.

*Lo sé, soy terrible. Pero es que hay días en qué no quieres hacer nada.*

—Son los de la mudanza —espeta Adrián desde la sala. Me levanto y uso una de las camisas grandes que me dieron.

—¿Tan temprano? —suspiro anhelando un chocolate caliente y un pan recién horneado, con queso y mantequilla.

Adrián entra al cuarto y busca ropa para él. Vuelvo mi cara hacia el otro lado. —¿En serio atendiste la puerta en bóxer?

—Sí, quien no quiera verme que se tape los ojos. —Puedo escuchar la diversión en su voz. Muerdo mi mejilla y salgo del cuarto.

Dos hombres cargando un horrible mueble floreado entran por la puerta.

—¿Dónde lo quiere? —pregunta el de piel más oscura. Parpadeo tratando de asimilar la cosa horrorosa de flores.

—Ahí —responde Adrián por mí, señalando la pared izquierda. Palmea mi culo y me da un beso en la mejilla antes de salir por la puerta.

*¿Qué mierda fue eso?*

Más muebles horribles siguen entrando. Adrián y el chico moreno arrastran una nevera de color verde vomito, que probablemente se fabricó en los años sesenta. Le siguen más horrorosos electrodomésticos y muebles que me hacen querer tirarme al suelo y llorar.

Mesas en madera desvejecidas pero no en el buen sentido de la palabra, manteles de girasoles y no sé cuántas flores más, un televisor de caja, una base cama —ni siquiera una cama en madera— un colchón mucho mejor que el que hay en la habitación pero no en perfecto estado, ollas usadas, vajillas incompletas y mezcladas, vasos de mil colores y formas. Y dos bolsas de ropa para cada uno, más otra llena de viejos osos de peluche.

—No, no, no y no... —Me giro hacia Adrián con el pánico reflejado en mi rostro—. No me digas que ella también...

—Yuli, *cosita*, porque no vas acomodando las cosas de la cocina — dice Adrián, sus ojos se estrechan hacia los dos ayudantes de mudanza y caigo en cuenta del error que casi cometo.

—Claro *osito*. —Fuerzo una sonrisa y me dirijo a la suciedad de la cocina, y trato de ordenar un poco. Un olor a pescado permanece en ella y me encuentro queriendo vomitar de vez en cuando—. No, ni hablar, voy a limpiar esta mierda. ¿Dónde queda el supermercado más cercano? —Adrián deja un baúl en el suelo y se vuelve hacia mí.

—No lo sé, ¿Por qué?

—No pienso acomodar nada, hasta que no limpiemos y saquemos toda esta porquería de la casa.

Los dos ayudantes se miran y el más bajo responde—: Hay un *super* a una cuadra, volteando la esquina. Tienen de todo, comida, útiles de aseo, está muy bien surtido y permanece abierto 24/7.

—Gracias. *Osito* ¿puedes darme dinero? —Le hago ojitos a Adrián y le sonrío inocentemente.

—Claro *cosita*, deja voy por mi billetera. —Pasa por mi lado, dándome otro beso en la frente, para tomar la billetera del cuarto. Estrecho mis ojos hacia él cuando regresa y pone sus brazos a mí alrededor—. Procura no gastar mucho, cariño. Tenemos que ser ahorrativos hasta que empecemos en nuestros nuevos empleos. —Me tenso y me quedo mirándole sospechosamente por la forma en la que me sonrío. Me da otro beso en la sien y me susurra al oído—. Se supone que eres mi adora esposa y yo tu amado esposo, actúa como tal.

—No te preocupes amor, voy a ser muy justa y no gastaré de más. — Me levanto en las puntas de mis pies y le doy un casto beso en los labios, sorprendiéndolo—. No tardaré.

Salgo pitada de ese horrible lugar y corro hacia el *super* que me dijeron. El exterior no es mucho mejor que el interior de los edificios, hay personas en las esquinas haciendo Dios sabe qué, niños jugando en la carretera y gritándole a los autos o motos que pasan por ahí. Dos mujeres discuten por una ropa que hay colgada en unas cuerdas entre las dos casas y un tipo orina en la pared de la casa esquinera.

*Jesús, realmente te odio, Victoria.*

Llegó a la tienda y el dueño me saluda. Compro los útiles de aseo, un poco de comida para esta semana, mucho chocolate y leche. El tendero se ofrece a llevar mis cosas a domicilio, pero como aún no tengo idea de cual es mi dirección, me acompaña con todas las bolsas.

En el camino me doy cuenta que todos aquí ya saben quien soy, o mejor dicho, quien es Adrián... todos conocen al tal Humberto que mencionó Adrián ayer, el que se supone es su tío. Se ve amable pero cuando empieza a hacer preguntas sobre mí y sobre Adrián... me pongo algo nerviosa.

—Es aquí, gracias —Abro la puerta y Adrián está colgando una foto de nuestra supuesta boda.

Es horrible, el montaje de nosotros en una notaría es terrible, mi supuesto vestido de novia es un asco, mi peinado le supera en desastroso al vestido; por el lado de Adrián es lo mismo, su traje se ve horrendo y arrugado, hay unos evidentes círculos oscuros bajo sus ojos que lo hacen

parecer ebrio o recién salido de una pelea. Su cabello está demasiado brillante y grasoso... es obvio que ese no es su cabello. *Verdaderamente odio a Victoria*. Ha hecho de nuestra foto de boda un chiste... es como una pésima foto de la película “¿Qué pasó ayer?”.

—Hola *cosita*. ¿Por qué no me llamaste por ayuda? —Adrián viene y ayuda con las bolsas que yo cargo. Mira hacia Salomón, el tendero, y se presenta—. Soy Adrián, el esposo.

—Sí, ya lo imaginaba. El sobrino de Humberto.

—Así es...

—¿Cómo fue la mudanza y el cambio de ciudad?

—Agotador —responde Adrián con una sonrisa—, pero el que quiere limones aguanta tirones.

—Así es. Tomen —Nos entrega una tarjeta que sacó de su bolsillo—, aquí está el número de la tienda, cuando no puedan ir hasta allí simplemente llamen y se les traen los víveres a domicilio.

Agradecemos y despedimos a don Salomón. Le entrego las vueltas a Adrián y me dirijo a la cocina para empezar a limpiar. El baño y el cuarto le corresponden a Adrián, la cocina y la sala a mí. Reparto los útiles de aseo y colocando los guantes en mis manos... empiezo con la masacre del mugre y bacterias.



—¡Mátala! ¡Adrián mátala! —grito y grito cuando otra cucaracha vuela hacia donde estoy yo, mientras Adrián trata de matar la que corrió hacia la mesa del comedor—. ¡Hay otra! ¡Justo allí!, oh Dios, vamos a morir.

—Es una cucaracha, Yuliana, sólo un insecto.

—Un asqueroso insecto mutante, que puede sobrevivir a una guerra nuclear, se mete en tus oídos y viaja hasta tu cerebro para poner sus

asquerosos huevos.

Adrián se detiene con el zapato en el aire y me mira. —Deberías dejar de ver tantos documentales de mierda. Estás siendo tonta y dramática en este momento.

—No estoy siendo tonta ni dramática. Estoy en pánico, en crisis. Me preocupo por nuestras vidas.

Rueda los ojos y resopla, la cucaracha se escabulle por el mesón de cocina y me niego a bajarme de la silla.

—¿Dónde está la otra?

—Muerta, Yuliana, acabé con ella. Bájate de ahí antes de que caigas de culo. —Toma su teléfono y la tarjeta de la tienda—. ¿Podrían enviar dos latas de insecticida por favor?

—¡Qué sean cinco! —grito, Adrián me mira como si estuviera loca—. Es mejor prevenir que lamentar, esas hijas de su madrecita cucaracha son resistentes.

—Cinco, gracias.

El ayudante de don Salomón tarda siete minutos en llegar. Corro y tomo dos de las latas de insecticida y comienza la purga del apartamento. También empiezan mis gritos, ya que a medida que el veneno se esparce, las desgraciadas tratan de huir.

Para la una ya tenemos aniquiladas a la mayoría y para disgusto de Adrián, cuento treinta y seis cucarachas muertas. Corro a barrer el desastre y al baño, tenemos que reunirnos con el tal Humberto sobre las dos.

—Bien, lo esperamos entonces. Gracias. —Salgo del baño y Adrián termina una llamada—. Parece que *mi tío* Humberto quiere venir y asegurarse que su único sobrino esté bien. Llegará en veinte minutos y trae hambre.

Levanto las cejas y miro las pocas compras que hice para la semana. El reloj marca la 1:25 minutos así que corro a preparar varios sándwiches de pavo, salami y jamón. Adrián me ayuda con la limonada y los bocadillos de queso y dulce de guayaba. Lo apuro para que se vaya a duchar justo cuando alguien golpea la puerta. Le doy pulgares arriba y lo animo a que se bañe. La

mayoría de las cosas están acomodadas, el desorden lo hace más que todo los manteles y utensilios de cocina que no he guardado y las bolsas con la ropa.

Mi corazón bombea rápidamente al acercarme a la puerta. La abro y mi boca se abre cuando veo a un hermoso hombre mayor frente a mí.

—Hola sobrina —dice y tira de mí para un abrazo. Mi rostro se estrella contra su pecho, debido a lo alto que es. *Es una jodida jirafa el tipo*. Pero está re bueno, dentro de ese cuerpo alto y delgado, el rostro de belleza clásica, la barba recortada y los ojos azules, el cabello engominado es lo único que descacha<sup>[4]</sup> el look.

—Ti... tío Humberto ¿Cómo estás?

—Bien cariñito —Pellizca mis mejillas, *el jodidamente pellizca mis mejillas*—. Extrañándolos mucho. Donde está mi sobrino favorito.

—En la ducha —respondo y él se ríe, los dos hombres tras de él que no había visto, también se ríen entre dientes.

—Espero no haber interrumpido nada. ¿Podemos pasar?

—Oh —Me sonrojo al entender sus insinuaciones y me hago a un lado para que pasen—. Acomódense donde puedan, iré por la limonada y los sándwiches que preparamos.

Trato de no reírme por la visión de estos tres hombres enormes, sentados en mis muebles floreados. El de la izquierda se ve muy joven, pero eso sólo lo muestran sus rasgos, sus ojos son duros y oscuros. El otro hombre se ve casi de la misma edad de Humberto. Y ambos tienen el mismo odioso y feo peinado.

Adrián entra cuando estoy llevando la bandeja con los jugos, se desvía a la cocina y me ayuda con los bocadillos y los sándwiches.

—Tío —saluda una vez que está frente a Humberto.

—Chico —Hace lo mismo que conmigo, atrae a Adrián para un abrazo—. Tiempo sin verte. Espero que todo esté bien.

—Lo está —dice Adrián enviando una mirada hacia mí que me hace sentir algo dentro, en mi pecho. Es muy bueno fingiendo que me ama. Espero nivelarlo.

Le sonrío y suspiro, tratando de no ser sobreactuada. Le paso a cada uno su vaso de diferente color y me siento junto a Adrián, él toma inmediatamente mi mano en la suya.

—Bueno, ya era hora de tenerte cerca, hijo. Tu madre me hizo prometerle que cuando me necesitaras ahí estaría para ti.

—Lo sé. —Su voz suena casi melancólica, miro hacia abajo, a nuestras manos, para no mirarle a él, sorprendida por lo jodidamente buen actor que es.

—Vale, sé que se mudaron aquí sin tener muchas cosas fijas. Les pedí que lo hicieran y no voy a dejarlos en el aire. Lamento que este haya sido el único lugar disponible, pero es lo que ustedes se pueden permitir ya que se negaron a recibir mi dinero.

—Sabes que eso no es lo que quiero de ti, tío. El dinero es tuyo, tú lo has ganado, no tienes porque dármelo a mí cuando no he luchado por él.

—Eres mi sobrino, mi único familiar vivo. De todas formas, ya que no aceptaron el dinero que amablemente les ofrecí, hale algunos hilos y cobre unos cuantos favores. —Extiende su mano hacia el chico de la izquierda y él le entrega dos hojas de papel—. Hablé con Florencia, la dueña del salón de belleza Altamira, le dije que eras una cosmetóloga muy talentosa y dispuesta a trabajar. Empiezas el viernes, ella te explicará tus horarios y el salario.

—¿Tengo un trabajo? —susurro impresionada.

—Así es mi pequeña sobrina. Florencia aceptó tenerte con ella. Es un buen y prospero salón. Y tú, hijo, el director de ambulancia y centro de atención médica aceptó tenerte en su nómina. Hace poco que uno de los paramédicos tuvo que dejar un puesto vacante... tú lo vas a reemplazar. —Toma una de las hojas y se la entrega a Adrián—. Debes presentarte con él mañana. Te dirá qué turnos manejarás y todo lo relacionado con el contrato y esas mierdas.

—Gracias tío, no sé que... gracias. —Adrián se muestra muy conmovido, por lo que le sigo la corriente y logro que mis ojos se humedezcan.

—Vamos a poder salir adelante, cariño —susurro abrazando a Adrián y

desbordando emoción.

—Así es amor. —Acuna mi rostro y me besa castamente. Me sonrojo, no esperando el gesto y avergonzándome por jadear un poco ante su contacto. Adrián ignora mi reacción y se gira hacia su tío—. Gracias de nuevo.

—Perfecto, si ya está resulto eso, ¿podemos comer ahora y desatrazarnos?

—Por supuesto —chillo emocionada. Este es mi papel. El que estudiamos ayer en el avión.

Pasamos una buena hora riendo y “recordando” muchas cosas de nuestra historia. Humberto aporta su conocimiento sobre la “crianza” de Adrián y como él se escabullía algunas noches para ir a mi casa. Los dos hombres de Humberto se creen todo y se sumergen entre las risas y las bromas. Humberto decide retirarse y nos hace prometer que estaremos en contacto, también nos asegura que nadie se atreverá a hacernos algo y que todos están avisados de ayudarnos en lo que necesitemos.

*Me gustaría saber qué es lo realmente representa Humberto para tener tanta influencia aquí.*

Acompañamos a los tres chicos hasta la puerta, Adrián y yo abrazados como si estuviéramos pegados de la cadera. Nos despedimos efusivamente y para cerrar nuestra actuación con broche de oro, Adrián me levanta en sus brazos, me besa y nos hace girar cuando los tres hombres se vuelven para mirarnos.

*Me gustaría decir que besa bien, pero sus besos son sólo contacto inocente con mis labios.*

Creo que tenemos que mejorar en ese aspecto. Una pareja de recién casados y tan enamorados el uno por el otro como nosotros no se besa de esa manera. Hay que arreglar eso. Por el bien de nuestra fachada.

*¿O será más bien porque soy yo la que quiere probar un poco de eso?*

# 10.

## Adrián

Para el jodido domingo estoy que tiro la toalla.

He trabajado cuatro días esta semana, en turnos de doce horas. Empezando a las siete de la noche y terminando a las siete de la mañana. Salvando vidas y asistiendo a muchos heridos y enfermos. Este lugar es un río de sangre.

Yuliana tampoco la ha tenido fácil. Sus conocimientos básicos en, belleza, maquillaje, cabello y piel han sido sobreevaluados y explotados en el salón. La chica tiene talento en esto y Florencia está aprovechándolo al máximo. Por eso siempre se la pasa viendo cuanto vídeo explicativo sale en YouTube.

Varios vecinos nos han dejado algunas bolsas con presentes en portería, debido a que mi horario y el de Yuliana han sido apretados. Pero realmente no me molesta que cada vez que entro al edificio y Portillo me entrega algo delicioso para nosotros. Yuliana sabe cocinar pero por nuestro trabajo hemos estado sosteniendo nuestros cuerpos a punta de sándwiches, huevos y papas asadas.

Se supone que para esta semana regresa la otra chica que ayuda a Florencia y estaba enferma, así mi esposa —*que raro es decirlo*— tendrá más tiempo para descansar en casa.

Saludo al portero que reemplaza a Portillo hoy y me sorprende al no encontrar nada de presentes para nosotros. Tal vez ya no somos novedad en el edificio. Llego hasta mi puerta y me sorprende al percibir un delicioso olor

que proviene desde adentro. Abro rápidamente y el olor me golpea, haciéndome salivar como un perro.

Muero de jodida hambre.

—Cariño —grito. Yuliana y yo hemos decidido estar en nuestro papel la mayor parte del tiempo, para acoplarnos y acostumbrarnos el uno al otro y así cometer menos errores.

—Aquí, amor.

Cierro la puerta y me escabullo a la cocina inhalando profundamente.

—Huele delici... —Freno cuando veo a una mujer joven, de cabello corto rubio y crespo y de ojos oscuros, bebiendo café recostada en la encimera, mientras Yuliana revuelve una carne encebollada que luce deliciosa—. Buenos días.

—Oh, buenos días Adrián —La chica me sonríe y extiende su mano para presentarse— Soy Adriana —Ríe junto a Yuliana—, su vecina de al lado.

—Y tu casi tocaya —agrega Yuliana con diversión—. Ella y otro vecino, Felipe, son quienes han dejado la mayoría de cosas deliciosas en portería. Adriana es chef.

—Ayudante —corrige Adriana.

—Muchas gracias, de verdad que nos has ayudado mucho —respondo con sinceridad.

—No es por nada. —Se encoje de hombros y se sonroja bajo mi escrutinio—. Mamá me enseñó a siempre dar la bienvenida a tus vecinos.

—Estoy preparando un buen desayuno, ya hicimos las arepas y ahora estoy cocinando la carne. Ve y refréscate mientras ponemos la mesa, *osito*.

Me vuelvo hacia ella y estrecho un poco mis ojos. Sabe perfectamente que odio ese estúpido apodo tanto como ella a la tanda de osos de peluche que hay en nuestro cuarto.

—Claro *cosita*. —Me acerco hasta ella viendo como se tensa ligeramente, inhalo un poco de su perfume y se tensa más; a pesar que llevamos ya cinco días en este juego, Yuliana aún no está cómoda con las

muestras de cariño entre nosotros. Un abrazo y un roce de labios la ponen incómoda.

*Me encanta fastidiarla. Es divertido.*

La atraigo a mis brazos y bajo mi rostro al suyo, pero esta vez, en vez de darle el casto beso de siempre, voy hasta su oreja y sin importarme que tengamos audiencia, muerdo su lóbulo y mi mano aprieta su muy buen culo, sin perderme el jadeo que escapa de sus labios y el ligero temblor que recorre su cuerpo.

—Te extrañé, *cosita*. —Bajo intencionalmente el tono de mi voz. Yuliana vuelve a estremecerse, pero se recompone rápidamente, aunque su sonrojo perdura un poco más.

—Yo también —susurra y devuelve mi abrazo. Se estira por mis labios y para mi sorpresa, muerde el inferior para luego pasar su lengua, enviando una corriente hacia el sur de mi cuerpo.

*Joder.*

—Iré a ducharme —murmuro alejándome de Yuliana y viendo su sonrisa de mierda. Le envío una mirada que promete represalias y su sonrisa crece.

Llego al cuarto y sí, mi amigo está medio despierto. Increíble, esa mujer logró tomarme desprevenido y ahora estoy semiduro. Agrégale a eso que ella huele jodidamente bien y que tiene un rostro y un cuerpo de ataque.

Me ducho rápidamente y me cambio a mi pantalón y camiseta de dormir. Regreso a la cocina y me recibe mi esposa con el mejor de los desayunos. Cristo, mi estómago ruge de sólo mirar el festín frente a mí.

—No sé a qué se debe el que hayas preparado estas delicias, pero doy gracias por ello —murmuro tomando asiento. Noto que la chica de antes no está y Yuliana lee mi pensamiento.

—Adriana salió para su trabajo, hoy tiene el turno de la mañana.

—No sabía que ya congeniábamos con los vecinos.

—Es una chica muy dulce, ayer al llegar del trabajo la encontré en el pasillo, había dejado sus llaves dentro del apartamento, así que la traje aquí

para esperar a que Felipe, su vecino y amigo, trajera la de repuesto. —Bebe de su chocolate caliente y suspira feliz. Esa mujer ama una taza de chocolate—. Prometió traer maíz para hacer arepas esta mañana ya que le dije que quería desayunar una.

—Esto está increíble, Yuli. —La carne es deliciosa y la cebolla está bien dorada y crujiente. Tomo la arepa y la remajo en mi café—. ¿Qué? —pregunto cuando la veo observándome atentamente.

—Me gusta, suena bien. —La miro confundido por lo que agrega—. Me dijiste Yuli, me gusta, Yuliana es demasiado largo y formal entre nosotros.

—Ni se te ocurra decirme *Adri* a mí, azotaré tu culo si lo haces. —Apenas y termino de decirlo, los ojos de Yuli brillan y sus mejillas se tornan rojas—. Hmm ya veo, te gusta la idea de ser azotada.

—No —niega rápidamente y su sonrojo crece, eso me hace sonreír.

—Creo que mi esposita tiene algunos gustos sucios para el dormitorio. —La diversión tiñe mi voz, pero Yuli está tan mortificada que su sonrojo alcanza otro nivel.

—Tonterías. —Me ignora y se dedica a desayunar sin mirar de nuevo hacia mí.

Terminamos el desayuno y ayudo a levantar los platos y a lavarlos, cuando el último está en su lugar, me acerco a Yuliana —que está de espaldas a mí, luciendo ese increíble pantalón de dormir que realza su perfecto culo, y esa camisa corta y ceñida que me permite ver la perfecta definición de sus pechos y su cintura— para cobrarme lo de antes.

Su cuerpo se tensa al sentir el calor del mío. Llevo mi pecho al ras con su espalda y la enjaulo entre mis brazos que reposan en el mesón de la cocina. Desciendo mi rostro hasta su cuello y trazo su piel con mi nariz. Dejo que mis labios se froten suavemente contra su oído y hablo de nuevo.

—Si sucio y duro es como te gusta, puedo serlo para ti; si lo que te gusta es suave, lento y tortuoso, también puedo serlo para ti. —Su cuerpo se estremece y la piel de gallina brota por doquier. Mi voz se torna ronca y no porque yo así lo haya decidido—. Todo lo que tú quieras estoy dispuesto a

dártelo.

Beso el lugar donde se nota su pulso acelerado y ella jadea. Ese pequeño gesto envía una corriente de placer hasta mi polla y es momento para alejarme. No quiero excitarme por esto, sólo quería cobrarme lo de antes. Pero no voy a negar, mientras me alejo y la veo tratar de reponerse, que saber que puedo afectarla de esa manera me encanta y mi polla también está feliz por eso.

—Deberías ir a dormir, descansa yo me ocuparé de la casa.

—¿No debes ir al trabajo?

—No, hoy no abren el salón.

Asiento y le quito la escoba que tomó para empezar con los quehaceres.

—Bien, entonces ven a la cama, duerme un poco tú también. La casa puede esperar.

—Pero...

—Yuli, has estado trabajando horas extras, cocinando, organizando y limpiando toda la semana. Llegas tarde a casa y te levantas temprano, mereces un descanso igual que yo.

Tuerce su boca y muerde su mejilla. Duda un poco pero cuando tomo uno de los cojines y se lo extiendo, sonrío y me acompaña a la habitación. Nos dejamos caer en la enorme cama. Yo de espaldas y ella de lado, he notado que esa es su forma de dormir. Casi siempre se acurruca de esa forma y debe tener una almohada entre sus piernas.

Los primeros dos días fue un poco incómodo para ambos, no estábamos acostumbrados a dormir con otro, pero creo que llegar cansados a casa nos ha hecho dejar tanto pretexto y simplemente dormimos en la misma cama sin vigilar al otro.

Abrazo la almohada bajo mi cabeza y cierro mis ojos. Yuli se remueve sólo un poco y cuando por fin se siente cómoda, se detiene y su respiración empieza a regularse. Esa chica no tiene problemas para quedarse dormida. Prácticamente cae profunda al tocar la almohada. Me quedo observándola un momento antes de yo también dejarme llevar por el sueño y el cansancio.



## Yuliana.

—Realmente tienes un esposo muy sexy —ruedo los ojos hacia Felipe y noto como Isabel se ríe entre dientes—. Ayer lo vi con su uniforme de paramédico... quise lamerlo de pies a cabeza. ¿Cómo es que logras salir de su cama?

*Porque la única acción que hay en esa cama es la pelea que tenemos cada noche por la almohada más suave.*

—Bueno, es difícil, pero ambos sabemos que debemos trabajar para poder comprar comida y así tener más energía para volver a dicha cama.

—La vida de recién casado —suspira Felipe y me rio—. Y pensar que ustedes llevan casi toda su vida juntos. ¿Desde qué edad es que son novios?

—Desde los diecisiete —respondo automáticamente, ya he aprendido todo sobre Yuliana y Adrián.

—Qué romántico —acuerda Isabel—. Y esa escapada para la boda... digno de un libro.

—Erótico, un libro erótico donde aquí nuestra amiga y vecina nos enseñe los secretos de nuestro súper macho y ella. —Se agacha hacia mi para susurrar mientras yo trato de no cortarle una uña—. Dime, ¿le gusta duro o suave? ¿Te abraza después de terminar o sigue empujando dentro de ti?

Mis mejillas se encienden y siento que va a empezar a dolerme la cabeza. Imaginarme a Adrián de esa manera no es posible, o bueno, sí. A pesar de que la mayor parte del tiempo mis padres y mis amigos están en mi mente, Adrián logra colarse entre ellos y calentarme... sólo un poco. Bah,

estoy mintiendo, ese hombre logra ponerme bastante.

He tenido algunas fantasías estos últimos días que se han colado en mi mente. Debe ser la falta de sexo. Llevo casi un año sin tener acción ahí abajo y eso está pasándome factura.

Debo hacer un gran esfuerzo cada vez que veo a Adrián sin camisa o en su bóxer, y en cuando estamos juntos en la cama... ni hablar, realmente merezco una enorme recompensa o compensación por ser tan buena niña.

Adrián tiene un buen cuerpo, no es el *súper machote* con el cuerpo de fisicoculturista, pero si está bien constituido y definido. Tiene sus buenos músculos y... al parecer el rumor de una gigantesca polla es real.

*Juro por todo lo sagrado que la noté por accidente.*

No es mi culpa que cada que él se despierte tenga una jodida erección tamaño Big Burger. Y que en varias de esas veces yo esté entrando a la habitación cuando el descubre las sabanas.

*Creo que mejor dejo de pensar en la polla de Adrián, mi cuerpo está empezando a animarse con ello.*

—Deja tanto chismerío y permíteme trabajar —gruño, cuando Florencia se aproxima, evitándome el responder a Felipe.

—Debe ser algo de otro mundo, estás totalmente colorada y agitada. Jesús, ¡Estás cachonda!

—¡Felipe! —chillo. Isabel y él se ríen de mi mortificación.

Florencia nos mira con diversión y estoy segura que nos ha escuchado, ella también es *#TeamAdrián*, desde que se presentó aquí, hace dos días para acompañarme a casa después de un turno muy largo, quedó enamorada de él.

Y Felipe, bueno, él disfruta de mi esposo casi todos los días, es enfermero de la sala de emergencias del hospital donde está vinculada la ambulancia de la que Adrián es paramédico.

Yo también debo estar de acuerdo en que Adrián luce muy bien con ese uniforme azul oscuro y franjas rojas. Se ve sexy y dan ganas de lanzarse sobre él cada vez que llega a casa de un turno.

*Vale, cerebro pervertido, detente ahí.*

—Está bien, dejaré de mortificarte si prometes que saldrás con Isabel, Adriana y conmigo este viernes. —Suspira y termino de aplicar la crema humectante en sus manos—. Deberíamos invitar a tu esposo y de paso que él invite a Leonardo, su compañero. Ese chico está... de rechupete.

—Pareces una gata en celo, pipe —bromea Isabel—, buscando un gato que te domine.

—Un gato o un león nena, cualquiera me sirve.

Rio y resoplo. Estos dos son muy divertidos y cuando está Adriana, son peores. Llevo poco conociéndolos pero la verdad es que me caen súper bien, no es lo mismo que cuando estaba con Mafe y Silvia, pero es lo que hay. No puedo considerarlos mis mejores amigos, ya tengo dos en casa, que probablemente estén llorando mi muerte justo ahora.

Pensar en Mafe y Silvia me pone triste. Las extraño demasiado y me duele saber que están sufriendo por mi culpa. Eramos muy unidas y permanecíamos juntas la mayor parte del tiempo, algunas veces ellas se quedaban a dormir en mi casa o yo en la de ellas. Hacíamos noche de helados, pizza, películas, etc. Nos conocemos desde pequeñas y desde entonces nuestra amistad se solidificó y creció.

—Oye —llama Felipe—, ¿por qué esa cara triste?, ¿pasó algo?

—No, sólo estoy cansada. Tú eres el último turno y termino por hoy.

—¿Segura? —Isabel se acerca y me mira fijamente.

—Sí. Sólo quiero llegar a casa y dormir.

—Jum, ¿por qué será que pienso que dormir no es exactamente lo que necesitas?

—Porque tú sólo piensas en sexo —respondo y me cruzo de brazos—. Me impresiona que no permanezcas con una erección 24/7 ya que hablas de penes y de sexo todo el día.

—Bueno mi amiga, eso se llama autocontrol. —Sonríe orgulloso por su respuesta.

—Deberías controlar tu propia mente y boca.

Levanta sus manos en defensa y se ríe. —Vale, no me pidas milagros.



Para el viernes la salida se cancela y decidimos ir al apartamento de Felipe, que es en el segundo piso del edificio, y tomar unas cervezas ahí. El pobre no pudo cambiar su turno a las siete de la mañana en el hospital y prefiere no salir y enfarrarse<sup>[5]</sup> en la calle. Según él, si se queda en casa puede controlarse mejor.

Adrián termina su turno a las ocho, prometió que se presentaría cerca de las diez con su compañero Leonardo. Felipe no cabe de la dicha. Aunque según Adrián no cree que Leonardo patee para el mismo equipo que Felipe. De todas maneras, ya lo hemos invitado, la verdad es que quiero conocerlo. Adrián no habla mucho de él, pero sé que los turnos de doce horas ambos los comparten.

—Listo, ¿cómo luzco? —Felipe da una vuelta muy graciosa y exagerada, sobre si mismo y me rio.

—Te ves bien, pero no vuelvas a hacer esa horrible maroma —comenta Isabel, Adriana y yo asentimos en acuerdo.

—Bien. Ustedes lucen como si nos preparáramos para ver un documental de cocina. ¿Jeans, blusa sencilla, baletas o sandalias?

—Es una reunión sana. He estado maquillada y estilizada todo el jodido día —gruñe Isabel, que a pesar de estar vestida con unos jeans y camiseta negra con un unicornio estampado, se ve hermosa. Su cabello negro está recogido en una coleta y su rostro impecable de maquillaje deja ver las pecas que adornan su blanca piel. Además, sus ojos increíblemente verdes hacen el truco por todo lo demás, y ni que decir de su cuerpo—, ahora sólo quiero relajarme.

Adriana levanta su cerveza y suspira. —Secundo eso, he tenido un largo día y no estoy de ánimos para toda esa pintura.

Adriana y yo parecemos uniformadas. Tenemos ambas el mismo color

de jean, pero diferente modelo y blusas negras, la de ella es de mangas y la mía strapless. Su lío de rizos rubios está despeinado y revuelto como siempre, pero le luce y se ve muy tierna con sus lentes de descanso. Su rostro está sin maquillaje —como permanece la mayor parte del tiempo— y se ve divina. Yo, dejándome llevar por mi papel de vanidosa extrema, decidí aplicar sólo un poco de polvo, rubor y pestañina<sup>[6]</sup>.

Adriana e Isabel usan Baletas y yo unas sandalias de tiras negras.

Felipe usa unos jeans que se pegan a su piel y resaltan su trasero —que es bastante impresionante para ser un hombre— una camisa de cuello y manga corta azul rey, un sombrero, zapatos de punta angosta y al parecer se aplicó todo su perfume.

—Bien, si no quieren hacer un esfuerzo por verse deslumbrantes, allá ustedes. Yo pienso brillar esta noche.

Las tres compartimos una sonrisa por nuestro amigo. Él es toda una diva.

—He puesto unas cuantas pizzas en el horno para que permanezcan calientes —comento y entrego a Isabel un *sixpack* de cervezas—. Acomoda estas últimas en la nevera, por favor.

—Bien.

—Yo he traído una memoria con música, espero ayude.

—Claro que ayuda, no tengo más que música para relajarme en mi reproductor, déjame la ponga. —Felipe arrebató la memoria de las manos de Adriana y va hacia su estéreo.

El apartamento de Felipe es exactamente el mismo modelo del nuestro y de todos los demás. Ya conocí el de Adriana, y es lo mismo. Un sólo cuarto, baño, cocina y sala. Adriana tiene pocas cosas en su casa, es una chica que apenas está abriendo sus alas y se independiza de los brazos de sus padres. Felipe tiene de todo, su casa está más equipada que el SWAT. Hay toda clase de electrodomésticos, pinturas, cuadros, muebles, etc. Tiene varias plantas en el marco de sus ventanas. Y las mima.

La música llena el apartamento y decidimos relajarnos. Isabel reparte

las cervezas que ya están frías entre nosotros, y nos sentamos en la sala bebiendo y hablando. La mayor parte de la conversación es sobre sexo, y todo gracias a Felipe, que según él, Adrián y yo somos quienes más acción estamos teniendo justo ahora, así que él desea vivir a través de nosotros.

—Yo ya estoy próxima a cumplir los seis meses sin nada de nada —se lamenta Isabel—. El último imbécil con el que me enrollé, intentó robarme a la mañana siguiente. —Todos negamos ante la información, Felipe bufa indignado—. Creo que debí suponer que llevar a casa a un hombre que acabas de conocer en un bar no es muy sabio de mi parte. Pero cuando la de abajo protesta por atención... éste —Palmea su frente, haciendo referencia a su cerebro—, se vuelve idiota.

—Yo... —Adriana suspira y se sonroja—, creo que estoy próxima a los dos años.

—¿Qué?! —Por poco y Felipe escupe su cerveza—. Debes estar jodidamente bromeando. ¿Dos años? Eso es terrible.

Adriana baja su rostro avergonzada y golpeo a Felipe por hacerla sentir mal.

—No tiene nada de malo, yo... una vez estuve un año entero sin nada de nada.

—¿Y dónde estaba Adrián? —inquire Isabel, mirándome confundida.  
*Mierda, actúa rápido.*

—Trabajaba mucho en ese tiempo, yo también. Nos veíamos muy poco y cuando lo lográbamos, estábamos demasiado cansados para hacerlo.

—¿Pero un año?

—Bueno, Felipe, siempre nos decíamos que en la próxima ocasión y... así se nos fue el tiempo.

—¿Y no se extrañaban? Digo, ustedes eran una pareja estable, ¿estás segura que él no obtenía lo suyo en otro lado? —Miro a Felipe y sonrío, tratando de mostrarme segura y confiada.

—No, Adrián siempre ha dicho que él prefiere solucionar esas cosas con su mano, es preferible eso a arriesgar una relación y a herir a una persona

que amas sólo por obtener unos minutos de placer. —*O eso es lo que yo creo*—. Para él, el sexo con alguien que amas es único, especial, algo más allá del simple contacto físico; el sexo con un cualquiera es sólo eso... sexo.

—Creo que estoy enamorado de tu esposo. Es un santo.

—¿Y cómo... cómo terminó la sequía para ti? —Adriana vuelve a sonrojarse y le sonrío.

*Hmm... sigue pensando.*

—Un día ambos decidimos que era suficiente, nos merecíamos una noche especial. Lo llamé y el me buscó, nos citamos en nuestra casa y simplemente dejamos el mundo afuera y nos dedicamos el uno al otro. Fue... increíble.

—Me encanta —chilla Felipe y alguien toca a la puerta—. Yo voy, deben ser nuestros hombres.

Me río ante su comentario. Las chicas niegan y también sonrían. Mis nervios se hacen inmensos mientras espero por la llegada de Adrián, es la primera vez que compartiremos algo como esto, siendo una pareja. Es fácil cuando sólo actúas por unos momentos, pero aquí habrá licor y complicidad entre nosotros... *¿Qué si no ven ese hombre enamorado que acabo de describirles?*

Mi temor muere cuando Adrián está a la vista, su suave sonrisa crece y sus ojos se iluminan al verme, ignorando a los demás, camina derecho hacia mí y me lleva a sus brazos.

—Hola cariño. —Desciende su rostro y besa tiernamente mis labios—. Te extrañé.

La sonrisa que se desliza en mis labios no tiene nada que ver con mi actuación, le regalo una de mis verdaderas sonrisas... sin motivo, sin razón, sólo por el hecho de que realmente estoy feliz de verlo.

—También te extrañé.

—Bueno tortolitos, dejen tanto amor y vamos a pasarla bien —canta Felipe, trayendo más cervezas para Adrián y para los dos hombres que, apenas me percato, le acompañan.

—Cariño, te presento a Leonardo y a Juan Carlos, son mis compañeros de trabajo.

El apuesto hombre de ojos oscuros y cabello negro largo me saluda, pero sus ojos se desvían hacia Adriana y no se apartan en toda la noche de ella. Por su parte Juan Carlos, de cabello rizado corto y ojos verdes, no deja de coquetear y bromear con Felipe.

Creo que después de todo, nuestro chico si brilló esa noche. Y Adrián, él no dejó de acariciarme y besarme toda la noche, quien no nos conociera diría que realmente somos una pareja de enamorados.

## Adrián

Suspiro cuando la llamada va directo al buzón de mensajes. Cierro los ojos y toco el puente de mi nariz para calmarme.

Está es la tercera vez que llamo a Alex y no me responde. Apago el teléfono y saco la batería. Sé que este número es sólo para emergencias, pero ya llevamos aquí tres semanas y no tengo noticias del caso ni de cómo van con Urrego.

Yuliana tampoco está tranquila. Quiere saber cómo están sus padres y que ha pasado desde que creen que está muerta, y mucho más ahora que por error vio la noticia de su muerte en internet y una entrevista a sus muy dolidos y desolados padres. Lloró por tres días seguidos y dejó de alimentarse. Fue duro para mí verla así, y para completar, hoy un labrador dorado pasó por nuestro lado de camino a casa, cuando llegamos, se encerró en el cuarto para llorar por su perro muerto. De eso hace una hora y media, ese es el tiempo que lleva ahí. La he comprobado cuatro veces.

—¿Nada aún? —Su voz sale ronca, debido al llanto. Niego con la cabeza y suspira—. Los extraño..., t-tanto —solloza. Me vuelvo hacia ella y me encuentro con sus tristes y húmedos ojos. Mi corazón hace un pequeño salto y la incomodidad se asienta en mi pecho al verla así.

Estos últimos días nos hemos acercado bastante. Además de las bromas y los apodos cursis, hemos cuidado el uno del otro. Me parece extraño a mí que todo esto haya encajado tan bien, no sé si es por mi experiencia fingiendo ser otra persona y adaptándome a las situaciones y el entorno al que me

envían, pero ser el esposo de Yuliana Sandoval ha sido fácil y divertido.

No voy a negar que incluir el sexo sería genial, pero también complicaría las cosas.

*¿Extraño follar a una mujer hasta perder el sentido?, sí.*

*¿Quiero hacer a una chica gritar mi nombre?, sí.*

*¿Quiero que esa chica sea Yuliana?, infiernos sí.*

*Y eso esta mal.*

No voy a hacerme el santo y decir que si tuviera la oportunidad con otra mujer no me lanzaría por ello, realmente lo haría. Pero creo que Yuliana ya tiene mucho con lo que lidiar, no hace falta agregarle un marido infiel a su ya estresante vida. Si puedo darle un esposo devoto y comprensivo, y se lo daré. Me acerco a la cama y tomo sus brazos suavemente, se sorprende un poco pero no se opone cuando la tiro contra mi pecho y la abrazo.

—Lo sé. Pero eres muy fuerte y vamos a salir de esto. Mi equipo logrará poner sus garras sobre Urrego y su organización, y estaremos de regreso a casa.

—¿Tu familia está esperándote?

—Probablemente —respondo evasivamente. Yuli me da una mirada, suspiro—. No hablo con mi padre desde hace tres años, él... no aprueba mi trabajo. —Suelto una risa falsa y muerdo mi mejilla—. Y él también era lo mismo que yo. Me inscribí en la academia para ser como él, siempre lo he admirado. Pero él quería otra cosa para mí, un diploma en medicina y esas mierdas.

—Papá estaba obsesionado con que yo fuera odontóloga, cuando le dije que quería estudiar administración y finanzas, no le gustó, pero igual me apoyó.

—Mi padre no lo hizo y se enfadó más cuando entré al departamento de inteligencia. Él no sabe exactamente que soy agente encubierto la mayor parte del tiempo, pero lo sospecha. Él también lo fue. —Froto la espalda de Yuli y la siento suspirar—. Llamo a mi madre una vez al mes cuando estoy en una misión, pero cuando estoy libre, voy cada domingo a almorzar con

ella y la llamo todos los días.

—La quieres mucho.

—Ella es mi todo. No está muy contenta con lo que hago, dice que su corazón permanece en vilo por mí, así que se distrae dictando cursos de yoga y esas cosas; pero ella siempre me apoya.

—¿Tienes más hermanos?

—No, somos sólo nosotros tres. ¿Qué hay de tu familia?

—Mi papá es mecánico industrial de una empresa papelera, mamá es artista. Ella pinta cuadros, cerámicas y hace cualquier tipo de manualidades. Pero creo que ya lo sabes todo, debiste leer mi expediente.

—En realidad no. —Nos acomodo mejor en la cama, recostando mi espalda en la pared de la cabecera—. No tuve tiempo para hacerlo, así que estoy en blanco contigo.

Suspira y pasa sus manos por mis brazos poniéndose más cómoda. — Mis padres no pudieron tener más hijos, después de mí vinieron dos abortos y uno de ellos puso en peligro la salud de mi madre, decidieron dejar de intentar traer otro niño al mundo y más bien consentir a la niña que ya tenían. —Ríe y una lágrima se derrama de sus ojos—. Me mimaban mucho, papá siempre llama cada mañana para comprobarme, el día que decidí mudarme, papá lloró y mamá me rogó que me quedara con ellos. —Suspira y otra ronda de lágrimas se derrama—. Extraño esas llamadas a primera hora del día, algunas veces cuando estaba en casa y tenía mucho sueño renegaba por ellas, hoy daría todo por volverlas a tener.

—Las volverás a tener, nena. Sólo espera un poco más.

—También extraño a Bonnie... él era mi bebé. —Sorbe y me mira con sus ojos tristes—. Papá me lo regaló cuando me mudé, dijo que ya que él no iba a estar todo el tiempo junto a mí, Bonnie haría el papel de mi guardián. — Un recuerdo viene a ella y ríe a pesar de sus lágrimas—. Le tenía miedo a las cucarachas tanto como yo. Veíamos una y corríamos, él se escondía bajo la cama y yo gritaba encima de ella. Pero si alguna persona extraña se acerba a casa o si alguien intentaba tocarme se ponía furioso y atacaba.

—Era un buen perro.

Solloza y entierra su rostro en mi pecho. —Lo era y lo extraño.

—Yo nunca tuve mascotas. Me daban miedo cuando pequeño, ahora simplemente no me gustan.

—Lo noté, fuiste un idiota insensible con Bonnie.

Me rio y le envío una mirada de disculpa cuando vuelve su atención en mí. —Tienes razón y me disculpo por eso. Cuando tenía cinco años, papá llevó a casa con un Pastor alemán que estaba retirado de antinarcóticos, estaba súper emocionado y curioso; recuerdo que tomé mi *Batman* y mi *Hombre Araña* y corrí hacia el perro para jugar con él.

Recuerdo ese momento y mi cuerpo se tensa instintivamente, estaba muy asustado ese día, fue una dura experiencia

—Estaba a unos cuantos pasos de alcanzarlo cuando él se arrojó hacia mí, me tumbo sobre el suelo y con sus patas en mi pecho empezó a ladrarme y gruñirme en el rostro. Me asusté y probablemente me hice en mis pantalones, fue aterrador, grandes colmillos amenazaban con rasgarme la cara o mi garganta. Comencé a llorar y a gritar y el perro más eufórico se ponía. Cuando pensé que ya estaba por mordirme, papá llegó y lo alejó de mí. No volví a acercarme a ese perro o a otro en mi vida.

—¿De verdad te hiciste en tus pantalones?

—¿En serio?, ¿eso es lo único que te interesa y preocupa? —pregunto indignado y Yuliana ríe. Mi propia sonrisa aparece al escucharla reír y un peso se levanta de mi pecho por ello.

—¿Qué pasó con el perro?

—Mi papá lo llevó para que lo durmieran. Después de esa vez, intentó atacar a otros niños, no podía si quiera verlos. Corría y se lanzaba sobre ellos, a uno de mis vecinos logró morderlo en un pie.

—Se volvió agresivo.

—Sí, papá decía que era por su antiguo entrenamiento y por el estrés de su trabajo. Los perros también pasan por eso.

—Y es por eso que aún les tienes miedo.

—Ya no les tengo miedo, sólo no me gusta tenerlos cerca.

—No sabes lo que te pierdes, yo amaba a Bonnie y era la mejor compañía posible. Si estaba triste, él se quedaba a mi lado y lamia mi rostro para darme ánimos. Si estaba enferma, lloraba y lamia mis pies intentando ponerme cómoda... Cuando me rompían el corazón y me sentaba en el sofá con un bote de helado o un tazón enorme de crispetas, se quedaba a mi lado y comía la misma cantidad que yo. Se indigestaba conmigo. Si tenía miedo se ponía delante de mí para protegerme, si tenía frío se acostaba a mi lado para que pudiera abrazarlo... —Vuelve a sollozar, con mi mano acaricio su rostro y limpio sus lagrimas—. Era el mejor perro.

—Te amaba mucho, eras su dueña.

—Era su mami, así él me veía.

Llora un poco más y se lo permito. La estrecho es mis brazos y beso su cabeza para reconfortarla. Si su perro procuraba hacerla sentir mejor, pues su esposo también lo hará. La dejo sobre la cama, me ve un poco confundida cuando me alejo, voy a la cocina y busco el paquete de crispetas, uso el microondas y las dejo que crezcan; busco helado en el congelador pero no hay, tomo el teléfono y llamo a la tienda de don Salomón.

En menos de ocho minutos todo está listo. Llevo las crispetas y el helado en una bandeja hasta el cuarto. Ella sigue ahí, llorando y lamentando todo. Me aclaro la garganta y pego una sonrisa en mi rostro cuando se vuelve hacia mí. Sus ojos beben de la bandeja y luego de mí, su labio tiembla y vuelve a llorar.

—¿Crispetas y helado? —pregunta en medio de lagrimas.

—Así es. —Camino hasta la cama y me dejo caer sobre ella, algunas crispetas caen sobre la cama. Yuliana se sienta a mi lado y me mira con una pequeña sonrisa.

—Pero ningún hombre me ha roto el corazón.

—Lo sé, pero de todas maneras tu corazón está dolido. Vamos, engordemos juntos.



El animo de Yuliana ha mejorado un poco. Después de lo que pasó hace tres días y que nos indigestáramos por las crispetas y el helado, ha sonreído más y está más alegre. Pero no es la misma. ¿Cómo lo sé? Porque he aprendido a conocerla en estas semanas juntos.

He decidido hacer algo por ella hoy. Quiero que deje de pensar en su vida pasada y que disfrute de ésta, es lo menos que merece. Voy a hacer que se sienta bien.

—Si Alex o Eduardo me vieran en estas... los cabrones estarían sobre mi culo —murmuro y el chico, Ramón creo que se llama, abre la puerta por mí y me mira como si estuviera loco—. Son mis amigos, ellos saben que no soy de hacer estas cosas.

—¿Está seguro que desea hacer esto? —*No, pero no tengo otra mejor idea*—. Es una decisión para toda la vida.

—Lo sé, hagámoslo.

Asiente y me deja pasar hacia el refugio. Inmediatamente los ladridos de infinidades de perros llegan a mí. Mi cuerpo se tensa y empiezo a sudar como novia virgen en su noche de bodas.

—¿Qué peludo busca? —Miro al chico que me regala una sonrisa alentadora. Tomo una respiración profunda y doy un paso hacia el infierno de los perros.

—No lo sé, ¿un perro que coma crispetas?

La confusión en el chico es evidente y me frustró. Realmente no sé lo que estoy haciendo aquí. —Mira, mi esposa perdió a su perro. Era un perro amoroso, se sentaba con ella a ver sus novelas, le lamia el rostro para despertarla, si ella estaba triste el también... eran muy unidos. Quiero un perro que pueda brindarle lo mismo a ella, que se conecte y la quiera... ah y que la proteja, debe ser muy protector.

—Ya veo... ¿Cachorro o adulto?

—¿Eso es importante?

—Depende, tenemos algunos perros adultos que pueden llenar esa descripción pero dudo que coman crispetas, ya están acostumbrados a otras cosas. Puede que no sean tan dependientes de ella, pero si pueden darle un poco de amor. O, tenemos algunos cachorros que ella puede educar y enseñar. Hay unos que son labradores.

—¿Labradores? —Eso llama inmediatamente mi atención. Bonnie era un labrador.

—Sí, venga conmigo.

Acompaño al chico al fondo del recinto, pasamos unas cuantas jaulas llenas de perros hasta que una me llama la atención. Me detengo y miro hacia ella, exactamente al bulto de pelos que está ahí sentado, inmóvil, silencioso, sólo observando al mundo.

Me acerco unos cuantos pasos y noto como sus orejas se levantan, sus ojos me miran y se ve tan... triste.

*¿Desde cuándo puedo saber si un perro está triste?*

Ramón se acerca y se detiene a mi lado, suspira y niega con la cabeza. —Ese de allí es Mateo. Un Pastor alemán de cinco años.

—¿Por qué está aquí?

—Sus dueños murieron. Un accidente, creo. El llegó aquí hace nueve meses, pero no ha sido adoptado. Es demasiado pasivo, sólo y... triste. Es como si nunca se hubiera recuperado de la partida de sus seres queridos. Según algunos vecinos de donde vivía, siempre ha sido un perro calmado, pero ahora lo es mucho más. Apenas y come.

Ladeo mi cabeza para observarlo mejor, es muy parecido a mi pesadilla peluda de los cinco años. Su cabeza también se ladea un poco y no deja de mirarme. Extiendo mi mano, no sé por qué, y la coloco sobre la reja que nos separa, su hocico se acerca y antes de que pueda retirarla, su lengua sale y lame mi palma, sobre la reja, mientras su cola se sacude un poco.

—Vaya, esa es la primera reacción que tiene ante un visitante. Creo que ustedes tienen una conexión —Ramón mira entre nosotros y sonrío con tristeza—, pero no creo que sea el perro que su esposa quiera.

—Lo sé, ¿dónde están los cachorros?

—Por aquí.

Le doy una última mirada a Mateo, antes de seguir a Ramón hacia donde unas bolas peludas ladran y menean frenéticamente su cola. Busco al más gordo pero brabucón del grupo y lo elijo.

Unos minutos después, con algunas cosas para perros y mucho aliento. Me dirijo a casa.

Espero que a Yuliana le guste la sorpresa que llevo conmigo.

## Yuliana

—Nos vemos mañana. —Me despido de Adriana después de habernos encontrado en la entrada al edificio. Ambas llegamos del trabajo, y aunque hoy me tocó muy duro, es Adriana quien se ve muy agota.

A diferencia de mí, ella tiene un jefe que es el mismísimo demonio. Es una patada en el hígado, un pitbull con rabia. La mierdita que no tapó el gato.

Me da una pequeña sonrisa y se aproxima a su puerta. Hago lo mismo y entro a mi apartamento. El olor a pasta y salsa llena mi nariz, luego, mis oídos son asaltados por el ruido de una olla cayendo y estrellándose en el piso, el lloriqueo de un perro y las maldiciones de Adrián.

*¿Por qué acabo de escuchar a un perro?*

Adrián vuelve a maldecir y escucho de nuevo ese pequeño ladrido, seguido de uno más fuerte.

—Y justo ahora te dignas a abrir la boca, te dije que me avisaras si el pequeño bribón se acercaba a la salsa —gruñe Adrián y me aproximo rápidamente a la cocina.

—¿Qué está... —Me detengo de hablar cuando la visión en mi cocina entra en foco.

Adrián me mira asustado, sosteniendo a un cachorro lleno de lo que supongo es salsa y otro perro, más grande, está a su lado lamiendo la salsa del piso. Una olla reposa unos pasos más allá del perro más grande.

—¿Adrián?

—Sorpresa. —El perrito pequeño vuelve a gimotear y trata de alcanzar sus patas manchadas para lamerlas. El perro más grande mueve su cola y permanece al lado de Adrián enviando una mirada hacia mí.

—¿Por qué hay dos perros aquí? ¿Y por qué hay uno lleno de salsa?

Adrián mira a ambos perros y sonrío encogiéndose de hombros. — Bonnie estaba demasiado ansioso por probar la salsa, la puse en la mesa porque pensé que era más alta, pero él condenado halo el mantel y la derramó.

—¿Bonnie? —Mi corazón empieza a latir muy rápido

—Sí, y él es Mateo. —Le doy una mirada que le deja claro no entiendo absolutamente nada y suspira. Deja a “Bonnie” en el suelo, inmediatamente se acerca a la salsa regada y empieza a aspirar todo. Mateo se une, ayudándole a dejar el suelo impecable—. Sé que has estado triste por lo que está pasando, y extrañas mucho a tu Bonnie, así que busqué otro Bonnie para ti.

Miro hacia el cachorro labrador dorado, que lame efusivamente el suelo, y mis ojos se humedecen.

—¿C-conseguiste otro *Bonnie* para mí? —susurro casi sin aliento. Las lágrimas empiezan a hacer su camino hacia abajo.

—Sí, no llores —Levanta sus manos y maldice—, lo siento. Si quieres puedes ponerle otro nombre, lo que quieras. Esto fue una mala idea —gruñe y pone sus manos en sus caderas—. De todas formas no puedo devolverlo.

Me agacho y palmeo mis muslos llamando al cachorro. Viene rápidamente, meneando su cola. Llega a mí y lo levanto, tratando de no manchar mi ropa, su hocico se acerca a mi rostro e intenta lamerme. Me río cuando gimotea por no alcanzarme.

Levanto mi mirada hacia Adrián, que luce nervioso y ansioso, le sonrío y me levanto dejando a Bonnie en el suelo que llora y muerde mis pies para que vuelva a levantarlo. Cierro la distancia hasta Adrián, sus ojos se enfocan en mí y solamente en mí, paso mis manos por su cuello y levantándome en mis pies le susurro “gracias” antes de besarlo. De verdaderamente besarlo.

Él responde de inmediato. Abre sus labios para mí y enreda sus manos

en mi cintura, atrayéndome más hacia su pecho. Dejo que su lengua someta a la mía, tomo entre mis dedos su cabello y me derrito contra él. Adrián gruñe y lleva sus manos hasta mi trasero, lo aprieta y tira de mí para que me envuelva a su alrededor. Cuando menos lo espero, estoy sentada sobre el mesón y él está acunado entre mis piernas, su erección presionada justo ahí.

Un sonido brota de su pecho cuando me froto contra él, mi propio deseo y excitación aumentando. Siento sus dedos escarbando dentro de la blusa de mi uniforme y los míos se deslizan hasta el borde de su camiseta, ambos nos despojamos cada uno de ellas. Separo su boca de la mía para besar y morder su cuello, lo permite y lleva sus manos detrás de mí y gruñe con dolor.

—Mierda. —Se separa de mí bruscamente y lleva una de sus manos a su boca, lo miro confundido—. Acabo de quemarme con la olla detrás de ti.

Me vuelvo y veo el agua hirviendo en la estufa a unos centímetros de mi trasero. Parpadeo dándome cuenta que estuve muy cerca de recostarme en ella y tirarme encima el agua hirviendo. Salto del mesón, apago la estufa y voy hasta él, con los dos perros a nuestro lado.

—Déjame ver. —Tomo su mano y verifico que sea una quemadura en primer grado y no algo peor. Sus dedos y parte de su palma están rojos y secos, y cuando presiono hace una mueca de dolor y la piel se torna blanca—. Debo curarla.

Abro el grifo y pongo su mano bajo el agua, Adrián hace una pequeña mueca pero lo permite. Busco uno de los tazones de mezclar y en el baño busco la crema para quemaduras. Tomo suavemente su mano y la retiro para llenar el tazón, al hacerlo cierro la llave y le indico a Adrián que deje su mano en el agua por quince minutos mientras yo limpio el desorden. Beso su mejilla y empiezo a recoger todo.

—¿Tenias antojos de pasta? —pregunto al ver la cantidad de espaguetis cocidos.

—No, sólo quería hacer una cena especial para ti —murmura con resignación—, pero terminé quemándome la mano.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro, y mi corazón hace cierto

movimiento que debería ser peligroso, algo así como una voltereta. Me acerco para besarle de nuevo.

—Muchas gracias, Adrián, de verdad. Es un detalle muy lindo de tu parte. —Asiente pero puedo ver que se encuentra incómodo y avergonzado—. Yo una vez me quemé fritando un huevo.

—¿Un huevo? —Levanta su rostro y me mira divertido.

—Sí, no me percaté que tenía las manos muy mojadas cuando las llevé a la cacerola para agregar el huevo, algunas gotas cayeron y el aceite explotó quemando mis manos... ambas.

—Ya veo —dice y estrecha sus ojos hacia mí—. ¿Lo dices para hacerme sentir mejor? —Niego y sonrío—. ¿Cuántos años tenías?

Muerdo mi mejilla y ruedo los ojos. —Bien, tenía diez años y usé la cocina a escondidas de mi mamá.

Adrián ríe y yo le sigo. —Buen intento, Yuli. Hmm, no tenemos más salsa para la pasta.

—¿Todavía están los camarones en la nevera?

—Sí.

—Yo me ocupo. —Tomo su mano del agua y la seco para aplicar la crema—. Listo, ve a la sala y descansa. Limpiaré a Bonnie y haré la cena.

—Pero tú eres quien llegó de trabajar, debería ser yo quien te atiende.

—No soy yo la que se accidentó en la cocina.

—Si no hubiera estado tan ciego por cierta chica en mis brazos, probablemente ahora estaría, ya sea enterrado profundamente en ella o sirviendo una muy buena cena.

Mis mejillas se calientan ante su recordatorio de lo que estaba pasando hace un rato en la cocina, y mi cuerpo se sacude levemente al imaginar la escena que Adrián acaba de mencionar, él dentro de mí. Probablemente yo estaría debajo de su cuerpo o...

—Creo que iré a terminar la cena.

Me voy de la sala antes de que me lance de nuevo sobre él y lo haga

cumplir como hombre. Sacudo cualquier pensamiento de mi cabeza y me concentro en la tarea de alimentarnos. Bonnie lloriquea a mis pies y lo acaricio. Es un perro hermoso, lame mi palma y sonrío. Tomo una de las galletas que compré para merendar en las tardes y le doy una. Mateo, que se había retirado con Adrián, viene hacia mí y se sienta, esperando por una.

Regreso a mi labor de preparar la cena y me prometo no volver a atacar así a Adrián. Muero de ganas por tener sexo, sexo *con él*, pero no sé si sea conveniente. Estamos viviendo en una farsa y no quiero complicar esto más.

*¿El sexo podría complicarlo más?*

—No lo sé —Salto al escuchar la voz de Adrián detrás de mí. Me vuelvo para verlo en la entrada, sus ojos brillando con lujuria y su cuerpo tenso por deseo—, pero lo que sí puedo asegurar es que te deseo. Justo ahora, aquí, y me encantaría tirar de ti hasta el cuarto, hasta nuestra cama y explorar tu cuerpo con el mío.

Me quedo observándolo, dudando en si ir tras de él y permitirle tomarme o si permanecer aquí y dejar las cosas en el plano platónico.

—La cena se quema —murmura, y me vuelvo para ver que el aceite donde pienso sofreír los camarones está quemado.

Maldigo y tiro la cacerola en el lavaplatos. Adrián se ríe y por el rabillo del ojo lo veo regresar a la sala. Dejo escapar de mi boca algunas palabras que harían sonrojar a un marinero y empiezo de nuevo con la cena.



—Si Bonnie es para mí, ¿Cuál es la razón de Mateo? —pregunto una vez sirvo la cena.

Adrián mira hacia el perro que descansa con Bonnie —quien se llenó a punta de galletas saladas— en la sala.

—No lo sé, simplemente lo vi allí y...

—Sentiste la conexión, te pertenecía.

—Sí. Fue extraño.

—Es un pastor alemán.

—Lo es, y no, no tuve miedo cuando lo vi. Fue otra cosa.

—Me alegra que vencieras tu reticencia contra los perros, y de verdad te agradezco mucho por Bonnie. —Mis ojos se humedecen y aclaro mi garganta—. Es un perro hermoso, se parece mucho a *Bonnie* cuando estaba bebé.

—No tienes que agradecerme, Yuli. Soy tu esposo y quiero verte bien y feliz.

Sus palabras me llegan al corazón y él lo nota. Este matrimonio es una farsa, una mentira, pero el perro es muy real; cuando haya acabado regresaré a casa y llevaré a Bonnie conmigo, pero Adrián, él regresará a su vida.

*¿Por qué me duele el pecho al pensar en eso?*

—No pensemos en el mañana, nena. Estamos aquí, ahora, procuremos que esta vida sea buena para ambos.

—Vale.

## Adrián

—Tu esposa es muy hermosa.

—Totalmente de acuerdo con Germán —murmura Diego. Les doy una sonrisa que no siento ya que ambos están agotando mi paciencia. Bebo de mi cerveza dirigiendo mis ojos hacia Yuliana.

Ella está en la barra, hablando y riendo con sus amigos, Adriana, Isabel y Felipe. Este último coquetea con un chico a su lado mientras las chicas esperan por las bebidas. Esta vez ellos decidieron ir por ellas, ya que en las anteriores ocasiones fuimos nosotros.

No quería venir aquí, ni tener que relacionarme con los idiotas que se dicen llamar mis compañeros de trabajo. Los únicos que me agradan son Leonardo y Juan Carlos, son los que no viven detrás de cada falta en el hospital ni hablan de su mierda privada burlándose y comparando a sus conquistas. Además, no están interesados en diseccionar mi vida, como sí lo están estos idiotas. Pero la mayoría de los trabajadores del mismo turno decidieron venir aquí y relajarnos con unas cervezas.

Me negué al principio, pero Leonardo me convenció. Aunque no lo considero mi mejor amigo, él y yo nos entendemos y hacemos un gran equipo. Agradezco al cielo por emparejarme con él y no con alguno de estos otros imbéciles.

—Eres muy afortunado —suspira Diego—, disfruta de ello mientras no tenga hijos, se engorde y todo se caiga al suelo.

—Así es hermano, mi esposa al principio era toda una diosa del sexo...

ahora es la diosa del colesterol. —German rompe a reír por su propio comentario y Diego le sigue. Leonardo y yo compartimos una mirada que promete golpear a ambos si siguen hablando mal de sus esposas.

Yo no las conozco, pero Leonardo sí, y me ha dicho que son dos mujeres muy nobles, respetuosas y bonitas. Sí, están algo rellenitas pero ambas lucen muy bien esas curvas.

En ese momento, Yuli y sus amigos vienen hacia nosotros. Germán deja que sus ojos vaguen por el cuerpo de *mi* esposa y quiero golpear la mierda fuera de él.

*Maldito hijo de puta.*

Leonardo gruñe a mi lado y me percató de que no le gusta la forma en la que Diego mira a Adriana. A mi compañero le ha caído demasiado bien la chica tímida del grupo.

—¿Por qué el ceño fruncido? —inquire Yuli abrazando mi cintura. Niego, sonrío hacia ella y me inclino para besar sus labios.

—Sólo un poco cansado.

—¿Quieres irte ya? —Muerde su labio y me mira ansiosamente.

—¿Tú quieres irte? —pregunto y sus ojos vagan por todo el bar. Su mirada se estrecha y su frente se frunce cuando se concentra en algo por encima de mi hombro. Me vuelvo y sonrío al ver la causa de su malestar.

*Janeth Rosales.*

La enfermera que ha estado detrás de mi culo desde que llegué a la sala de urgencias, y quién ha dejado muy obvio está noche que sigue deseando mis huesos sobre ella.

—¿Por qué ese ceño fruncido? —La diversión es muy notoria en mi voz. Yuliana me mira y pellizca mi costado.

—Por nada *cosita* —dice y los dos idiotas rompen a reír—. Es sólo que alguien aquí necesita un nuevo peinado, y estoy dispuesta a ofrecerme para asesorarla.

Leonardo ríe junto a Felipe, Adriana mira confundida a Yuli e Isabel se ofrece para “ayudarla” con la asesoría.

—Ven aquí fiero —digo y tomo a Yuliana para besarla profundamente. El beso no es sólo para tranquilizarla a ella y asegurarle que mientras sea su esposo la respetaré, también es para que estos jodidos imbéciles sepan que ella es *mía*.

*Sólo mía.*

*Por ahora, aunque sea.*

Saboreo la cerveza de chica en su boca, y tiento a sus labios para abrirse y dejar que mi lengua asalte la suya. Ella lo permite, empuña sus manos en mi camisa negra y acopla su cuerpo al ras del mío, no dejando espacio alguno, ni siquiera para una hoja de papel.

Enredo una de mis manos en su cabello y la otra desciende hasta su trasero —que me encanta— para apretarlo. Y es entonces cuando escucho los silbidos y decido parar el espectáculo antes de que mi polla tome el control de mi cuerpo y... tengamos un “*en vivo*” aquí.

Alejo mi boca de la suya y tomo su rostro con ambas manos. Sonrío cuando noto sus labios hinchados y sus ojos cerrados. Sus parpados revolotean suavemente y luego sus ojos oscuros aparecen ante mí, cargados y llenos de deseo. Ver sus ojos de esa manera, tan necesitados por mí, hace que mucha de mi sangre se dirija al sur y cierta parte de mi cuerpo levante su cabeza hacia ella.

*Necesito tenerla desnuda y sola... sólo para mí.*

—¿Quieres irte ya?

—Sí —susurra y sonrío.

La tomo de la mano y camino con ella hacia fuera. Le doy un asentimiento a Leonardo y trato de ignorar a los idiotas y sus putos comentarios sobre Yuliana. Tira de mi mano y señala a sus amigos la dejo ir para que se despida de ellos y tome su bolso.

—Amigo —Se ríe Germán y baja el tono de su voz para que sólo los chicos escuchemos—, con unas tetas como esas y un trasero así —Señala a Yuli y me guiña un ojo—, yo ya la tendría sobre sus rodillas, ya sea recibiendo por un lado o tomando por el otro.

Mi puño sale disparado antes de que pueda siquiera pensar en ello. Se estrella contra la cara de Germán y escucho como el puto hueso se quiebra. El dolor del contacto se dispara por mi brazo pero lo ignoro cuando la cabeza del idiota cae al igual que su gordo cuerpo hacia atrás.

—No vuelvas a hablar así de *mi* esposa, o voy a romper uno a uno tus putos huesos de mierda —gruño. Yuliana corre a mi lado asustada.

—¿Qué sucede?

—Nada cariño —Tomo de nuevo su mano y beso sus nudillos—, sólo un imbécil que necesitaba una excusa para una rinoplastia.

—Mierda —gime el idiota y Diego se inclina sobre él.

—La próxima vez, aprende a cerrar la puta boca —brama Leonardo. Deja la botella de cerveza en la mesa y se vuelve hacia Adriana, extendiendo su mano—. ¿Vienes conmigo? —La pobre chica se sonroja a más no poder, mira hacia Felipe e Isabel y por último a Yuliana, me quito el nombre si mi chica no está dándole pulgares arriba. Adriana suspira, endereza sus hombros y acepta la mano de Leonardo, que sonríe como el gato que se comió al ratón —. Nos vemos, amigo.

Asiento y tomo a mi mujer para sacarla del bar, la mayoría de las personas se han concentrado en nuestro intercambio anterior, pero cuando ven que se trata de German y su culo siendo golpeado, regresan a lo suyo.

—Adrián, ¿Estás bien? —Miro con el ceño fruncido a Janeth, que se ha acercado a nosotros y ha puesto su mano en mi brazo.

—Sí. —Tiro de mi brazo y avanzo, pero Janeth no toma la indirecta y nos sigue detrás. No me pierdo el gruñido bajo de Yuliana.

—¿Seguro? creo que tus nudillos están lastimados.

—Escúchame zorra —gruñe Yuliana poniéndose frente a Janeth que jadea por el cariñito que le envía mi esposa—, por si no has pillado la indirecta y vas a seguir meneando tus tetas para que mi esposo las note... — Extiendo mis manos para tomar a mi chica pero se sacude y me gruñe, *ella me gruñe a mí*. Entiendo que debe sentirse como yo me sentía con Germán, así que la dejo enfrenar a Janeth y permanezco atento por si necesita ayuda —, él no está interesado en ti, lo único que él quiere en estos momentos es

llevarme a casa, desnudarme, jugar y explorar mi cuerpo y luego hacerme gritar su nombre toda la puta noche.

A mi polla le encanta la idea que tiene Yuliana y tanto ella (mi polla) como yo estamos muy de acuerdo en que eso es lo que quiero.

—Así que deja de jodidamente intentar contonearte frente a él o ese idiota no será el único en irse con algo roto hoy.

Janeth luce indignada y rabiosa, abre su boca para responder pero la detengo.

—No, realmente quiero llevar a mi esposa a casa, y tú estás jodidamente retrasándome. Sólo te diré una cosa y espero que lo entiendas: *Ni en un millón de años.*

La dejo de pie ahí, avergonzada y furiosa. Me importa una mierda esa mujer, la única que realmente tiene todo de mí ahora, es Yuliana. Sonríe y estrecha mi mano, tomamos el primer taxi que vemos al salir del bar y apenas el auto arranca nos lanzamos el uno por el otro.

*La quiero desnuda, debajo, encima... como sea pero para mí.*

## Yuliana

Le toma una eternidad al taxi llegar a nuestra casa. En un borrón pagamos la carrera y corremos dentro, respondemos vagamente al saludo de Portillo y abrimos la puerta a trompicones.

Algo golpea mis piernas, haciéndome tropezar apenas y entramos al apartamento. Me rio cuando pequeños dientes muerden mis dedos y las tiras de mis sandalias. Me agacho y tomo a Bonnie en mis brazos.

—Hola bebé, ¿extrañaste a mami? —Adrián viene tras de mí y me abraza, busca mi cuello y muerde suavemente mi piel, disparando la piel de gallina.

—Realmente te necesito, ahora —susurra con esa sexy y ronca voz.

—Yo también —gimo cuando vuelve a torturar mi cuello. Me inclino, dejando a Bonnie en el suelo y empujándolo hacia la cocina. Adrián gruñe y palmea mi trasero.

—No hagas eso, no levantes tu trasero de esa manera si quieres que sea suave contigo.

—¿Quién dijo que yo lo quiero suave? —Sonrío cuando sus ojos se abren y su respiración se acelera—. Tal vez lo quiero un poco duro... y sucio.

—Yuliana...

Me encojo de hombros y muerdo mi labio. Tomo el dobladillo de mi blusa y tiro de ella, revelando mi torso y mis pechos cubiertos por el sujetador verde.

—¿Tienes algún problema para dármelo sucio y duro? —Su mirada adquiere un brillo peligroso, empuña sus manos y me mira de arriba abajo. Lame sus labios y da un paso hacia mí.

—No —brama con voz cruda—, no tengo ningún problema en darte lo que pides, cariño. Y espero que tú no tengas ningún problema cuando yo exija de ti lo que quiero —Cierra la distancia entre ambos y lleva sus manos a mi cintura. El calor de su cuerpo se compenetra con el mío y me siento vibrar contra él—, porque sé, sólo con verte en estos momentos y percibir lo que sólo tu visión le hace a mi cuerpo y a mi mente, que no tendré suficiente de ti.

Sus palabras son como toques eróticos para mí. Cada una de ellas golpea mis terminaciones nerviosas y acelera mi cuerpo. La excitación se encrudece y el deseo madura dentro de mí. Y también estoy segura, que no tendré suficiente de él.

Impaciente, me abalanzo hacia su boca y tomo sus labios entre mis dientes, Adrián gruñe y responde. Sus manos recorren cada espacio de mi cuerpo, tentando, sintiendo, explorando y provocando. En un enredo nos acercamos al cuarto, ambos caemos en la cama y nos desgarramos la ropa como si no hubiera un mañana.

Sus labios dejan mi boca para recorrer cada parte de mi cuerpo, lame, chupa y muerde mi piel, en los lugares que me hacen vibrar y jadear de placer. Me aventuro también por su cuerpo, sintiendo sus músculos tensos, su piel y el calor que desprende. Regresa su boca a la mía y entierro mis uñas en su espalda cuando sus dedos se aventuran en mis pliegues, puedo sentir lo húmeda que estoy y Adrián lo confirma al gemir por encontrarme lista y resbaladiza para él.

Estimula suavemente mi sexo y mis caderas corcovean, abro mis piernas para darle más acceso y lo toma. Introduce un dedo dentro de mí y jadeo, su boca desciende a mi pecho y muerde la piel alrededor de mi pezón para luego tomarlo y succionarlo.

—No sabes cuanto jodidamente amo tus pechos. Desde que te vi no podía dejar de pensar en tener estas bellezas entre mis labios.

Enredo mis manos en su pelo y tiro de él más cerca de mí, la presión

poco a poco empieza a construirse en mi cuerpo y la tensión se vuelve tortuosamente placentera en mi centro. Adrián alterna entre un pecho y otro y antes de siquiera parpadear dos veces, su cabeza se encuentra entre mis piernas y su lengua traza mi entrada con un movimiento firme, pero lento.

Otro dedo se une a los movimientos fluidos de Adrián y el asalto de su lengua se intensifica. Mis ojos se cierran y mis dedos se aferran a nuestras sabanas baratas porque necesito sostenerme de algo cuando el orgasmo me golpea. Mi espalda se arquea y mis muslos se estrechan contra Adrián. Gimo profundamente mientras corriente tras corriente me atraviesa.

Sigo atravesando la niebla de mi placer, cuando soy volteada sobre la cama y puesta de lado, una de mis piernas va a parar sobre el hombro de Adrián y la otra se extiende libre en la cama, entre las piernas de él. Siento la punta de su miembro en mi entrada y un respiro después, Adrián empuja fuertemente dentro de mí.

Grito, el maldito ángulo le permite llegar hasta el último rincón dentro de mí. Abro mis ojos y vuelvo un poco mi rostro para ver el gesto contrariado y casi doloroso en su rostro. Su cuerpo tiembla y las manos que se aferran de mis caderas dejan marcas. Lloriqueo pidiéndole que se mueva, sisea y gruñe, abre sus ojos y la mirada llena de placer y lujuria me hace estremecer.

—Estoy tan jodidamente perdido en estos momentos, que no sé si pueda moverme y no estallar dentro de ti.

—Por favor —gimo, sacudiendo de nuevo mis caderas, sisea y muerde sus labios, sus ojos beben de mí y sonrío.

—Lo que quieras... lo tienes.

Sale totalmente de mí y vuelve a empujar, arqueo mi espalda y llevo una de mis manos a mi clítoris.

—Mierda —gruñe y sus movimientos adquieren más velocidad, llevándome hacia arriba, al pico alto del placer.

La habitación se llena de sonidos, carne contra carne, gemidos, jadeos, siseos, maldiciones y nuestros nombres. Cuando estoy a punto de estallar, Adrián sale de mí y vuelve a moverme en la cama, esta vez me gira totalmente de espaldas a él, mis rodillas y manos sobre la cama, vuelve a

introducirse en mí desde atrás, simplemente no aguanto más y grito mi orgasmo por segunda vez. Adrián jadea y continua empujando dentro de mí casi al punto del dolor, mi sexo se estremece de nuevo y otro orgasmo me atraviesa.

Mis manos comienzan a temblar por lo que adrián nos recuesta a ambos de lado en la cama, mi espalda contra su pecho, levanta una de mis piernas en el aire y continua su asalto, gruñe en mi odio, sus movimientos tornándose frenéticos y desesperados, tira de mi rostro hacia el suyo y muerde mi labio inferior mientras un gruñido escapa de su boca y se viene dentro de mí.

Suavemente deja caer mi pierna sin salir de mí, mi pecho y el suyo agitados y nuestra piel cubierta de sudor. Su lengua traza mi labio y luego está besándome con una ternura que contrasta con la fuerza de hace unos momentos cuando embestía contra mí. Correspondo su beso y le permito estrecharme en sus brazos. Su nariz desciende para frotar la piel de mi hombro y luego deja pequeños besos desde mi cuello hasta el hombro.

—No creo que quiera levantarme de esta cama —susurro y lo siento sonreír contra mi piel.

—Eso es bueno, porque no pienso permitirte salir de entre mis brazos, aún no termino contigo, *esposa*.

—Me parece bien, yo creo que puedo necesitar un poco más de todo esto. —Señalo entre ambos y sonrío.

—Lo que mi señora pida. —Mueve sus caderas y vuelve a endurecerse dentro de mí.

—Me gusta eso...

—Y a mí, tú.



Siento unos labios besar mi frente. Me remuevo entre las sabanas y

gimo con gusto, estirando mi cuerpo. Ciertas partes del mismo duelen, es un dolor del bueno.

—Buenos días, preciosa. —Abro un ojo para ver a Adrián sobre mí, una sonrisa dibujada en su rostro—. Te dejé el desayuno en el microondas y te traje un poco de chocolate. Ya les di el paseo mañanero a los perros.

—¿Por qué no me levantaste? —Me endezco en la cama, tomo la taza de sus manos y noto entonces su uniforme—. ¿Qué hora es? ¿Ya te tienes que ir al trabajo?

—Pasadas las seis y sí, ya debo irme si quiero estar a tiempo para marcar mi entrada a las siete y treinta. —Se vuelve a inclinar y esta vez besa mis labios— Y no te desperté porque parecías muy agotada. ¿Te recojo en tu trabajo?

—Claro. —Suspiro cuando el calor del chocolate golpea mi rostro, doy un sorbo y tarareo aprobándolo—. Dejaré la cena lista antes de irme.

—Bien. Nos vemos más tarde, nena.

—Cuídate y ve a salvar vidas.

—Es para lo que nací —dice y su mirada pasa a una de melancolía. Sé que el extraña su trabajo tanto como yo a mis padres.

—Pronto dejarás esta vida y volverás a la que tanto quieres. —Me mira y una sonrisa triste se dibuja en sus labios.

—Sólo que... —Niega con su cabeza y no termina su pensamiento—. Me tengo que ir. Descansa *princesa*.

—Odio que me llames así.

—Lo sé, pero me encanta molestarte y también... —Sus manos se posan en mis piernas desnudas y ascienden hasta mis caderas. La piel de gallina se esparce por todo mi cuerpo—, besarte —susurra contra mis labios y procede a dejarme sin aliento. Estoy a punto de dejar caer la taza y arrastrarlo hasta mí, pero su teléfono suena y acaba con el momento—. Debo irme, nena. Leonardo está esperándome fuera.

—Ten un buen día —Sonrío y beso por última vez sus labios.

—Igual tú. —Guiña un ojo y se va.

Un momento después Bonnie viene corriendo para subir a la cama. Me río de su vago intento por escalarla y suelto una profunda carcajada cuando cae al suelo y rueda. Mateo, que es mucho más tranquilo viene hasta el lado de mi cama y se echa, mirando a Bonnie patalear y gruñir por no lograr su cometido.

—A ver bola de pelos, ven aquí y saluda a mami. —Dejo la taza en la mesa de noche y tomo al cachorro colocándolo en mi regazo, procurando cubrirme antes de hacerlo. Mateo levanta su cabeza y mueve sus orejas, sonrío—. Ven aquí tú también. —Palmeo la cama y se sube de inmediato, recostando su cabeza en la almohada que ocupó Adrián—. Vamos a dormir sólo un poco más y luego a nuestros deberes.

Nos acomodamos los tres en la cama, suspiro entre las sabanas y es entonces cuando soy consciente de que el sexo no complicó las cosas esta mañana con Adrián... pero si las hizo diferentes. Es la primera vez que compartimos una despedida como esa y también es la primera vez que mi corazón se llena de anhelo por volverlo a ver.

Se me harán eternas las horas.

## Adrián

Voy camino al trabajo de Yuli cuando mi teléfono suena. El nombre en la pantalla me deja frío por un momento, me recompongo y respondo rápidamente.

—¿Humberto?

—Sobrino —responde con diversión. Debió haber notado la sospecha en mi voz—. ¿Cómo estás?, ¿cómo está mi sobrina?, ¿Los trata bien la vida de recién casados?

Asumo que alguien debe estar cerca de él o escuchando y por ello actúa como si de verdad estuviera interesado.

—Nos va muy bien tío. Creo que nos hemos acostumbrado a nuestros trabajos y bueno... es increíble compartir toda mi vida con ella ahora.

—Aww sigues igual de enamorado de ella que aquel primer día. Me alegro mucho hijo. —Hace una pausa y me pregunto cuál será el verdadero motivo de su llamada, no pasa mucho tiempo para descubrirlo—. Mañana habrá una barbacoa en mí casa, quiero que mi sobrino favorito y su encantadora esposa estén presentes. La gente no hace sino preguntarse si Adrián Giraldo existe.

*Ya veo, necesita calmar las aguas y dejar claro nuestra cuartada.*

—¿A qué hora, tío?

—Ocho.

—Perfecto. Ahí estaré.

—Salúdame a mi sobrina, los espero mañana entonces.

Terminamos la llamada y suspiro. Alguien tuvo que estar preguntando por mí ante él. Froto mi pecho y me aproximo al trabajo de Yuli.

—Hola, sexy —ronronea Florencia y sonrío—. Tu encantadora esposa está en la parte de atrás, siéntate y la busco por ti.

—Gracias.

Les sonrío a Isabel y a las otras mujeres esperando su turno. Veo a Yuli hablar con Florencia, sonrojarse y luego mirar hacia donde estoy yo. Le guiño un ojo y sonrío, Florencia niega con la cabeza y palmea su espalda.

—Hola nena. —Me levanto y la atraigo en mis brazos por un beso. No es lo usual cuando vengo por ella, pero simplemente hay en mí este deseo de tocarla, besarla y tenerla cerca.

—Hola, estoy lista para irnos.

Las mujeres a nuestro alrededor empiezan a murmurar, Florencia se ríe y Yuli se sonroja más. Creo que me estoy perdiendo de algo. Mis sospechas se levantan cuando veo que la mayoría de las mujeres está mirando mi entrepierna, miro de nuevo a Yuliana y está con la mirada baja, roja como un tomate y mordiendo su labio nerviosamente.

—¿Algo que tenga que saber? —Levanto una ceja y si es posible, su sonrojo crece.

—No, ¿nos vamos?

No quito la mirada de ella por unos segundos, se mueve en sus pies, incómoda. Tomo su mano y despidiéndome de los demás caminamos fuera del salón. Permanecemos en silencio

—Noté que la mayoría de las personas estaban mirando mi entrepierna. —Siento como Yuli se tensa y muerdo una sonrisa—. Pensé que tal vez mi cuerpo estaba demasiado alegre por verte pero, creo que puedo controlar esa parte de mí; así que... ¿Por qué estarían mirando ese lugar?

Estamos casi cerca de casa, busco la mirada de Yuli pero rehúye, noto que sus mejillas nuevamente están encendidas y muerde furiosamente su labio.

—Sé que tengo una increíble polla, pero no creo que todas esas mujeres tengan una súper visión y hayan visto más allá de estas capas de ropa... — Yuli resopla y se vuelve hacia mí con las manos en las caderas. Miro a sus ojos que me ven con vergüenza.

—Yo se los dije —murmura y me hago el que no escuché. Gruñe y vuelve a hablar—: Yo se los dije.

—Vaya, debí dejarte muy impresionada para que fueras corriendo a contar nuestras intimidades a todo el mundo.

—¡No fue así! —chilla y me empuja—. Felipe e Isabel me acorralaron hoy en el salón, traté de darles detalles menores pero ¡Fue imposible! Y cuando acepté tus... *dotes*, Felipe se lanzó a gritarlo por todo el salón.

—Tuve suerte entonces que no teníamos el mismo turno. Probablemente se hubiera lanzado sobre mí.

—Estoy esperando que Adriana aparezca, esa traidora también tiene mucho que contar, pero ella lo sabía mejor. Ha estado *DEA*<sup>[7]</sup> todo el día. — Resopla y patalea como niña chiquita—. Sabía que íbamos para la inquisición y prefirió dejarme morir sola.

—Entonces, la conclusión es que todas saben que mi polla es impresionante y que mi esposa está bien atendida y satisfecha.

Ruedas sus ojos y resopla—: Cuidado e inflas mucho tu ego y terminas pringado en la cara.

—Yo no estoy inflando mi ego... tú confesaste mis hazañas y ahora yo sólo estoy recibiendo las glorias.

Resopla y se aleja murmurando cuán imbécil y estúpido soy. Me rio entre dientes y la sigo, contemplando su precioso trasero. La alcanzo en pocos segundos y la abrazo desde atrás, acerco mi boca a su lado y susurro:

—¿Sabes que deseo en estos momentos? —Niega con la cabeza y sonrío cuando noto la piel de gallina—. Tenerte desnuda en la cama, besarte de pies a cabeza y hacerte mía mientras tú me haces tuyo.

Muerdo su cuello y un aliento sale de sus labios. Se estremece y susurra —: ¿Qué demonios estás esperando?

Me rio fuertemente y la abrazo, la veo sonreír cuando la volteo hacia mí y la beso.

—Déjame llevarte a casa entonces.



Acaricio la espalda desnuda de Yuli mientras su mano se desliza por mi abdomen. Beso su cabeza y la siento suspirar. Ambos tratamos de regular nuestra respiración después del sexo desenfrenado que acabamos de tener.

Debo reconocer que ha sido alucinante, y no sólo por mí... Yuliana es simplemente increíble. Mi deseo por ella hace que cada vez que la tengo, todo sea a otro nivel. Hay esa necesidad en mí de complacerla en todos los sentidos, de hacerla gozar y retorcerse, es como si su placer incrementara y alimentara el mío. Primero está ella para mí y deseo complacerla siempre.

Cada vez que se estremece, que grita mi nombre, que su aliento se traba y sus gemidos aparecen... mi sangre ruge y mi pecho se infla de orgullo por hacerla sentir así. Por ser quien le brinda ese placer que la hace retorcerse y pedir más.

—Humberto me llamó hoy. —Levanta su rostro hacia mí y me mira confundida—. Quiere que nos presentemos mañana en una barbacoa que hará en su casa. Creo que alguien ha estado preguntando por nosotros y Humberto quiere confirmar que realmente somos una familia.

—Bien. No me agrada mucho la idea, pero si es necesario. —Suspira y se acomoda de nuevo para que pueda seguir acariciándola. Sonríó para mí—. ¿A qué hora es?

—Ocho. Mi turno es hasta las cinco, así que tenemos suficiente tiempo para alistarnos.

—Yo estoy de siete a dos... le diré a Isabel que me ayude con el cabello y me haré las uñas.

—Vale, quiero que mañana todos sientan envidia de mí... por llevar de mi mano a la mujer más hermosa.

Sonríe y beso mi pecho. —¿Estás pescando puntos?

—¿Está funcionando?

—Un poco —Ríe cuando le doy una mirada herida—. Tendrás que esforzarte un poco más.

—¿A sí?

—Ujum —Me levanto rápidamente y nos giro, dejándola a ella de espaldas a la cama y a mí sobre su cuerpo. Beso su boca, sus pechos y desciendo hasta su ombligo—. Vas bien...

—Entonces, me esforzaré más —murmuro antes de seguir mi camino hacia el paraíso.

## Yuliana

—Creo que ya no quiero ser el hombre más envidiado de la noche — gruñe Adrián y me río de su ceño fruncido—. No es gracioso, estoy a cinco segundos de partirlas la cara a dos idiotas que no dejan de desnudarte con su mirada. Y si otro imbécil te ofrece un “paseo por los alrededores” o si quiera te ofrece una “bebida porque te ves sedienta” voy a explotar.

—Compórtate.

—¿Qué crees que estoy haciendo?, si no estuviera comportándome ya hubiera rasgado mi ropa como Hulk y estaría reventando las narices de estos idiotas.

—Tú *tío* viene hacia acá.

—Genial, y viene con uno de los idiotas que te ofreció un paseo. —Le envió una mirada de advertencia y resopla. Niego y sonrío cuando Humberto, uno de los *idiotas* y una bella mujer de cabello negro y cuerpo despampanante cubierto por un escandaloso vestido (o baby doll) blanco se acercan.

—Adrián, hijo. —Se lanza hacia su sobrino por un abrazo que no deja duda sobre la emoción de ver a su sobrino. Adrián como buen actor, corresponde igual de efusivo—. Discúlpame por no venir antes y recibirte, pero estaba ocupado en la oficina resolviendo un *pequeño* asunto. —No se me pierde la risita que la mujer deja escapar y la rodada de ojos del hombre que acompaña a Humberto—. Te presento, ella es Irina, mi novia. Cariño, ellos son Adrián, mi sobrino y Yuliana, su esposa.

La mujer mira de arriba abajo a Adrián y la forma en que lo hace, causa que el vello en mi nuca se levante y mi estómago se contraiga. Los feos celos que sentí la noche pasada con *Janeth* se multiplican justo ahora. No me gusta el brillo calculador ni el deseo que se reflejan sus oscuros ojos.

—Un gusto —agrega Adrián imperturbable y ajeno a mi malestar pero muy consciente del interés de Irina. El hecho de que no haya tomado su mano como con las otras mujeres que le han presentado y que se haya volteado hacia su tío me lo confirma—. ¿Cómo va todo tío?

—Bien hijo. Espero que también esté funcionando de esa manera para ustedes.

Adrián me atrae hacia su costado y deja un beso suave y tierno sobre mis labios. Sin dejar de verme a los ojos y con una dulce sonrisa, responde—: Funciona a la perfección. No podría estar más feliz y satisfecho, ¿verdad cariño?

—Totalmente, cielo —respondo con dulzura y me acerco a su boca por otro beso. Adrián muerde mi labio y enredo mis manos en su cuello, el beso se torna más intenso y nos olvidamos de todos a nuestro alrededor.

Alguien aclara su garganta, gimo y entierro mi cabeza en el pecho de Adrián, escucho la risa del mismo y de su tío.

—Ahhh el amor. Mira cariño, las mieles de la dulzura, el mejor tiempo de un matrimonio. —Palmea a Adrián y mira con una sonrisa a Irina—. Este chico sigue igual de enamorado y loco por esta chica, incluso más que ese primer día cuando llegó a casa flechado.

—Soy afortunado de tenerla.

—Y yo de tenerte a ti.

—Aww son tan lindos —chilla Irina y gruño internamente—. Espero que sigan *así* de *enamorado*s por mucho, mucho tiempo. Es tan bello ver estas parejas de casados profesándose amor el uno al otro, cuando hay tantos divorcios, infidelidades y esas cosas. Les deseo lo mejor. —Su voz destila envidia y tengo que respirar profundo para no patearla en estos momentos.

Abrazo a Adrián, pego la más falsa sonrisa del mundo y con toda la inocencia del mundo, murmuro—: Bueno, no creo que algo como eso nos

pase a nosotros. Adrián está bastante satisfecho y bien atendido por mí y yo por él. Creo que el amor y la buena *compenetración* que tenemos, hacen que todo funcione.

Irina parpadea hacia mí, sus ojos se estrechan por un segundo y sé que ha captado el mensaje. Sonrío y estrecho también mis ojos hacia ella, dejando muy claro el mensaje: *Puedes ver, pero olvídate de tocar. Es mío.*

—¿Se te perdió una igualita? —gruñe Adrián, me doy cuenta que está dirigiendo sus fuertes palabras hacia el hombre al lado derecho de Humberto. Es de la misma estatura de Adrián, pero donde el hombre es más grande, Adrián es más firme y definido. Definitivamente no tienen la misma panza cervecera.

—Tony, deja de comerte con los ojos a la esposa de mi sobrino. — Humberto pone su brazo sobre los hombros de Adrián, y le da una mirada de advertencia al hombre de panza, cabello igual de engominado y ojos verdes —. No te preocupes sobrino, no es nuestra culpa que tu esposa sea una cosa preciosa y digna de ver.

Adrián no se detiene, continúa mirando al tipo que sonrío como si la esto le pareciera demasiado divertido. —Puedes ver, pero no vuelvas a invitarla a ningún jodido paseo, ella es *mi* esposa, y jodidamente la respetas.

—Entendido —dice Tony, levantando sus brazos y alejándose de nosotros.

La ceja de Irina se levanta y sonrío, quisiera golpearla pero me resisto y empiezo una absurda conversación con Humberto. Pronto, los cuatro estamos hablando y, aunque puedo notar la envidia y la cizaña en cada una de sus palabras, la ignoro y decido divertirme.

Tiempo después ella y Humberto se retiran, él para supervisar los asadores y saludar al resto de invitados. Por las caras de muchos, las armas camufladas, los escoltas, las muchas mujeres casi desnudas y la tensión en el aire; no creo que aquí haya monjes y vírgenes. Tenemos a personas que algún negocio chueco ha de tener. Y, teniendo en cuenta que Humberto es como un mediador entre los justo y lo que no... creo que estamos con gente pesada aquí.

—Humberto es considerado una persona influyente. Él es quien maneja el dinero de todos los tipos que no desean reportar cada centavo que tiene ni la manera de obtenerlo —dice Adrián, leyendo mis pensamientos— La mayoría de los hombres que hay aquí son miembros de pandillas, dueños de clubs, apuestas, proxenetas, distribuidores, etc. —Me lleva hasta un rincón del enorme jardín y se acerca a mi oído para susurrar las siguientes palabras. Sonríó para despistar a los demás—. Humberto es alguien cercano a mi jefe, Bedoya. Exactamente no sé que conexión haya entre ellos, pero es fuerte y sólida. No estoy seguro si era un agente o qué rayos, pero si Bedoya le ha confiado nuestras vidas a este hombre es porque puede confiar la suya. — Se encoje de hombros y me sonrío—. Mientras estemos bajo su ala, estaremos bien, debemos guardar las apariencias.

—¿Y su familia no se enterará? —susurro.

Adrián niega y suspira. —No, al parecer no tiene, buscamos información sobre él pero es casi un fantasma en el sistema. Sólo aparecen registros de él desde 2000, antes de eso es como si no existiera.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo investigué. —Le doy una mirada confundida y aclara—. La primera semana que llegamos, mientras dormías, hablé con uno de mis compañeros antes que cortaran comunicación. Me dio un informe detallado de lo poco que encontró de Humberto. Empezó en esto justo en el año en que aparece en el sistema. Era un corredor de apuestas y mira donde llegó.

—Ya veo. Recuerdo que dijiste que uno de los hombres de Urrego tenía tu expediente. ¿Pueden obtener el de Humberto y encontrar una relación entre él y nosotros?

—No, muy pocos tiene acceso a nuestra información ahora. Y Alex jamás vendería o perdería esa información.

—Estamos seguros.

—Lo estamos.

Suspiro, otro hombre pasa por nuestro lado y se queda viendo mis piernas. Bendita la hora en la que opté por este vestido. Se supone que es discreto y sencillo, pero creo que estos hombres están demasiado cansados de

mucha piel y el hecho de verme más cubierta les atrae.

—Vamos a esperar a que repartan la puta carne y nos iremos de aquí. Estos infelices no dejan de verte.

Miro a mí alrededor y veo a algunos disparar unas miradas hacia nosotros, sonrío por la posesividad de Adrián, pero cuando mis ojos tropiezan con los oscuros de Irina... la misma posesividad crece en mí.

—¿Es necesario esperar la carne?



*Adriana: Lo siento, no quería hacerte pasar por eso sola, Yuli.*

*Yuliana: No te preocupes, ya pasó.*

*Felipe: ¡Ya pasó ni que mierda! Tú, ricitos de oro, será mejor que abras la boca y nos cuentes cómo te fue con tu semental.*

*Isabel: ¿Es igual de asombroso que Adrián? Porque Yuli está realmente pegada de eso.*

*Adriana: No voy a hablar de eso.*

*Felipe: Será mejor que hables señorita... sabes perfectamente que tengo muchos métodos para sacarle a la gente lo que quiero saber.*

*Isabel: Es verdad, deberías haber sido detective o un torturador de la mafia.*

Inmediatamente leo las palabras de Isabel, mi cuerpo se tensa, y la fantasía que he estado viviendo se desmorona frente a mis ojos.

Estos últimos días con Adrián se han sentido más reales que cualquier otra cosa. Realmente me he creído el papel de su esposa, verdaderamente me siento como Yuliana y creo que estoy muy feliz con ello. Me encanta estar con él, lo anhelo, extraño y deseo. Me gusta mi trabajo, aunque no es lo que estudié.

Me gusta mi apartamento y el saber que cada vez que regreso a él Adrián y nuestros dos bebés me esperan en casa. Disfruto nuestros momentos juntos y no me refiero a sólo en la cama, no; momentos como el sentarnos a ver una película, pasear a nuestros perros, despertarlo con un beso en las mañanas, que él me despierte con el desayuno y una taza de chocolate; ir a comer un helado, abrazarnos en la calle simplemente porque así lo queremos, compartir la última rebanada de pizza. Luchar por el control remoto, reírnos de los cojines de nuestra sala y jugar “*piedra, papel o tijera*” para saber quien debe lavar el baño o lavar los platos.

Y es entonces, cuando momentos como éste pasan, donde alguien me recuerda que no es real, que alguien me busca para asesinarme y que mi familia me cree muerta, mientras yo disfruto aquí, mientras rio con mis nuevos amigos, mientras me enamoro de mi supuesto esposo; mientras me adentro más en esta vida y dejo que mi corazón se aferre y se enamore de ella... mis padres y mis mejores amigas lloran mi partida. Sufren por mi ausencia y añoran una vez más mi presencia.

Sintiéndome como una escoria, como una hipócrita, empiezo a llorar. Ignoro los últimos mensajes de mis nuevos amigos y me acurruco en mi cama a lamentarme y a pedir perdón al viento por mi falta de consideración.

Bonnie siente mi malestar y se remueve a mi lado, su lengua lame una de las lágrimas que se derraman y me siento peor, recordando a mí amigo, mi peludo que murió por culpa de esos hijos de puta que me quieren muerta. La rabia sustituye rápidamente al dolor y empiezo a maldecir a todo el mundo, a los imbéciles que me robaron mi vida, a Iván-Adrián por haber estado en ese baño, a mí misma por ser lo suficientemente estúpida como para entrar al baño de los hombres y a Dios por haber maquinado esa situación.

Voy hasta la cocina y busco por la botella de licor que sé, Adrián escondió. Fue un regalo de Humberto como bienvenida a esta casa. Encuentro la botella en la alacena, ni siquiera busco una copa para beber. La destapo, ignorando el extraño nombre en su etiqueta y bebo de la misma.

El licor quema mi garganta y mis ojos se humedecen. Mateo me mira desde un rincón y creo que está reprochando mi comportamiento. Me encojo de hombros y le saco la lengua. Bonnie se aproxima a mis pies y rasga el

suelo. Lo levanto y le llevo hasta la cama donde me dedico a vaciar toda la botella. Simplemente necesito lamentarme por unas horas y despreciar mi propio culo, sentirme miserable para compensar todo el sufrimiento que le estoy causando a mis seres queridos.

Pasadas dos horas estoy hecha una mierda, el licor se ha acabado pero no necesito más, ya estoy muy ebria. Siento que la risa burbujea en mi garganta cuando veo la estúpida foto de *mi boda*. Escupo sobre ella y regreso a trompicones a la cama. Tomo el jodido móvil y hago una cosa verdaderamente estúpida:

*Reviso mi antigua cuenta de Facebook.*

Apenas inicio sesión, mi celular vibra y pita con miles de notificaciones no leídas. Voy a mi muro y empiezo a leer cada mensaje que me postearon. Muchos de ellos son para conmemorar un mes de mi partida.

*No puedo creer que ya casi se cumpla un mes desde que se supone, fui asesinada.*

El informe policial revela que fue un intento de robo que salió mal. Están tan lejos de la realidad. Me cuesta comprender algunos mensajes, ya que no recuerdo a algunas de esas personas, pero cuando leo los de mis mejores amigas, los desesperados mensajes de Mafe, Silvia y las dolorosas palabras de mis padres... otra ola de dolor, arrepentimiento, desolación y culpa me golpea.

La pestaña de mensajes también está llena de nuevos chats. Abro uno y el primero que veo es el de Silvia, leo sus palabras y me derrumbo. Hay tanto dolor en ellas, es una despedida y una dedicatoria tan hermosa, sé por qué razón la envió a mi bandeja de mensajería y no la posteó en mi muro... porque hay palabras demasiado intimidas, cosas que sólo ella y yo sabemos, secretos que compartimos, aventuras... sueños, promesas; miles de cosas que para ella quedaron en nada pues ahora estoy muerta.

La imagino detrás de la pantalla escribiendo esto, derrumbándose sola mientras poco a poco escribe un largo resumen de nuestras vidas. Imagino su dolor y lo hago mío, su pena, su culpa. Y cuando todos estos sentimientos me embargan, cometo la segunda estupidez de la noche:

*Respondo a su mensaje.*

## Adrián

—Tengo que hablar contigo —susurra Yuliana despertándose de su profundo sueño. Hace una mueca por la luz del sol y sonrío. Ha de sentirse como la mierda y con una gran resaca.

—¿Es urgente nena? —Miro el reloj en mi muñeca y suspiro. Tengo que estar en el trabajo en veinte minutos, pero quedé de llamar a Eduardo de camino al trabajo—. Tengo que irme ya o llegaré tarde.

—Oh. No, puede esperar. ¿Quieres lasaña para la cena?

—Uff, eso sería genial, nena. —Me inclino por un beso y acaricio su mejilla—. Te dejé algunas aspirinas en la mesa, toma una, voy por un vaso de agua. —Voy a la cocina y rápidamente lleno uno—. La próxima vez que quieras hacer una fiesta privada, invítame. —Guiño un ojo y señalo su cuerpo cuando me ve confundida. Baja su mirada y nota su desnudez, así como la ropa tirada por todo el suelo de la habitación y la botella de licor, que estaba guardando para una ocasión especial, vacía a un lado la puerta.

—Lo siento. No recuerdo mucho.

—Bueno, no sabría decirte qué fue lo que exactamente hiciste... —Sonrío cuando sus mejillas se tornan rojas—, cuando llegué ya estabas desmayada en la cama. Desnuda, cabe aclarar.

—Creo que sólo estaba un poco melancólica —susurra. Asiento y tomo mi billetera.

—Este bien cariño, sólo recuerda esto la próxima vez que te pongas así:

llámame y yo vendré para hacerte sentir mejor.

—Vale. Ten un buen día. —Sonríe. Asiento y me acerco de nuevo para besarla. Simplemente no puedo dejar de hacerlo.

Mi teléfono de emergencia suena y compruebo que es Eduardo. —Tú igual, te amo.

Me alejo revisando el mensaje. No es nada bueno. Corro a la salida y marco su número apenas y estoy fuera, sin pensar mucho en las últimas palabras que le dije a Yuliana.

—No son buenas noticias compañero —responde Eduardo y el vello en mi cuello se dispara—. Jillian está muerta.

—Joder —gruño y pateo un bote de basura. Una mujer que pasea su pincher se aleja y me mira con temor. Le envío una mirada de disculpa y continúo mi camino—. ¿Qué sucedió?

—No está claro aún. Su cuerpo fue arrojado fuera de la casa de sus padres. Su boca fue cosida, sus dedos fueron mutilados y... —Su voz se quiebra y mi furia crece.

—¿Qué? —pregunto tratando de imaginar algo peor a lo que acaba de decir.

—Si Alex se entera que estoy informándote sobre esto va a patear mi culo, pero amigo, lo que esos hijos de puta hicieron con Jillian... La empalaron, los jodidos cabrones la empalaron, como si fuera un maldito animal. Así la dejaron, sus padres lo vieron, imagínate como está la señora Amparo, y don Jaime, no deja de llorar y culparse.

—¿Cómo demonios la descubrieron?

—Alex cree que tu teoría de que hay un topo entre nosotros es cierto. El cuerpo de Jillian no vino solo, todo su expediente estaba con ella.

—Maldita sea, Eduardo. Tienen que buscar a ese hijo de puta.

—Eso estamos haciendo, pero no ha sido fácil. Será mejor que terminemos esta llamada, sólo estaba avisándote porque no sé cuanta información pudo entregar Jillian sobre ti. Y si es verdad que hay un topo entre nosotros, no quiero que den contigo, amigo, no puedo perder a un

compañero más.

—No te preocupes, cuidaré bien de mí.

—Eso espero y... cuida también a la chica. —Duda y eso me preocupa más.

—¿Qué no me estás diciendo, Pérez?

—Confío en ti tanto como tú en mí y sé que tomaras las medidas más sabias y necesarias en este caso, Alex no ha querido informarte porque presiente que si lo sabes, tomarás cartas en el asunto.

—Habla —gruño, ya estoy llegando a la parada donde me recoge Leonardo.

—La tumba de la chica fue profanada. Su cuerpo, o mejor dicho, el cuerpo de la chica que entregamos, ha desaparecido. —Maldigo y agarro mi cabello con mi mano libre. ¿Qué mierda puede ser peor?—. Y para completar, el nombre del novio de una de sus amigas apareció entre la nómina de Marco Urrego.

*Hijo de puta.*

—Esto se pone cada vez mejor.

—Ten cuidado, amigo. Las cosas están pasando de castañas a oscuras.

—¿Alex tiene informado a Humberto?

—Se reunirá con él mañana. Tiene que venir aquí por uno de sus “negocios” y hablará sobre tu situación. Probablemente le pedirá que te eche una mano.

—Gracias, estaré atento.

—No le digas nada a la chica.

—Por supuesto que lo haré, así la asustaré y haré que cometa una locura. —Resoplo y veo el auto de Leonardo acercarse—. Claro que no le diré nada. Pero tengo que hacer algo para que ella esté más preparada por si la mierda estalla.

—Tú mismo, compañero. Suerte.

—Lo mismo.

Termino la llamada, apago el teléfono y retiro la batería. Deslizo ambos en mi maletín y me acerco al auto de Leonardo cuando estaciona.

—¿Qué tal tu mañana? —pregunta con una sonrisa. Quisiera decirle que va como la mierda, pero no puedo darle la razón del por qué.

—Bien, no puedo quejarme teniendo la esposa y la vida que tengo.

—Bien por ti. —Su sonrisa se amplía y no puedo evitar mirarlo con sospecha.

—¿Esa cara de idiota se debe a cierta señorita de cabello rizado?

—¿Una que usa lentes, es sexy como la mierda y está haciendo su camino para ser la mejor chef de la ciudad? —Asiento y se ríe entre dientes —. Sí, esta —Señala su cara—, se debe a ella y sólo a ella.

—Asumo entonces que las cosas van viento en popa.

—Asumes bien mi amigo... esa pequeña cosita y yo vamos por muy, muy buen camino.

*Al menos para alguien las cosas están saliendo bien.*

—Te noto tenso.

—Yuliana se emborrachó y me preocupa que se ponga mal por su resaca.

—¿Estaban celebrando algo?

—No, simplemente quiso brindar con ella misma.

—Ya veo...

No dice más y conduce hasta el hospital. Marcamos el turno y empezamos la labor con un accidente múltiple en las afueras de la ciudad. Trato de poner mi mejor esfuerzo en mis funciones, pero la información que me entregó Henao ronda mi cabeza.

*Hay un topo entre nosotros y nos está entregando uno por uno.*

*Yuliana está en peligro, mi esposa está en peligro.*

*Esta vida y la anterior están siendo amenazadas, de nuevo.*

O tal vez nunca dejaron de hacerlo, y simplemente me dejé llevar por lo

que estoy empezando a sentir por Yuliana.

—Mierda.

—¿Qué sucede? —pregunta Leonardo, volviendo su rostro del paciente hacia mí.

—No, sólo que había olvidado algo que le dije a Yuliana antes de salir.

Me mira confundido y lo ignoro, procediendo a atender a uno de los dos heridos que llevamos en la ambulancia, pero recordando perfectamente lo que le dije a Yuliana.

*Le dije que la amaba.*

Y creo que realmente lo hago.

## Yuliana

Los malditos nervios no me dejan en todo el puto día.

La he cagado y a lo grande. Cuando Adrián se entere va a matarme. Si no es que nos encuentran primero esos hombres y me acribillan antes que mi esposo pueda hacerlo.

No sé qué mierda estaba pesando al hacer lo que hice anoche. Pero hoy, con la sobriedad de mi lado y la razón funcionando al cien por ciento, me doy cuenta que metí la pata, hasta el fondo.

*¿Cómo carajos fui tan estúpida para abrir mi cuenta de Facebook?*

Y no sólo eso, sino también responder a un mensaje de mi mejor amiga. Ella cree que estoy muerta. Probablemente le dio un mini infarto cuando descubrió mi mensaje. Y lo comprobé cuando respondió y tuve que romper su corazón inventando una tonta excusa de ser un idiota friki insensible que hackeó la cuenta de una muerta para divertirse un poco.

Me siento como una idiota total. No ayuda que Silvia me haya insultado —Al friki— y haya amenazado con denunciarme a la policía y buscarme para destriparme. O que yo haya contraatacado hablando sobre ciertas fotos que robé del chat de ambas donde hay conversaciones comprometedoras que no le gustarían a su novio.

*Idiota de John.*

Eso fue suficiente para que desistiera de denunciar mi culo. Me hizo jurar que no volvería a hacerlo y que dejaría la cuenta de su difunta amiga en

paz, o le rezaría a no sé que santo para que mi espíritu (Juliana la muerta) viniera y me halara los pies (Yuliana la friki insensible).

Suspiro y froto mi cuello intentando alejar la tensión. Otra cosa que me tiene al borde son las palabras de Adrián al despedirse.

*Te amo*

Esas dos palabras me derrumbaron. No sé si fue inconscientemente, por el calor del juego que estamos jugando... pero, algo en el fondo de mi corazón, una parte que es estúpidamente soñadora, está convencida que lo dijo de verdad; y eso hace que mi pulso se acelere, mi estómago se revuelva, mi piel se erice y mi energía aumente...

*Porque creo que yo también lo amo.*

Corrección, estoy segura de que lo hago. Entre juego y juego, caricia, beso, palabra y acto... me he enamorado de mi esposo de mentira. Y creo que por eso él para mí es Adrián y no Iván, porque no quiero que regrese el agente especial... quiero a Adrián, al paramédico que me ama y que lleva en su mano la muestra de que me pertenece mientras yo llevo en la mía la evidencia de que le pertenezco.

—Mierda, mierda ¿Qué se supone que voy a hacer? —Bonnie menea su cola y empuja mi pie con su hocico—. Estamos en un gran problema. Adrián va a enojarse y mucho. —Mateo me observa silencioso desde su lugar—. ¿Qué hago? ¿Le digo? Silvia prometió quedarse callada, tal vez y no suceda nada y si se lo digo sólo lo pondré de mal humor.

Sí, eso puede ser. Si prometió dejar todo ahí si yo (el friki) no volvía a contactar a nadie ni hackeaba más su cuenta. Decisión tomada. No le diré nada. Me dedicaré a hacer lo mejor en esta vida de mentira, a disfrutarla y ya luego pagaré mi culpa *cuando* regrese con mis padres y mis amigas.

*Es mejor pedir perdón que pedir permiso.*

No puedo regresar con ellos o los pondré en peligro, están sufriendo, sí, pero están vivos. Respiran, y eso es lo importante. Ya tendré el tiempo de compensar todo lo que están viviendo ahora; además, si me hago miserable aquí eso no hará que ellos dejen de sufrir allá, y de verdad que quiero seguir jugando a lo que sea que es esto, con Adrián.

*Soy una mala persona. Lo sé.*

Pero no puedo hacer más, lamentarme no hará nada, ser miserable pondrá en peligro nuestra cubierta. Debo seguir viviendo en este mundo de arcoíris, unicornios y corazones.

No nos olvidemos del increíble sexo.

Y todavía queda el tema de si me ama o sólo fue un desliz del momento.

Antes de verlo escucho las llaves tintineando al otro lado. Mi corazón se acelera y me veo a mi misma levantándome, nerviosa y ansiosa, del asiento. Aliso mi blusa y me quedo ahí, esperando a que su rostro aparezca. Bonnie corre hacia él y le ladra, feliz por verlo de regreso, Adrián se ríe del fallido intento de Bonnie por derribarlo, lo toma en sus brazos y acaricia la cabeza de Mateo que decidió unirse a la bienvenida, sólo que con su particularmente serio y tranquilo estado de animo. Adrián levanta su mirada de los perros y se encuentra con la mía. Sonríe, deja a Bonnie en el suelo y camina hasta a mí, en vez de besarme primero, me tira a sus brazos y me abraza fuerte.

Confundida, al sentirlo olisquearme, correspondo su abrazo y también aspiro su olor. Bajo el antiséptico y el olor de la calle está su colonia, esa que deja impregnada en las almohadas que abrazo cada mañana al despertarme.

—Te extrañé —susurra y sonrío.

—Y yo a ti. —Beso su boca y me retiro para ver sus ojos—. ¿Tienes hambre?

—Estoy famélico.

Lo dejo para que se refresque y preparo la mesa para la cena. Mi remordimiento de consciencia me hizo prepararle el que he aprendido es su plato favorito... pasta, especialmente lasaña.

—Huele delicioso —murmura y me abraza. Me encanta esto, la forma en la que ninguno puede tener suficiente del otro y tenemos que estarnos tocando, besando o acariciando—. Y no estoy hablando sólo de la cena.

Me rio y niego. —Vamos, siéntate a comer. Debes estar cansado.

—No, lo que estoy es antojado. Pero no de lasaña... de ti.

Muerdo mi labio y sonrío. —Siempre podemos calentar la lasaña.

—Ujum... correcto.

Suelto una carcajada cuando Adrián me levanta sobre su hombro y corre conmigo hacia el cuarto, me arroja sobre la cama y pierdo toda diversión una vez que su boca desciende a la mía y sus manos me despojan de mis ropas para saciarse de mí y calmar el hambre que nos agobia a ambos.



—Deberíamos hacer algo divertido mañana —Dejo de cenar y levanto la mirada para verlo observándome con atención.

—¿Cómo qué?

—Tengo algo en mente, pero no te diré hasta que estemos ahí.

Levanto una ceja y me recuesto en la silla, procurando no dejar caer la sabana que envuelve mi cuerpo desnudo. —¿Por qué siento que es algo que, o no me gustará o me asustará?

—Porque puede que así sea. Pero igual, sé que nos divertiremos. Confía un poco en mí, soy grandioso.

Suspiro y ruedo los ojos. —Vale, ¿qué debo usar?

—Algo cómodo. Saldré del trabajo a las dos y tú estás libre. Encuéntrame afuera cerca de las dos y treinta.

—¿Y por qué afuera?

—Porque es probable que si entro aquí, te desnude y no te deje salir de la cama.

Muerdo mi labio y levanto el pie para acariciar su entrepierna por debajo de la mesa. Adrián sólo está usando sus bóxer por lo que me es muy fácil tocarle y sentirle endurecerse.

—No me parece una mala idea.

—A mí tampoco, pero realmente quiero llevarte ahí mañana.

—Bien, nos veremos afuera.

Sonríe y guiña un ojo. Terminamos nuestra cena y nos atrincheramos en el sofá por la siguiente hora para ver un programa de televisión sobre desafíos para un grupo de personas, aprovechamos para toquetearnos un poco y subir las revoluciones de nuestros cuerpos de vez en cuando. Antes de irnos a dormir, nos vestimos y sacamos a los perros por su paseo nocturno.

Regresamos a la cama cerca de las diez y caemos en un profundo sueño. O pesadilla.

Me levanto asustada tres veces, por la misma pesadilla.

*Tres hombres me tienen golpeada y amarrada a una silla mientras Adrián cuelga de unas cuerdas y otro hombre golpea su cuerpo, hiriéndolo y sacando sangre de él.*



Como no sé exactamente a qué lugar vamos. Decidí usar unos pantalones cortos negros, zapatillas y una blusa de manga corta rosa. Llevo el cabello recogido en una cola de caballo, poco maquillaje y lentes de sol. Empaco algunas cuantas cosas en un canguro negro con flores rosas, que amarro a mi cintura y me despido de mis bebés.

Adrián ya envió un mensaje avisando que estaba de camino en el auto de Leonardo. Saludo a Portillo y espero por el Corsa plateado. Cinco minutos después y se estaciona a mi lado. Adrián baja la ventanilla y me sonríe.

—Te ves divina... esos pantalones no están ayudando a mi resolución de no entrar en casa y desnudarte.

—¿Casa o cita? —Finjo pensar muy seriamente esto mientras subo al auto—. ¿Después de la cita habrá sexo?

—La pregunta ofende, sabes que no puedo dejar de tener mis manos sobre ti.

—Entonces resistiré a la cita. Todo por una buena causa.

Se ríe y me mira con diversión. —Qué sacrificio el tuyo.

—De todas formas, siempre tenemos un auto y deben existir por ahí algunos caminos solos y apartados.

Su sonrisa se incrementa y se inclina para darme un beso. —Amo la forma en la que piensas.

*Amor... Jesús.*

—Ídem.

Permanecemos mirándonos el uno al otro por un solo segundo. Estoy dispuesta a preguntar por lo de ayer y cuando abro mi boca para hacerlo, Adrián cambia de tema.

—¿Llevas protector solar? Es probable que lo necesitemos.

—Sí —suspiro por la oportunidad perdida—. Todo está aquí.

—Movámonos, entonces.

## Adrián

Me río de la expresión de Yuliana. Tenía razón cuando dijo que probablemente no le gustaría mi cita o se asustaría.

Creo que no le gusta y está asustada.

—¿Un campo de tiro? —chilla, mirando como un ciervo asustado, todo alrededor—. ¿Este es tu plan de diversión?

—Sí. Vamos a patear algunos traseros.

—Sabes que yo no tengo idea de como disparar —dice, sus ojos se abren y se oscurecen cuando recuerda ese día en el baño y a Pedro.

—Nena, quiero enseñarte a defenderte. Será divertido.

—¿Y si lastimo a alguien?

—No pasará, confía en mí.

Asiente y la llevo dentro. En la recepción nos reportamos, firmamos los permisos, entregamos nuestros documentos de identidad y nos equipamos por completo.

—Esta es una Glock 25 calibre 9mm. Semiautomática —Abro el estuche y le enseño la pistola negra—. Es ligera y fácil de sostener.

Resopla y me da una mirada. —Un arma para chicas.

—No exactamente. Es un arma fácil de cargar por lo que te permite manipularla con más agilidad. Esta arma te permite defenderte, si alguien viene por ti, es preferible que tengas un arma que puedas sostener y disparar.

Además, dado el caso una de tus manos está inmovilizada, podrás usar la otra para disparar el arma.

—No me gusta mucho la idea de tener un brazo incapacitado —dice con temor.

—Nena, sólo son suposiciones.

—¿Crees que corremos peligro? —susurra, noto como su cuerpo se estremece por la idea—. ¿Te han dicho algo sobre el caso y por eso quieres que aprenda a disparar? —Su rostro se drena totalmente y pregunta con pánico—. ¿Nos han encontrado?

—No —miento parcialmente—, pero quiero prepararte para cualquier situación a futuro. Un atraco, ataque, invasión a tu casa... cualquier cosa que te ponga en peligro. También me gustaría que tomes clases de defensa personal. No vivimos en un vecindario extremadamente peligroso, pero la mierda sucede.

—No lo sé... no me veo en esas.

—Te defendiste muy bien ese día en el baño, no estoy seguro si fue sólo suerte o qué mierda, pero no quiero que se vuelva a repetir ni que haya posibilidad alguna que no puedas defenderte. No podré estar contigo 24/7.

—Me estás poniendo nerviosa, Adrián.

Suspiro y miro a mí alrededor, veo a varias mujeres practicar tiro y cambio de táctica. Me acerco a una de ellas y le pregunto por qué está aquí. Su respuesta es exactamente la que busco, así que le pido que por favor me ayude con mi esposa.

—Hola soy Emilia —La mujer mayor le sonrío a Yuli que le devuelve el saludo nerviosa—. Me dice tu esposo que estás un poco temerosa de aprender.

—Sí, es sólo que no me gusta... las armas son peligrosas.

—Son peligrosas cuando no se usan con el debido cuidado o cuando la intención de quien la porta es mala.

*Sonrío, aprobando por completo las palabras de Emilia.*

—Pero... ¿y sí lastimo a alguien?

—¿Vas a apuntarle a todo el mundo?

—Claro que no.

—Eso está bien, si vas a apuntar a alguien es porque vas a disparar lo que quiere decir que esa persona debe haber hecho algo para merecer que dispires hacia su humanidad. Tal vez es una persona que está amenazando tu vida o la vida de otra persona. Las armas no sólo sirven para matar, también sirve de advertencia, si alguien intenta hacer algo indebido, puedes disuadirlo de seguir haciéndolo si ve que estás armada. —Hace una pausa y muestra una cicatriz n su brazo derecho—. Pero lo que realmente importa es que al poder disparar, al saber usar un arma con responsabilidad puedes defenderte de alguien que realmente quiere hacerte daño.

>>Si yo no hubiera sabido usar una cuando me atacaron mientras caminada de regreso a casa, lo más seguro es que ese violador en serie hubiera hecho conmigo lo mismo que con sus tres anteriores víctimas. Matarme y dejarme botada en un parque.

—Oh Dios —jadea Yuli, llevando sus manos a su boca—. Eso es horrible.

—Lo fue, tuve que luchar por mi vida, logré sacar el arma a tiempo, pero él ya había empuñado su cuchillo y me apuñaló el brazo. —Sonríe y se encoje de hombros—. Mala suerte para él que soy una chica ruda, ambidiestra y muy buena tiradora.

—¿Lo mataste?

—No, le volé sus tesoros, pero sigue vivo. Está cumpliendo su condena en una minúscula celda y debe usar una sonda de por vida.

Mi rostro se arruga consternado por la imagen del tipo y sus pobres nueces regadas en el suelo. Me estremezco imaginando el dolor y descubro a ambas mujeres divertidas por mi reacción. Creo que gruñí o algo parecido.

—Eso fue... muy esclarecedor, gracias. —Me vuelvo hacia Yuliana y sonrío—. ¿Lo vas a intentar?

Suspira resignada y asiente. —Vale, sólo porque me gustó la idea de volarle los huevos a un violador.

Detengo el paso que estaba dando hacia ella y frunzo el ceño. —No quiero a ningún jodido violador cerca de ti. Y más vale que no te creas *Batychica* y salgas por ahí a buscarlos. Si te enseño es para tu protección y seguridad “*por si algún día surge algo*” pero confío en que ese día nunca llegará.

Ambas mujeres se ríen, Emilia le guiña un ojo a Yuli y palmea mi espalda deseándome “*buena suerte*”. Resoplo y regreso a mi clase personalizada para Yuli.

—Lo primero que voy a enseñarte es el arma, debes aprender sus características, cómo funciona, cómo debes desmontarla, limpiarla y volverla a armas.

—¿Y cuándo voy a disparar?

—Cuando estés lista, y sepas si tu arma está en las condiciones para funcionar y serte útil.

Rueda los ojos y murmura algo ininteligible. —Está bien.

Procedo a enseñarle el arma, sus características, partes; cómo funcionan los tres seguros, de qué manera cargar y quitar el cargador, cómo se debe verificar si el arma está lista y es segura para desmontar... le muestro todo. Yuli aprende rápido, hago que repita cada ejercicio que le muestro varias veces. Lo absorbe todo y casi media hora después puede hacerlo sola.

—Muy bien. Recuerda siempre verificar si no hay un cartucho en la recámara y que el gatillo tenga el seguro. Esta arma tiene tres seguros, no lo olvides.

—Entendido.

—Tienes quince tiros. Quiero que escuches atentamente lo que voy a decirte a continuación, esto te libraré de pagar una condena por matar a tu atacante.

—¿Puedo ir a la cárcel si mato a quien lo intentó primero conmigo?

—Sí, desafortunadamente las leyes también se hicieron para defender a los criminales. Hay algo llamado sevicia, crueldad excesiva. ¿Recuerdas lo que sucedió con Pedro?

—¿El hombre que asesinó? —susurra y se estremece.

—Sí. Fue un sólo disparo, fulminante para él, lo cual es mala suerte de su parte, pero fue uno. Por lo que no se considera sevicia, ya que intentaste neutralizar a tu atacante, pero desafortunadamente fue mortal para el victimario y acertado para ti. —Tomo el arma y la miro a los ojos—. Si alguna vez alguien invade tu casa o intenta acercarse a ti con la intención de hacerte daño, puedes hacer uno o dos tiros de advertencia, muchas personas usan balas de goma o de salva en estos casos, pero si tiene balas reales, debes apuntar a algún punto cerca del atacante para dejarle claro que el arma es real y que estás hablando en serio, o se retira o lo vas a herir. Las balas de salva no matan, pero si pueden quemar o herir por el fognazo.

—¿Y si el atacante sigue acercándose?

—Puedes usar las balas reales, o si no tienes de salva y el sigue acercándose, procura sólo acertar tres disparos. Después de tres golpes se considera sevicia, a no ser que sean tiros de gracia.

—¿Tiros de gracia?

—Disparos en la cabeza, nuca o a quema ropa. Es decir, demasiado cerca de la persona. Un tiro de gracia asegura que tú estabas en ventaja sobre la víctima, por lo que si disparas justo en la cabeza y no hay evidencia de un forcejeo, pelea o algo; si no que, ya habías sometido al atacante pero decidiste dar el “último toque”, eso no se vería bien en tu defensa.

—Ya veo, debo apuntar a otras partes lejos de la cabeza.

—Nena, en el momento en que te encuentres en una situación como esa y el atacante se lance por ti, dispara, sólo dispara. Si son tres veces bien, pero sí el atacante ya está neutralizado, en el suelo o estés segura que no podrá hacerte daño, huye. No lo remates, no te quedes ahí, llama o busca a la policía y aléjate de él.

—Sí. Entiendo. —Respira profundo, sé que decirle esto le está trayendo muchos recuerdos malos, pero debo asegurarme que pueda defenderse, que si no estoy ahí para protegerla, ella pueda responder.

—Ahora te enseñaré a disparar. Si ya te has asegurado que la pistola está cargada, posiciónate delante de mí. —Lo hace, acerco su espalda a mi

pecho y extendiendo mis manos para poner el arma en las suyas. Quedamos frente a un objetivo a no menos de cuatro metros—. Abre las piernas un poco, como si estuvieras dibujando un ángulo de cuarenta y cinco grados, así, perfecto. —Tomo de nuevo sus manos y le enseñó la manera correcta de empuñar el arma—. La mano derecha se coloca hacia arriba en la pistola y la mano izquierda cubre el espacio disponible en el marco. No olvides el dedo que dará la orden al gatillo —susurro. Obedece y toma la pistola de forma correcta, pero no dejes pasar la piel de gallina que se dispara por todo su cuerpo—. De esta manera la presión se distribuye de manera equitativa entre ambas manos. La mano derecha es quien comanda el gatillo por lo que debe estar mucho más suelta que la mano izquierda, ya que ésta es la que da estabilidad al arma.

Yuliana rueda sus hombros y vuelve a tomar el arma, siguiendo mis instrucciones. Sonríe, orgulloso de su rápido aprendizaje y comprensión.

—La alineación de la mira es importante —Señalo la mira trasera y delantera—, éstas te permiten ser más asertiva con tu objetivo. Debes alinearlas recta con tu ojo dominante —Posiciona las miras sobre su ojo derecho—, perfecto. Curva un poco tus brazos, para que no queden tan rectos y el retroceso no afecte los huesos y sean los músculos quienes absorban. ¿Tienes el objetivo en la mira? —Asiente y le enseño el último y más importante paso—. Para jalar el gatillo debes asegurarte de sostenerlo de forma sistemática hacia atrás, hasta que quiebre el tiro. No retires el dedo, sólo déjalo correr hasta que escuches el clic y puedes volver a disparar. Si no es necesario, no cambies de posición al disparar.

>>Respira —pido cuando la siento temblar un poco—. Vuelve a enfocarte en el objetivo, alinea las miras y cuando estés segura, hazlo.

Un segundo después, Yuliana dispara. Retrocede sólo un poco ya que ha seguido mis instrucciones al pie de la letra. Se queda quieta mirando hacia el blanco. Salgo detrás de ella y me paro a su lado, noto entonces la pequeña sonrisa en sus labios y el brillo de emoción en sus ojos.

—Le di.

—Así es... es un buen tiro.

—¿Podemos hacerlo de nuevo? —pregunta esperanzada.

Levanto mis cejas y se sonroja. —Lo haremos de nuevo, ahora necesito que dispires más de una vez, ¿vale?

—Sí, puedo hacerlo. Vamos a patear traseros —se ríe. Niego con la cabeza y la sigo.

*Creo que he creado un monstruo.*

## Yuliana

Esta vez soy yo quien despierta a Adrián con el desayuno en la cama.

Pero antes del desayuno, yo tomaré un antojito.

Dejo la bandeja con el desayuno sobre la mesita de noche, y me adentro bajo las sabanas. Adrián está profundamente dormido, por lo que bajar su pantalón de pijama y bóxer es sencillo. Su pene, que se encuentra semi-erecto sale libre. Lo tomo, sintiendo como se contrae y como su cuerpo se sacude levemente, levanto un poco la sabana para verificar que aún sigue dormido. Lo hace. Sonrío para mis adentro y, deleitándome con la vista de su polla, la tomo y la llevo hasta mis labios. Mi lengua sale para lamerlo y lo escucho sisear, alejo la sabana de nosotros y compruebo que siga con los ojos cerrados.

Me aventuro y tomo más de él, moviendo mi lengua y ayudándome con la mano. Lo acepto, no soy de esas mujeres que pueden llevarlo todo dentro, y mucho menos cuando es así de grande y gruesa, por lo que lo que no puedo saborear con mi boca, lo estimulo con mi mano. Un gemido sale de sus labios y choco los cinco para mis adentros, sigo subiendo y bajando sobre él, sin dejar de ver sus ojos. Inconscientemente, sus manos van a mi cabeza y abre sus ojos cuando enreda sus dedos en mi cabello, gimo por la intensidad de su mirada y el surco en su frente.

—Cristo, despertar así... —Succiono con más fuerza y gime de nuevo —, nena.

Continúo mi asalto disfrutando la forma en la que sus manos se aferran

a mi cabello, como su cuerpo se tensa, sus caderas se levantan hacia mi boca, como sus ojos llenos de deseo, lujuria y amor brillan hacia mí.

Me encantan los sonidos guturales y salvajes que deja escapar de sus labios, el surco que se dibuja en su frente confirmando el placer que está experimentando, o cuando sisea mi nombre y deja caer su cabeza hacia atrás porque está tan cerca de caer, de terminar dentro de mi boca.

Tira de mi cabello, pero no me alejo. —Nena estoy cerca.

—Mmm —gimo y sé que la vibración lo lleva al borde, succiono más fuerte, gruñe y se corre dentro de mí. Lamo, chupo y lo bebo todo.

El sexo oral con Adrián es tan excitante, puedo sentirme a mi misma palpitar en necesidad y sé que estoy húmeda y lista. Me aleja cuando mis lamidas son demasiado contra su sensible carne. Su pecho se mueve agitado y una sonrisa se dibuja en sus labios. Me mira y le sonrió guiñándole un ojo.

—Buenos días.

Levanta sus cejas y suspira. —Son unos “muy buenos” días.

Muerdo mi labio, me levanto y tomo la bandeja de la mesa. —Te he preparado el desayuno.

—Dios, esto mejora cada vez, ¿qué he hecho para merecer este regalo? —murmura mirando hacia las tostadas, los huevos revueltos, las fresas y banano picado, con el café en leche.

—No lo sé, ¿ser un buen esposo y cuidarme?

—¿Podemos repetir esto? Porque quiero tener un poco de ti en mi boca.

—Podemos solucionarlo, ahora, a desayunar.

Se endereza y recuesta su espalda contra la pared del cabezal. Y abre sus piernas para que me siente entre ellas, dándole la espalda. Lo hago y acomodo la bandeja entre mis muslos. Tomo un poco de fruta en el tenedor y la llevo hacia atrás, a su boca. Niega y me arrebató el tenedor para dejarlo en el plato, aleja la bandeja y la pone a un lado. Lo miro sobre mi hombro, confundida.

Sonríe y desciende sus labios hasta mi cuello, sus manos buscan la piel de mi estómago bajo mi blusa del pijama. Ladeo mi cabeza para darle más

acceso a sus labios, y dejo que mis manos descansen sobre sus muslos extendidos a mí alrededor.

—Tú ya obtuviste lo que querías de mí, ahora yo obtendré lo que deseo de ti —susurra, enviando un escalofrío por todo mi cuerpo. Los vellos de mi piel se erizan y mis pezones se irguen, invitándolo a tocarlos.

Pero Adrián tiene otros planes, y no es dirigir sus manos hacia el norte. Descendiendo, se meten bajo la pretina de mi pantalón de pijama y mis bragas; una de ellas empuja suavemente mis piernas incitándolas a abrirse para él, lo hago. En una posición de buda, le permito el acceso a mi parte sensible. Adrián traza mis pliegues suavemente, mientras su boca muerde mi cuello. Las sensaciones que se pelean en mi cuerpo hacen que todo dentro de mí vibre. Su dedo busca mi clítoris y lo estimula, gimo y aferro mis manos a sus muslos, enterrando mis uñas en su piel. Me remuevo cuando la sensación de su dura carne presionada en mi espalda y sus dedos en mí, es demasiado.

Se detiene un momento y muerde el lóbulo de mi oreja.

—Adrián —gimo y se estremece.

—Di mi nombre, el real, por favor —suplica. Abro mis ojos y lo miro por encima del hombro.

—Iván —susurro

Introduce dos dedos de una, sin aviso, dejando de que su palma me frote justo ahí, vuelve a morder mi cuello, alternando entre lamerlo, chuparlo, decirme palabras sucias y volver a morderlo... y entonces lo pierdo.

Me vengo fuertemente, gritando su nombre.

No el nombre de Adrián, sino Iván. Su verdadero nombre.

Grito tan fuerte que los perros ladran tras la puerta de la habitación, y siento como mi garganta arde.

—Jesucristo —grazno, una vez logro salir de la niebla lujuriosa.

—No, nena, me llamo Iván.

—Lo sé, lo sé. —Le sonrío y él me mira con los ojos cargados de tantos sentimientos que me siento abrumada.

—Te amo, Juliana.

Jesús. El ha dicho mi nombre, mi verdadero nombre. Me siento tan... ni siquiera sé lo que siento en estos momentos, pero estoy segura de que es algo grande. Mi pecho se comprime y me falta un poco el aire. Mis ojos se humedecen y mi cuerpo empieza a temblar.

*Él me ama a mí, a la verdadera yo.*

*Esto ya no se siente como un juego.*

—También te amo, Iván.

Mi confesión rompe algo dentro de él, porque se lanza por mí de inmediato.

Me mueve en la cama, dejándome de espaldas, toma mi boca con la suya y tira de mi ropa. Me besa, me acaricia, me consiente y me desnuda, totalmente. En pocos minutos estamos piel con piel, persuade a mi cuerpo para desear y tomar el suyo, se introduce en mí centímetro a centímetro, lento y seguro, sin dejar de mirar a mis ojos mientras lo tomo. Cuando por fin está todo dentro de mí sonrío, es una sonrisa que me deja sin aliento, está cargada de amor y de promesas, promesas que espero podamos cumplir una vez que este juego peligroso se acabe.

Empieza a moverse, a reclamarme, a marcarme como suya. Jadeo, gimo y él devora mis labios, al igual que mi cuerpo... y cuando ambos llegamos al clímax, son nuestros nombres, los reales, los que gritamos en deliciosa agonía.



Pasamos la mayor parte del día en la cama. Nos levantamos sólo para lo necesario, como alimentarnos, sacar a los perros y ducharnos; pero regresamos a nuestro nido de amor cada vez y nos permitimos disfrutar el uno del otro, amándonos sin reservas.

Iván me repite una y otra vez que me ama, y yo le respondo lo mismo. Nos besamos, nos amamos, nos deleitamos y nos hacemos el amor. Para cuando cae la noche estamos demasiado agotados, y antes de que el reloj marque las ocho, ambos ya estamos profundamente dormidos, pero satisfechos.

## Adrián

—Esto es para ti. —Dejo el estuche negro sobre la mesa del comedor, Yuliana me mira confundida. Sonríó y le pido que lo abra.

—¿Un arma? —chilla—. ¿Por qué estás dándome un arma?

—Porque quiero que tengas algo con qué defenderte.

—Dijiste que no iba a pasarme nada aquí.

*Lo hice, pero la mierda está más jodida de lo que pensamos. Hoy perdí a otro compañero y tengo miedo de perderte a ti también.*

—Lo dije, pero sólo quiero estar más seguro de que nada te ocurrirá.

—¿Dándome un arma?

—Asegurándome que tienes con qué defenderte.

—Me estás asustando, ¿ha pasado algo?

*Sí, el jodido novio de tu mejor amiga es uno de los lavaperros de Urrego. Y esa mejor amiga desapareció ayer.*

—No. no pasa nada cariño. —Me acerco y la atraigo a mi pecho. No sé como pasó esto, pero entre juego y juego a la casita, me enamoré de mi esposa falsa. De la chica que representa a Yuliana. Me enamoré de *Juliana Sánchez*. Profundamente.

—¿Qué se supone que haga con esto? —Señala la Glock 25 que le compré a Humberto.

—Guárdala en un lugar donde puedas acceder fácilmente a ella.

Me mira, pensando en dónde podría guardarla. Suspira, y dirige sus ojos hacia el arma, con duda, pero la toma y la lleva a la cocina. Abre el cajón donde guardamos el alimento de los perros y la esconde tras uno de los bultos de comida.

*No sé si ese sea un buen lugar, pero la dejaré hacerlo así.*

—Vamos —digo, me mira confundida y sonrío—. Quiero que mi esposa y yo tengamos una noche divertida.

Las dudas y aprehensión de antes desaparecen y sus ojos se iluminan.

—¿Qué tienes en mente?

—Tengo pensado hacer algo extremo pero divertido.

—¿Extremo? Creo que esto ya no me agrada tanto.

—Aww, vamos nena, quiero que nos divirtamos.

—No sé como es que la palabra “extremo” se relaciona con diversión.

—Ven conmigo y lo averiguarás.



—¿Qué es esto? —pregunta Yuli, mirando confundida y temerosa alrededor del lugar.

—Un gimnasio.

—Esto no luce como un gimnasio para mí, más bien como una ciudad en ruinas, donde muchos grafiteros y pandilleros dejaron su legado.

—Es un gimnasio de Parkour.

—¿Par... qué?

Niego con la cabeza y la tomo de la mano, llevándola hasta los vestidores para que se cambie.

—Parkour es un deporte de desplazamiento sobre obstáculos. —Sigue

confundida, en ese momento, uno de los chicos inicia su ejercicio y lo señalo para que Yuliana lo vea.

El chico realiza varios saltos, llega hasta uno de los obstáculos más altos (un balcón improvisado) y salta. Yuli chilla y tapa su boca, aterrada. El chico sigue como si nada, saltando hacia una viga y sosteniéndose de una baranda para continuar saltando obstáculos.

—¿Qué demonios? ¿Acaso está loco? —grita. Me rio entre dientes y le ayudo a amarrar sus zapatillas.

—No, no lo está. Vamos, tienes que practicarlo, es divertido.

—¿Cómo los sabes?

—Porque en casa, en Monte Nevado, lo practicaba.

—Oh. ¿Y eras bueno?

Me encojo de hombros. —Algo.

—No creo que yo pueda hacerlo.

—Es divertido, vamos. —Sus pies se pegan al suelo y me rio—. Prometo llevarte a comer el helado más grande si me dejas enseñarte.

Eso capta toda su atención. Endereza sus hombros y me mira con un brillo soñador en los ojos. —¿El más grande?

—Sí.

—Bien, pero no me dejes morir antes de probar el helado más grande.

Ruedo los ojos y la llevo conmigo.

Al principio, cuando intento pequeños obstáculos con ella se niega, pero una vez que salta algunos, es imparable. Yuliana se cree con la energía y capacidad de volar como Superman. Sabía que esto le gustaría, ella disfruta ver *Guerrero ninja americano* y se emociona con los participantes.

La correteo un poco y apostamos quién puede alcanzar a quién. Es obvio que no tiene oportunidad conmigo, pero la dejo ganar de todos modos. Ella lo sabe y sólo por eso, soy recompensado con muchos besos. Prácticamente devora mi boca en medio del gimnasio. Nos ganamos varios silbidos y comentarios, algunos me dan ganas de arrancarles las pelotas a

quien lo dijo, pero Yuliana sólo se encoje de hombros y vuelve a besarme.

Agotada por la actividad, la llevo por el jodido helado como se lo prometí. Una vez en la heladería que me recomendó Felipe, pedimos el enorme vaso galleta de helado. Yuliana sólo puede con tres de las siete bolas. Las otras se derriten y termino por beber una jodida malteada de mil sabores.

De regreso a casa, la beso y llevamos a los perros por un paseo nocturno. Caminamos unas cuantas cuadras, bromeando y hablando de todo y nada. Cada pocos minutos me detengo para besarla, y a ella parece encantarle, pues recibe cada beso con una sonrisa. Volvemos al apartamento y nos atrincheramos en la cama, despojándonos de la ropa y besándonos hasta el cansancio.

*O hasta quedar saciados el uno del otro.*

## Yuliana

*Estoy rendida.*

Quiero encontrar una cama, sofá, banca, suelo limpio... pronto.

Muero de cansancio. Hemos estado de compras toda la jodida mañana, buscando el atuendo correcto para Felipe. Hoy tiene su primera cita formal con un chico.

*Un chico con el cual no ha tenido sexo.*

A todas nos sorprendió. No es que critiquemos a Felipe, pero Dios sabe que ese chico piensa primero en el sexo y luego en tomar un café o preguntar el nombre del cuerpo que duerme a su lado después de una noche desenfundada.

*Algunas veces ni siquiera sucede en la noche.*

Felipe no perdona oportunidad para... el placer. Y eso lo dice él, literal.

Nunca imaginé que salir de compras con un hombre fuera tan complicado, pero lo es, especialmente si ese hombre es tan vanidoso y tan *diva* como Felipe.

¿Me arrepiento de haber dicho que sí?, un poco.

Ha sido divertido, es sólo que mi cuerpo realmente está muy agotado. Los últimos días he tenido mucho “ejercicio físico” con Adrián, sumado a ello el trabajo, la casa, los perros, las salidas con mis amigos y ahora esto...

*Necesito setenta y dos horas de sueño.*

—¿Qué les parece esa chaqueta de cuero? —murmuro al ver la prenda masculina. Hace dos días descubrí que Iván cumple años mañana. Adrián cumplió hace cuatro meses. Pero de todas maneras, quiero darle algo por su cumpleaños, porque mañana es un año más de vida de Iván, y él es Adrián. Sin Iván no existiría Adrián.

—¡Es divina! —chilla Felipe y se lanza por ella. Lo intercepto y la tomo para mí—. No es para ti, la quiero para Adrián.

—Oh —murmura decepcionado—, me encantó. Mi cuerpo luciría totalmente comestible en eso.

—Según tú, tu cuerpo luce comestible en casi todo —murmura Isabel rodando sus ojos.

—La envidia es mejor despertarla que sentirla. —Felipe se cruza de brazos y fulmina a Isabel con la mirada.

—¿Envidia yo?, ¿de tu flaco y soso trasero?

—Auch —jadeo, Adriana empieza a reír cuando la boca de Felipe se abre.

—Estás buscando que te revuelque y trapee el piso de este centro comercial contigo.

—Inténtalo.

—Bien, eso es todo. —Golpeo a Felipe en el brazo, le envía una mirada a Isabel que nos hace reír a todas—. Será mejor que busquemos tu atuendo para hoy.

—Tengo que verme fantabuloso. Que Frank desee quedarse con este *culo flaco* por un largo tiempo.

Adriana, Isabel y yo compartimos una mirada. Aunque Felipe no lo haya dicho, sabemos que realmente le gusta este chico. No lo conocemos, sólo sabemos que es el hermano de un viejo amigo de Felipe. Se encontraron por una aplicación para citas en línea y ambos reconocieron sus fotos de perfil. Empezaron a hablar hace una semana y por fin han decidido tener una cita.

Después de encontrar el atuendo perfecto y de pagar por la chaqueta de

Adrián. Vamos al salón para arreglar a Felipe y aprovechamos para hacer lo mismo con nosotras. Adriana saldrá con Leonardo, su relación va viento en popa y después de que Felipe sacó, a las malas, información sobre la noche que pasaron juntos, Adriana confesó que la sequía terminó, y acabó de la manera más increíble posible. Le sacudió su mundo.

Cuando por fin estamos listos, acompañamos a Felipe a su apartamento para ayudarle con los últimos detalles para su cita. Las tres chicas tomamos la oportunidad para burlarnos de él por lo nervioso que está. Es un poco extraño y adorable verlo tan entusiasmado con este chico.

Hablamos y reímos por un rato hasta que Frank llega, soy yo quien abre la puerta para él, encontrándome a un encantador hombre maduro y sexy. Lo dejo pasar y al cabo de unos minutos, ha conquistado el corazón de todos. Las tres chicas le damos una mirada de aprobación a Felipe, cuando se marcha con él. Me despido de las chicas y regreso a mi apartamento para preparar algo rápido para la cena, Adrián llegará dentro de una hora.



Estoy cortando las salchichas, y dando una de ellas a Bonnie cuando mi teléfono suena. Frunzo el ceño ante el número desconocido.

—¿Hola?

—¿Juliana? —Dejo caer el cuchillo al escuchar mi nombre en el teléfono.

—Uh... lo siento, está equivocado...

—Juliana soy yo, John. Es sobre Silvia.

Mi cuerpo se sacude al reconocer la voz del estúpido novio de mi mejor amiga al teléfono.

*¿Cómo demonios consiguió este número? ¿Qué demonios está pasando? ¿Cómo me encontró?*

Y si él logró encontrarme... *¿Qué pasa con Silvia que está llamándome?*

Permanezco en silencio por lo que logro escuchar el leve temblor en su voz al decir las siguientes palabras:

—Alguien se la llevó. —Toma una respiración entrecortada y continua —: dijeron que tú te habías contactado con ella y dejaron este número con la orden de que te llamará... no sé quienes son. Tenían armas, estábamos en casa viendo una película y llegaron de todas partes —solloza y llevo mis labios temblorosos a mi boca, mis rodillas flaquean y debo recostar mi espalda contra la pared—. Dijeron que estabas viva, que podría encontrarte en este número. Tienes que volver Juliana, ellos van a lastimarla, ¿entiendes? Le harán daño por ti.

—Jhon yo... no...

—¿Quieres que la asesinen por tu culpa?, ella es tu mejor amiga, es inocente. No sé qué mierda hiciste, pero esos tipos realmente van a lastimarla.

—Oh Dios mío... no sé que hacer. ¿Cómo es que me encontraron?, por Dios. Se supone que nadie lo sabía, nadie conocía mi existencia o mi paradero, el DNIC se asegura de eso...

—¡Eso que importa! —estalla y me sobresalto—. Van a matarla y dijeron que si no venías luego de acabar con ella seguirían con tus padres. No se van a detener.

*¿Mis padres?*

*Oh Dios mío, mis padres.*

Van a asesinarlos. No puedo permitir eso, no puedo perderlos para siempre, no puedo permitir que les hagan daño. No.

Esos hijos de puta me descubrieron, saben que estoy viva, tienen mi número... *¿cómo es que tienen mi número?* Yo no he llamado a Silvia, no me he puesto en contacto con ella...

*La noche que respondí a su mensaje de Facebook.*

*Mierda.*

Tenían mi cuenta hakeada. Estaban esperando que me contactara por allí, pero ¿cómo lo sospechaban? Se supone que enterraron mi cuerpo... en realidad, el cuerpo de una chica parecida a mí.

—... ¿Entiendes?, no puedes decirle a la policía, a nadie, los matarán si ven una luz roja y azul o si no te presentas sola. Toma el primer vuelo. Debes venir a casa de Silvia dentro de las siguientes dos horas. Creo que están vigilándome. Sólo dijeron que una vez que tú aparecieras la dejarían ir. ¿Vas a venir verdad? ¿Por favor? —susurra y mi corazón se parte.

Sé lo que sucederá si voy, me matarán.

Pero si no voy, matarán a Silvia, a mis padres a Mafe... si ya encontraron mi número, bien podrían llegar aquí en cualquier momento. Debo avisarle a Adrián.

—E-está bien. Iré. Diles que iré, que no le hagan daño a Sil, ella no tiene nada que ver en esto.

Suspira aliviado y murmura—: Gracias.

No respondo. No puedo hacerlo. Termino la llamada y marco el número de Adrián. Él sabrá que hacer, apuesto a que él lo sabe. Su teléfono timbra y timbra, pero no responde. Al tercer llamado empiezo a desesperarme.

*¿Y si algo le ha pasado?*

Empiezo a entrar en pánico. Si me encontraron, deben saber que estoy con Adrián.

Mi teléfono vibra con un mensaje de él.

***Estoy ocupado nena, me retrasaré un poco. Espérame despierta, debemos hablar. Te amo.***

Gruño y vuelvo a marcar su número, lo que yo tengo que decirle es más importante. No responde. Empiezo a pasear por la sala, tirando de mi cabello e intentando pensar que hacer.

*El teléfono de emergencia. Ahí está el número de Jiménez.*

Busco el maldito aparato en el cajón donde se supone debe estar, pero no lo encuentro. Adrián debe tenerlo.

—¡Maldita sea! —grito— ¿Qué hago, qué hago?

Mi teléfono vuelve a sonar con un mensaje, lo abro rápidamente pero no es Adrián, es otro número desconocido, diferente al que me llamó John. El mensaje no trae ningún texto, pero sí una foto adjunta de mis padres. Mis pobres padres sentados en la puerta de casa, tomando chocolate. Es el ritual que hacíamos después de cenar. Siempre reíamos y bromeábamos, pero en esta foto ellos se ven apagados, tristes, dolidos.

—Jesús —susurro cuando por fin un texto aparece.

*Ellos son los siguientes.*

Tengo que hacer algo, no permitiré que lastimen a mis padres. Ni a Silvia.

Tomo el teléfono y le dejo una nota de voz a Adrián, llamo a Adriana e Isabel para que cuiden de mis perros, dándoles una excusa que se creen sin dudar, tomo algunas cosas que necesito y las empaco en el pequeño bolso que cuelgo sobre mis hombros.

*Es hora de enfrentar a mis demonios.*

## Adrián

Froto mis sienes por enésima vez.

Esto está tan jodido. El dolor de cabeza por la tensión y el estrés está afectándome. No puedo creer que esto esté pasando.

—Pero, ¿están seguros que fue ella?

Alex suspira y masculle de mal humor—: Sí, el registro de la señal de la red móvil es la del teléfono de Yuliana.

—Mierda. ¿Qué mierda estaba pensando? —gruño y vuelvo a frotar mis sienes—. ¿Por qué me lo comunican sólo hasta ahora?

—Porque apenas lo descubrimos.

—¿Quién lo hizo?

—Ramírez, el fue quien descubrió a la chica.

—¿Cómo demonios pudo exponerse así?, tendré que hablar con ella. —Miro a Humberto, tomando su whiskey y contando fajos de billetes delante de mí. Debo decir que me sorprendió cuando me llamó y dijo que viniera aquí rápido—. ¿Sobre lo otro?

—Nada aún. Sin embargo, Pérez y Henao encontraron un rastro de accesos a los archivos de tres de mis agentes.

—¿Jillian, Jason y yo?

—Así es.

—Tienen que encontrar a ese jodido topo. No podemos perder a más de

los nuestro.

—Martha ya fue extraída y llevada a un lugar seguro, su esposo y su hijo igual.

—Bien.

—Le he pedido a Humberto que ponga a unos cuantos hombres de confianza a tu disposición para que cuiden tu espalda. No serán informados de lo que realmente pasa, Humberto les dirá alguna excusa de mierda convincente.

No me gusta la idea pero acepto. Terminó la llamada con Alex y suspiro. Las cosas sólo se ponen cada vez mejor. Yuliana ha puesto en peligro nuestra cubierta. Debo hablar con ella.

Busco en mi teléfono y veo que volvió a llamarme después de que le enviara el mensaje y que tengo una nota de voz de su parte, de hace más de una hora.

—*¡Adrián, me encontraron!* —dice y me congelo de inmediato. Miles de escenarios pasando por mi mente en estos momentos—. *John me llamó, se llevaron a Silvia y pidieron que me encuentre con ellos en su casa o de lo contrario la asesinarán y luego a mis padres. Me enviaron una foto de mis padres, los tienen vigilados. Tengo que ir. Estaba llamándote para pedirte consejo, para que les digas a tus amigos policías lo que está sucediendo, pero no respondías.* —Maldigo y miro a Humberto, creo que debo estarle diciendo todo en mi mirada pues se levanta inmediatamente y toma su teléfono. Empiezo a temblar—. *Sólo me dieron un par de horas, estoy tomando un vuelo ahora mismo. Tengo que ir, Adrián, no puedo permitir que les hagan daño, no por mi culpa. Lo siento. Te amo.*

—¡Mierda! —gruño y me contengo de golpear el teléfono contra la pared. Humberto empieza a hablar por su teléfono y a ordenar que vayan a mi casa, marco el número de Yuliana pero está apagado. Llamo a Alex—. La encontraron.

—¿Qué? ¿Cómo? Hicimos control de daños.

—No tengo idea, acaba de enviarme un mensaje. El puto novio de su amiga, John Osorio, la ha llamado. Ella va hacia ellos, los cabrones la han

amenazado y manipulado con su familia. Envía gente al apartamento de Silvia y a casa de los padres de Juliana.

—Entendido, nosotros nos encargamos. Quédate con Humberto.

—No me pidas que me quede aquí cuando mi esposa está caminando hacia una muerte segura —escupo al teléfono y empiezo a salir del lugar, dos hombres de Humberto me acompañan.

—¡No es tu esposa de verdad! —grita Alex, y escucho que se está moviendo y ordenando a los demás—. No vas a arriesgarte, nos encargaremos de buscarla a ella, tenemos vigilado a John Osorio. Llegaremos a ella antes que ellos a nosotros.

Alcanzo la salida, la ira está consumiéndome por completo. Voy a acabar con esos hijos de puta si le hacen daño a Juliana y luego voy a darle unas cuantas nalgadas a ella por ponerse en peligro.

—Estás loco si crees que me voy a quedar. Voy por ella.

—¡Maldita sea Iván! No puedo arriesgarlos a ambos. Te ordeno que te quedes donde estás.

—Ya sabes que puedes hacer con tus putas órdenes. —Termino la llamada y me detengo cuando veo a Humberto bloquear mi camino hacia un auto—. No quiero patear tu culo delante de tus hombres. Voy a ir y traer a *mi* mujer a casa, sana y salva, y pasaré por encima del que sea.

Humberto sonrío y extiende un arma hacia mí. —No voy a impedir que vayas por ellas. Sabía que había algo más entre ustedes. —Mira a los hombres que me escoltaron a la salida y les hace una seña—. Llévate a estos dos. Tienes un vuelo que tomar. Ve por ella, trae a mi sobrina a casa.

Asiento y miro a los cuatro hombres a nuestro alrededor, no sé si acabo de volar nuestra cubierta aquí.

—Son de confianza, saben que sigues siendo mi sobrino y que estás metido en un asunto serio. No preguntarán y no necesitarán saber nada más que aquello que estoy diciendo. Seguirán tus órdenes.

Miro a este hombre y tomo una respiración profunda. Desde el mensaje de Yuliana, un peso se ha asentado en mi corazón y duele. Me duele

profundamente el pecho. Nunca en mi vida he sentido tanto miedo como en estos momentos, ni siquiera cuando estuve a punto de morir. Necesito recuperarla, traerla aquí y ponerla a salvo. Luego voy a azotar su culo por ponerme en esta situación y hacerme sentir de ésta manera.

—Gracias.

Me subo al auto seguido de los otros dos hombres. Elías y Ernesto. Vamos primero a casa, al entrar me encuentro con el lugar solo. Los perros no están. Verifico que ella haya estado sola aquí y que no se la hayan llevado a la fuerza. Todo está normal, a excepción de las salchichas del mostrador sin terminar de ser cortadas y la pasta reposando en la olla. No hay rastro de forcejeo ni nada. Busco el arma que compré para Yuliana y sólo encuentro el estuche vacío.

—Joder, se llevó la puta arma. —Será asesinada una vez que se presente.

Me alejo del lugar lo más rápido posible y voy al aeropuerto. La avioneta está esperando por mí. Es el vuelo más largo de toda mi vida.



—Te dije que permanecieras lejos de aquí —gruñe Alex, empujándome hasta el auto.

Apenas bajamos de la avioneta fuimos interceptados por Alex y su equipo. O mejor dicho mi equipo. Ahora estamos siendo retenidos en un hangar dentro de la propiedad del aeropuerto.

—Sabes que no iba a hacerte caso.

—Nosotros nos encargaremos, el que estés aquí lo complica todo.

—¿Dónde está? —siseo. Mi mejor amigo y jefe desvía su mirada y mi corazón se detiene por un segundo—. ¿Qué sucedió? ¡Dime!

—John está muerto. Lo encontramos dentro del apartamento con un

disparo en la cabeza.

—¿Y Juliana?

—No está. Su bolso, sin embargo, estaba desparramado por el suelo junto al cuerpo. —Cierra su boca y el músculo de su mandíbula trabaja mientras la aprieta. Sus ojos huyen de mí y sé que hay más.

—Dilo.

—Hubo una pelea, dentro del apartamento. Creemos que intentaron llevarse a Juliana por la fuerza y ella luchó..., bastante.

—Hijo de puta.

—Eso no es todo. Silvia estaba dentro del apartamento, drogada y semidesnuda, es probable que haya sido atacada sexualmente. También encontramos el teléfono de John en la escena, descubrimos el número de uno de los hombres de nuestra unidad dentro de sus contactos, mensajes y llamadas recientes. Se comunicaban y alertaban entre sí.

—El topo. —Miro a todos alrededor y me doy cuenta que hace falta una persona en el equipo. Una persona que, por ser de nuestros mejores y más confiables hombres, tenía acceso a todos nosotros y nuestras operaciones —. Ramírez.

—Así es, lo tenemos atrás. Le quitamos el teléfono y hemos comprobado todo, incluso otros números y llamadas de hace no menos de una hora. Pudimos rastrear la señal hasta la zona montañosa, por el norte. —Suspira—. No tenemos el punto exacto, y son más de trece kilómetros de montaña y vegetación.

—Él debe saber —froto mi cuello y flexiono mis hombros—, déjame a mí, le sacaré el lugar. Tenemos una hora antes de que Juliana llegue, ¿ya los enviaste?

—Sí, tenemos hombres dirigiéndose hacia la señal y hay otros siete custodiando a sus padres. Procede, sácale a ese hijo de puta la información. No damos una mierda por él, cubriremos tu espalda. —Suspira y agacha su cabeza pensando exactamente lo mismo que yo. Uno de los nuestros nos enterró el puñal por la espalda—. El pájaro está listo, sólo termínalo.

Asiento y camino hasta la parte trasera del hangar, donde hay un pequeño cuarto. Los hombres de Humberto permanecen custodiando el perímetro junto a los otros cinco hombres de la unidad.

Sus ojos van inmediatamente a mí cuando abro la puerta. La rabia que tenía controlada antes, surge y sé que él puede ver cuanto deseo triturar sus huesos. Sus ojos se abren y un suspiro escapa de sus labios.

—Yo...

—A menos que estés dispuesto a decirme a dónde se dirigen exactamente con Juliana, puedes hablar, el resto de la mierda que quieras decir lo puedes hacer cuando vengan por tu culo rastrero. —Me cruzo de brazos frente a él, fulminándolo con la mirada y demostrándole mi repudio y desprecio por él.

—Lo siento. —Su cabeza cae hacia atrás por el impacto de mi puño. Escucho el chasquido del hueso y su nariz empieza a gotear como llave.

—Te dije que no quiero tu mierda. ¡Dime donde está ella!

—No lo sé —jadea. Escupe un poco de sangre en el suelo y levanta sus manos cuando me inclino hacia él.

—Mientes. Sabes a donde la llevan.

—No, no lo sé. Nunca he ido a ese lugar, mis ordenes las recibía por teléfono, o ellos venían a mí.

Estrecho mis ojos y me contengo de volverlo a golpear y tal vez noquearlo. Fuera de combate no me es útil. Este hijo de puta, —vendido, sapo de mierda— tiene que decirme dónde está *mi* mujer.

—Vas a decirme lo que quiero saber o juro por lo más sagrado que te dejaré peor que un colador, y vas a sentir cada uno de los agujeros que te haré. En este lugar nadie da una mierda por ti, y tú sabes perfectamente que puedo hacerte desaparecer sin que sospechen de nosotros. Nos has traicionado, nos vendiste, hay dos familias llorando a los suyos por tu culpa... ninguno de nosotros derramará una lágrima si no regresas, eres un topo y todos pensarán que has muerto en manos de aquellos a quienes nos vendiste. —Pongo mi rostro cerca al suyo, para que vea en mis ojos la verdad en mis palabras—. Habla, y continuarás respirando en alguna celda, calla y te

quedarás así para siempre. Y sabes que no hay amenaza que yo no cumpla.

—¡No lo sé! —grita. Gruño y busco mi cuchillo. Los ojos de Ramírez se abren, pero su boca dibuja una línea fina. Él está entrenado para esto, lo que me confunde e indigna es que prefiera proteger a esos hijos de puta, aunque no debería sorprenderme, él nos entregó. Qué más puede esperarse.

Me acerco a las herramientas que Alex, muy amablemente, dejó para mí y tomo el destornillador de estría. Levanto tanto el cuchillo como el destornillador y miro a Ramírez al gruñir—: Esto va a doler.

## Juliana

Mis manos tiemblan mientras alejo el teléfono de mi oreja. Miro a mí alrededor pero todo está tranquilo. Las personas aun están en sus trabajos o tal vez encerrados dentro de sus apartamentos y es por eso que aquí fuera está tan solo.

Hay una camioneta en el estacionamiento. Al parecer es de alguna empresa de telefonía, no puedo dejar de imaginar que esa es la camioneta donde están los hombres del tal Urrego, esperando por mí. Culpa a las películas de acción o a “La ley y el orden”, pero camionetas como estás son en las que raptan a las personas y las transportan.

Suspiro y sigo las indicaciones de John. Tomo los escalones lentamente, anticipando el ataque inesperado donde seré halada o raptada y luego desapareceré, pero no llega. Me detengo frente a la puerta del apartamento de Silvia y tomo una profunda respiración.

*Es probable que muera dentro de este apartamento, o que sea raptada.  
Una de dos.*

Antes de que siquiera toque la puerta, esta se abre y unos brazos me atraen hacia un cuerpo. Me tenso inmediatamente reconozco la horrible colonia que John usa.

—Hadita, lo lograste —susurra, demasiado entusiasmado, contra mi cabello. Trato de alejarme pero no me lo permite, me arrastra hacia dentro del apartamento—. No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Dónde está Silvia? —gruño cuando logro alejarlo. Sonríe, su

sonrisa es enorme y satisfecha, su cuerpo vibra de emoción contrariando a la imagen de un hombre desecho por el paradero incierto de su novia.

—Oh está en su cuarto —responde encogiéndose de hombros. Se aleja y se sienta totalmente relajado en el sillón de la sala.

Parpadeo y trato de procesar lo que acaba de decirme.

*¿No se supone que mi mejor amiga está secuestrada?*

Inmediatamente la sospecha se levanta dentro de mí. Trato de dar un paso hacia el cuarto de mi mejor amiga, pero antes de poder llegar a él, tres hombres salen de ahí.

A dos de ellos los reconozco, jamás podría olvidarlos. Uno es el hombre al que le disparé y el otro es el mastodonte que ordenó asesinarme.

—Eso fue fácil —gruñe divertido, el mastodonte.

El tipo al que le disparé me fulmina con la mirada. El último de ellos me mira como si fuera una mosca en su leche. Aunque probablemente él no tome leche, tal vez cianuro, camina hasta la puerta de salida y la bloquea con su cuerpo para evitar que escape por ella; justo lo que pensaba hacer.

—Les dije que lo era. —John se levanta de su lugar y se para al lado del mastodonte, creo que Iván lo llamó Brock.

—¿Tú me vendiste? —chillo y miro acusadoramente a John.

—No hadita, simplemente cumplí con mi trabajo, te traje a casa y te saqué de tu escondite.

Cada vello de mi cuerpo se alza. El miedo se desvanece pronto y da paso a una ira descontrolada. Me lanzo por John, golpeándolo con todo de mí.

—¡Siempre supe que eras un hijo de puta! —grito y aruño su cara. Él me empuja y caigo contra el suelo, pero me levanto rápido y vuelvo a por él —. Maldito infeliz, ¿qué le hiciste?

Alguien me toma por la cintura y me levanta del suelo, arrojándome contra el sofá, el bolso con el arma y mi teléfono cae a un lado. Mi cabello cubre mi rostro y pataleo para alejar a quien quiera tirarse sobre mí.

—Sigue siendo la misma fiera de siempre —escucho a Brock muy cerca de donde estoy—, y sigue teniendo unas tetas geniales. Creo que mi esposa se sentiría celosa.

—Mi hadita siempre ha sido salvaje.

Fulmino con la mirada a John y gruño—: “*Hadita*” mi culo. Y te queda demasiado grande decir que soy tuya.

—Pero pronto lo serás.

John le envía una mirada a Brock, el hombretón niega con la cabeza a la vez que dibuja una estúpida y malévolamente sonrisa en la cara. Un estremecimiento se cuele por mi cuerpo.

—Debemos llevarla, tengo demasiado ahora y Mario está impaciente por tener una audiencia con la chica.

—Ah vamos, pronto ella no necesitará aire —protesta John como un niño—. Déjenme al menos cumplir una de mis fantasías. He estado detrás de su culo creído por mucho tiempo, soportando sus desaires.

—Awww —musito fingiendo preocupación—, ¿necesitas terapia de grupo? ¿Buscamos las bolas que se te marchitaron y cayeron?

—Cállate. —Da un paso hacia mí, pero Brock lo detiene.

Ambos comienzan una discusión sobre las razones por las que John tiene derecho a violarme y sobre por qué Brock debe llevarme de inmediato con su jefe. Pedro, el tipo al que le disparé se cruza de brazos y los ve imperturbable, y el otro tipo que no he visto antes se rasca la cabeza y parece ansioso.

Aprovecho la distracción y el hecho de que no he notado que estén armados, y busco la mía. Tomo el maletín, el hombre de la puerta me mira, disimulo aferrándome a mi bolso y finjo estremecerme. Es necesario poner toda mi lección en práctica. Mientras John alza la voz y protesta por no poder jugar conmigo —*Jodido imbécil de mierda, primero muerta a dejar que ese hijo de puta me toque*— El gruñido de Brock disimula el clic del seguro, John empuja a Brock y esto hace que todos vuelvan su concentración hacia él. Brock gruñe y lo golpea en la cara, Pedro, sostiene a John mientras Brock se lanza a golpearlo de nuevo, este se remueve y trata de golpear a Pedro con

sus pies.

El hombre en la puerta da unos cuantos pasos lejos de la puerta y la pelea, nervioso y ansioso. Puedo ver el sudor correr por sus sienes. Están demasiado entretenidos en sacar la mierda de John que no se percatan de que tengo el arma en mi mano y que me levanto y doy unos pasos hacia la puerta.

—No te molestes —gruñe Brock mirándome por encima de su hombro. Me congelo y llevo mi mano con el arma hacia atrás—. No vas a salir de aquí, a no ser que sea con nosotros.

Estrecho mis ojos y les enseño el arma. Las cejas del Brock se levantan un poco. Pedro se sacude levemente y me mira atentamente —bueno no a mí, al arma, creo que recuerda lo que sucedió en el baño— John me mira y sonrío, un hilillo de sangre baja por la comisura de su boca, su ojo izquierdo está hinchado y de un raro color.

—Creo que también quiere ir por ti Saulo —escupe, se ríe y Pedro-Saulo lo fulmina con la mirada—. Primero detuvo el corazón de tu hermano y ahora va por el tuyo.

Saulo me mira con todo el rencor y odio del mundo, entiendo entonces que Pedro era su hermano gemelo y al parecer, sí lo maté aquel día.

—Dame el arma —suspira Brock y da un paso hacia mí—. Puedes lastimarte.

—Voy a lastimarlos a ustedes si no me dejan ir.

Saulo resopla y busca su propia arma bajo su camiseta. Me apunta y sonrío.

—No la mates —ordena Brock—. Mario la quiere para divertirse con ella.

—Podemos decirle que se quiso hacer la valiente y tocó aplacarla un poco.

El otro hombre también saca un arma y ya son dos contra mí. John vuelve a reír y Brock lo fulmina con la mirada. Pero siendo el estúpido que siempre supe que era, John saca su propia arma y apunta al hombretón.

—Quiero jugar con ella, y tú ni nadie me lo impedirá.

Veo como Saulo continúa apuntándome y el otro hombre a punta a John, mis manos tiemblan un poco al percatarse que se va a desatar la mierda aquí y no soy la única armada y con ventaja.

—Vas a pagar el haber dirigido un arma hacia mí.

—Tú lo lamentarás —gruñe John.

Brock se lanza por John, y éste dispara, la bala da contra el pecho de Brock. Grito y también disparo, hiriendo a Brock en el hombro. Gruñe y empuja a John contra el suelo. No sé como mierda se desarrolla todo, pero un momento estoy sosteniendo el arma, disparándola y al otro estoy en el suelo, desarmada, mi sien doliendo, mi visión tornándose borrosa y un el sonido de otro disparo me aturde.

Empiezo a patalear y golpear a quien se posiciona sobre mí, golpeo una mesa, golpeo un pecho duro, y pateo una cara.

—Mierda. Esta mujer es como un pulpo —sisea el hombre que logra someterme y aprisionarme.

Algo frío toca mi palpitante sien y me vuelvo para tratar de enfocar lo que tengo en frente. Parpadeo varias veces y logro reconocer el cañón del arma apuntando mi cara, me congeló.

—Permanece de esa manera, será más fácil para ti, y más fácil para mí. —Miro al hombre que me apunta y veo su estúpida sonrisa antes de que vuelva a golpearme el rostro. Creo que realmente extraña a su hermano—. Sigo pensando que deberíamos acabar con ella aquí. Cualquiera pensaría que se enfrentó con el novio de su amiga y no terminó bien.

—Tenemos que llevarla con Mario —gruñe Brock—. Y no vuelvas a golpearla, Mario se enojará si ve que te le adelantaste.

—La puta se lo merece, eso fue por mi hermano.

—Es mejor irnos —dice el otro hombre—. El disparo tuvo que alertar a algún vecino.

—Loco tiene razón, vámonos.

Saulo me toma del brazo y me levanta a la fuerza, tropiezo con mis pies cuando veo el cuerpo de John en el suelo, con un agujero de bala en su

cabeza. Me estremezco, odiaba al tipo y no doy tres mierdas por su vida; pero la sangre y lo que supongo son sus sesos en el suelo, eso es demasiado para mí.

Brock gruñe y maldice, levanta su camisa y veo que tiene un jodido chaleco antibalas bajo ella. Eso es lo que no permitió que el disparo de John le atravesara. *Jodido imbécil.*

Los tres hombres me rodean, Saulo entierra el arma en mi costado y continua empujándome hacia afuera, una vez en el pasillo, me vuelve hacia él y sonrío.

—Este es necesario y lo disfrutaré —dice antes de golpearme de nuevo en la cabeza y hacerme perder el conocimiento.

## Juliana.

Algo pincha mi mejilla, despertándome.

Parpadeo lentamente, notando que uno de mis ojos no se abre totalmente y que estoy atada de pies y manos; muevo mi cabeza y siento como del dolor se dispara por todo mi cuerpo. Especialmente mejilla izquierda. Gimo y abro mi boca, pero mis labios están unidos. Algo tapa mi boca.

*Cinta adhesiva.*

Estoy acostada en un sofá, trato de enderezarme y lo encuentro realmente difícil, pero lo logro. Enfrento varias figuras. El golpe aún me tiene un poco aturdida, por lo que tardo en enfocarlo todo y descubrir qué es lo que tengo al frente.

Hay varios hombres, muchos, a mi alrededor.

—Buenos días, bella durmiente —dice una voz a mi izquierda. Vuelvo mi cabeza y gimo cuando el dolor aumenta. Vuelvo a desenfocarme y me mareo—. Creo que la golpeaste demasiado fuerte, Saulo. Sigue aturdida.

—Y dolorida —resopla, divertido, el susodicho.

Intento decir algo pero no logro ser clara. La maldita cinta me priva de hablar.

—Creo que quiere decir algo. —Por fin logro ver al dueño de la voz rasposa y firme. Es un hombre blanco, demasiado joven, no creo que pase de los treinta años. Es delgado, probablemente de la misma estatura de Iván. Su

cabello es negro azabache, tiene ojos oscuros y malévolos, una sonrisa escalofriante con dientes disparejos, un tatuaje en su cuello y un aro en la ceja.

Hace una seña desde su asiento tras una mesa. Uno de los hombres que me rodea se acerca y tira de la cinta.

—Auch —chillo por la sensación de ardor y picor que deja la cinta en mi piel—. Creo que me acaban de depilar el bigote. —Mi voz sale chillona, débil y asustada. Como me siento.

—Así que tú eres la mocosa que ha estado follando el culo del sapo de Gómez —Sonríe, mirándome de forma apreciativa y escalofriante. Estoy frente a Mario Urrego y no era lo que esperaba—. Bajo el ojo y mejilla hinchada, los moretones y las fachas que tienes, puedo ver por qué razón el agente se especializó en follarte. —Gruño y se ríe, mira a Brock que noto está a su lado y suspira—. Lamento decirlo amigo, pero es verdad, sus tetas son mejores que las de tu esposa, y son naturales, eso es mucho que decir.

—Nunca voy a reconocer esto frente a ella, mis bolas podrían estar en peligro, pero es jodidamente cierto.

Los hombres a nuestro alrededor asienten y se ríen. Gruño y fulmino a Mario.

—Estás frustrada y molesta. Lo sé—dice y se levanta, rodea el escritorio y se acerca a mí, inclinándose para quedar al mismo nivel de mis ojos—, también lo estoy..., molesto, cansado. Muy cansado de que las cosas salgan mal, de tener sapos detrás de mi culo, de confiar en las personas y ser traicionado. —Suspira y acaricia mi mejilla buena con su mano, trato de retirarme, pero me sostiene con su otra mano y continúa acariciándome—. Me molesta eso, sabes, tener que poner mi confianza en alguien para luego perderla y volver a empezar de nuevo.

—Mover todos mis tesoros para evitar que sean descubiertos, esconderme... tener que empezar todo de nuevo, moverme como una rata asustada, desconfiar de mis hombres más cercanos porque uno de ellos resulta ser un puto agente encubierto. Es agotador y súper frustrante —resopla y agita sus manos. Lo miro, intentando mostrarle lo muy bienvenida

que es su caricia y lo mucho que me importan sus jodidas palabras. Sonríe ante mi evidente molestia—. Es curioso como algunas personas caen en mi mierda por cosas estúpidas. Si supieras a cuántos he tenido que desaparecer por estar en el lugar y momento equivocado. —Se levanta y regresa a su escritorio—. Lo tuyo ha sido muy... fuera de lo común. Entrar al baño de hombres cuando estaba por acabar con el sapo, matar a uno de mis hombres y huir con el tipo. —Abre un cajón y saca un martillo. Frunzo el ceño ante esto, entonces mi cerebro procesa todo y jadeo cuando una suposición llega a mi cabeza—. Quería acabar rápido y fácil contigo, pero realmente tú y el agente encubierto me han causado varios dolores de cabeza. Especialmente él, le abrí las puertas de mi casa y mi negocio, le permití conocer mis rutas, movidas, cosas que sólo hago con mi círculo más cercano, me hizo creer en él, apreciarlo y considerarlo un hermano y terminó siendo un jodido sapo traicionero.

Chasquea y camina como un depredador hacia mí. Me estremezco y alterno mi mirada entre su rostro y el martillo. Él lo nota y sonrío.

—Ah, ya tienes miedo. —Se inclina de nuevo y deposita un beso en mi mejilla. Me alejo—. Realmente lamento lo que va a pasarte, hubieras sido muy especial aquí, eres mi tipo, totalmente mi tipo. Pero bueno, tengo que cerrarte los ojos y la boca para que nunca puedas hablar sobre lo que has visto y presenciado. —Pasa la cabeza fría del martillo por mi cuello y mis brazos atados—. Además, joderte a ti joderá al policía ese, es un bono. Alguien nos dijo que te has vuelto muy importante para él, voy a dejarle un mensaje y tú serás mi hoja en blanco.

Río y se levanta, no me da tiempo si quiera de procesar sus palabras antes de golpear fuertemente el martillo en mi brazo derecho. Grito por el dolor, repite el movimiento, con tanta fuerza, que siento como rompe mi brazo. Puedo escuchar el hueso rompiéndose. El estallido de dolor sube por todo mi brazo y baja hasta mi columna para regresar y ser doblemente registrado en mi cerebro.

Grito, lloro. Me lamento y me remuevo, tratando, en vano, de alejarme de Mario y su despiadada tortura. Las lágrimas bajan por mis mejillas como agua derramada del cántaro. Mis oídos, pitan pero todavía logro escuchar la

risa de todos a mí alrededor y la de Mario.

El siguiente golpe es en mi antebrazo, vuelvo a gritar y sus risas se escuchan como gritos de hiena. Los golpes continúan en mis piernas, espinillas, muslos. Lastimo mi garganta debido a mis gritos, mi rostro está húmedo por mis lágrimas. Todo mi cuerpo duele de una manera que nunca pensé haría. Mario se detiene y tira el martillo a un lado. Si el dolor no fuera tan fuerte, suspiraría de alivio, pero no puedo hacerlo.

Cierro mis ojos y tengo una oración—grito silencioso— hacia Dios, pidiéndole que tenga compasión de mí. La plegaria se repite en voz alta y ellos ríen. Mi cerebro ya no lo soporta más y le ordena a mi boca pedirle clemencia a estos monstruos.

—Por favor, no más, duele —jadeo y abro mis ojos para rogarles que me dejen de lastimar. Mario me ignora, toma una navaja que le entrega Saulo y se vuelve sonriendo todavía. Si mi cuerpo no estuviera temblando ya, podría decir que me estremezco, pero no hay diferencia alguna.

Mis lágrimas nublan mi visión y Mario pasa a ser una figura borrosa, no veo su brazo, pero siento el corte en mi estómago. Me ha apuñalado, arde, quema y siento la sangre derramarse, moja mi piel, mi ropa. Jadeo y me golpea con su puño en mi cara, luego en mi pecho, apuñala uno de mis muslos. Nunca dejo de gritar y sé que ellos lo disfrutan.

Los gritos se vuelven cada vez más roncós y silenciosos, mi visión se torna totalmente borrosa y empiezo a sentir como me balanceo hacia la inconsciencia. Recibo una cachetada.

—No te duermas todavía. Queda mucho por escribir.

Abro mi boca para decirle que ya no puedo más, que me mate de una vez, pero no puedo gesticular palabra alguna.

Cierro mis ojos y me resigno a seguir recibiendo sus golpes, no sé si estoy imaginándolo, pero empiezo a escuchar gritos. Mi cuerpo, dolorido y lastimado, cae completamente sobre el sofá. Mi mejilla derecha siente el frío cuero dándome sólo un poco de consuelo.

Algo rompiéndose suena después. Logro distinguir el sonido de pasos acelerados, disparos, maldiciones. Alguien me sacude o creo que trata de

levantarme, con lo último que me queda empujo, haciendo tropezar a quien me sostiene y cayendo junto con él al suelo.

Jadeo por otra ola de dolor que se dispara, si el pelo doliera, probablemente me dolería en estos momentos. Gimo cuando alguien pisa mi espalda y por fin mi cerebro decide darse por vencido y el resto de mi cuerpo también.

Espero morir pronto.

## Iván.

Dejo caer mi cabeza entre mis manos y empuño mi cabello.

Las lágrimas ruedan de mis ojos y se estrellan en el piso immaculado.

Una mano se posa en mi hombro y la sacudo. No quiero la jodida compasión de nadie. Sólo quiero que ella abra sus ojos una vez más, que me mire, que sus labios se muevan alrededor de mi nombre. Sus manos las quiero acariciándome, jugando con mi cabello, preparando la cena, cargando a Bonnie y ofreciéndole galletas a Mateo.

Quiero oír su risa, su voz..., quiero verla, viva.

Deseo regresar a nuestro sueño, a esa vida de mentira que teníamos, donde ella estaba a salvo. Donde estaba feliz, donde era mía. Donde compartimos tanto, prometimos tanto y disfrutamos el uno del otro.

Quiero volver a lo que éramos. Quiero despertar a su lado, hacerle el amor, besar cada rincón de su cuerpo. Quiero todo de nuevo, con ella.

Quiero retroceder el jodido tiempo y ponerla a salvo, llevarla conmigo y alejarla de todo el dolor y el sufrimiento que pasó. No quiero aceptar lo que me espera, no quiero.

Me rehúso a dejarla ir, a perderla.

Pero debo hacerlo, debo decirle adiós, al menos por ahora.

Me levanto de la silla donde me dejé caer desde hace más de una hora. Seco mis putas lágrimas y camino hasta ella. Miro su cuerpo lastimado e

inmóvil, y una oleada de dolor y desolación aprisiona mi corazón. Tomo su mano, fría y manchada con su sangre, la beso y estrecho esperando una respuesta de ella que sé no llegará. Me acerco a su rostro y me inclino para alcanzar su labios, morados y secos.

La beso.

Le doy un beso que espero no sea el último.

—Te amo, siempre te amaré. Volveremos a estar juntos, no importa cómo, no importa cuándo... lo haremos —susurro con todo el sentimiento y convicción.

Me levanto, la miro por última vez y me alejo, dejando con ella mi corazón. Mi vida.



Jamás podré sacar de mi cabeza la manera en la que la encontré. Herida, rota, a pocos minutos de morir.

Le dije todo el tiempo que la amaba, no sé si me escuchó, pero no dejé de repetirlo incluso cuando la arrebataron de mis brazos y la llevaron lejos.

Me tomó demasiado tiempo sacar la información de Ramírez y llegar hasta donde la retenían; el jodido hijo de puta soltó la lengua muy tarde. Jamás le perdonaré esto, no me importa que su hermana y su sobrino corrieran peligro, el malnacido nos vendió, vendió a Juliana. Permitió todo esto y ya no hay vuelta atrás. Lo hecho, hecho está, así me duela en el alma.

Miro por la ventana del mugriento motel en el que estoy, perdiéndome en las luces de la ciudad donde me escondo mientras mi equipo logra dar con el imbécil de Mario y conmigo.

Sí, el jodido logró huir.

Junto a siete de sus hombres, entre ellos el hijo de puta de Saulo.

Quiero encontrarlo, quiero desgarrarlo en pedazos con mis propias manos. Romper cada uno de sus huesos y hacerlo gritar por todo el daño que

le causó a ella. Quiero drenarlo de toda vida y sonreír en el proceso. Escupiéndole en su cara, que morirá en mis manos, pero también en las de Juliana, porque todo lo que quiero hacerle al hijo de puta es en su nombre.

Sólo tengo una hora más antes de salir y encontrarlo.

Me tomó seis semanas hacerlo, pero lo encontré.

No ha sido fácil, especialmente teniendo a mi propio equipo tras mi culo. No podía simplemente aceptar lo que ellos proponían. Volver a huir, entrar al puto programa de nuevo y esperar a que ellos dieran con él y enviarlo a prisión.

*Ese hijo de puta no merece seguir respirando.*

Así que corrí, como una rata, y me escabullí como una buscando a otras ratas que por unos pesos o con algunos golpes me entregaran su ubicación. He tenido que tener mucha paciencia, ser más listo y despiadado, ser una bestia.

Pero todo valió la jodida pena. Sé donde está, que tan protegido está y como mandar a todos a la mierda, o al infierno.

Sonríó para mis adentros cuando veo a la rata acercándose a mi puerta. A veces, como ratas, debemos compartir el mismo desperdicio para sobrevivir. Encontré a la mía, un viejo y resentido “amigo” de Mario. Yo tomaré su vida y él tomará su dinero. Abro la puerta y recibo el paquete que me extiende.

—Espero que estés listo.

—Lo estoy —respondo. Miro a los ojos sin emoción de Roberto y flexiono mis manos—. Es hora.

—Es hora.



Dolor se dispara por mi hombro y siseo.

Maldita sea, duele. Las jodidas balas en la piel duelen.

Me dejo caer contra la pared y recargo mi arma. Roberto se ríe a carcajadas y empieza a contraatacar. Sólo son siete hombres contra dos de nosotros. La casa es pequeña y sólo hay una puerta de entrada y salida. Puerta que estamos bloqueando.

Uno de los hijos de puta logró darme en el hombro, pero yo ya he acabado con dos de ellos, el enfermo de Roberto va por el tercero. Eso sólo deja a Mario y a otro de sus lavaperros. El factor sorpresa es lo que nos dio la ventaja, pero si permitimos que vaya a la planta de arriba, podrá saltar por una de las ventanas hacia la terraza de la casa de al lado, correr y perderlo.

Le hago señas a Roberto para que me cubra y corro hacia las escaleras para detener a Mario, acabo de verlo correr hacia allí. Roberto asiente, cuento hasta tres y corro, Dios esquivando las balas por mí. Logro llegar al primer escalón y tomo el resto de dos en dos, cuidándome de no recibir un disparo más.

La escalera está despejada, llego al segundo piso y reviso la primera puerta a mi derecha. Vacía. Una carcajada procedente del primer piso me confirma que Roberto cargó con el último de los lacayos.

Sostengo mi arma y camino hasta la habitación con el ventanal, comprobando cada puerta en mi trayecto.

—Estás acabado —grito cuando llego a mi destino, veo a Mario tratar de abrir la ventana, se vuelve cuando me escucha y apunta. Ya estoy apuntando mi arma hacia él.

Resopla y ríe. —Me conoces, sapo. Sabes que no me rindo fácilmente.

Me encojo de hombros e igualo su sonrisa. —No me importa llenarte el cuerpo de plomo.

—¿No te importa recibir lo mismo de mí? —escupe a sus pies y tuerce su cuello. Está asustado, nervioso. Siento la presencia de Roberto tras de mí, apunta hacia él—. Ah, debí imaginarme que no podrías llegar hasta mí así de fácil. Tuvo que ayudarte el jodido Gato.

—¿Dónde está el dinero? —pregunta Roberto, o Gato. Me encojo de hombros y cabeceo hacia Mario.

—Si lo conozco bien, debe estar en el piso bajo la bañera del baño o dentro del asador que está en el patio —respondo.

Los ojos de Mario se abren un poco y sé que di en el blanco. Roberto se ríe, palmea mi hombro y apunta su enorme arma hacia Mario. —Déjala. Te aseguro que morirás más rápido en manos mías que en las tuyas.

Niego y sonrío. Mario traga fuertemente y comienza a sudar como un maldito cerdo.

—No voy a morir —gruñe. Roberto ríe y yo sonrío.

—Vas a morir, Mario. Si no te disparo yo, lo hará él. Yo trataré de apuntar a tu cabeza, él lo hará en tus piernas, cuando caigas se acercará, te amarrará a la silla y... no será bonito. Vi lo que hizo con uno de tus guardias, ¿el que no apareció hoy? —Silba y me sonrío—. Fue un gran trabajo, impresionante.

Mario se estremece y se gira parcialmente hacia mí, gran error, eso le deja la oportunidad perfecta a Roberto para...

El disparo da en su jodida rodilla, astillando y quebrando el hueso y rajando la carne. Mario grita y cae al suelo, el arma en su mano rebota unos cuantos pasos lejos de él. Roberto la pateo hacia mí, asiente con la cabeza y habla de nuevo.

—Suerte, chico —dice y se aleja para buscar el dinero. Después de todo, es lo menos que merece después de que Mario lo engañara y repudiara —. Me gustaría sentir algo de pena por perder un hermano, pero, él me enterró a mí hace mucho tiempo.

—Estamos a mano —murmuro, Roberto me mira y asiente. Él se marchará con lo que merece y yo torturaré a su jodido hermano hasta estar satisfecho y asegurarme que nunca más vendrá tras de mí o de los míos.

—Deja bien colorido el cuarto, necesita un poco de rojo.

Me río entre dientes y le doy la espalda mientras sale. Camino hasta Mario y pateo su destrozada pierna.

—Esto no será bonito... ni tampoco rápido.

## Juliana.

Sigo rotando el anillo en mi dedo anular.

Es difícil desprenderme de él, deshacerme de algo que me recuerda una vida que logré tener y que disfruté.

No puedo negar que extraño esa vida. Demasiado.

Desperté hace dos semanas en el hospital. Estuve en coma otras dos, y ya llevo por fuera tres. Me he estado quedando en un hotel desde entonces, curándome de mis heridas, tratando de conectar de nuevo con mi familia y mis amigas, y asistiendo a terapia como lo hace Silvia.

Me dieron salida un día después de qué, Alex Jiménez, el jefe de Iván y agente a cargo de la unidad cinco, me informó que el cuerpo de Mario fue hallado sin vida y en horrorosas condiciones, en una casa de La Plagüita. Una población ubicada a quince minutos en lancha desde Puerto Nuevo.

Suspiré un poco tranquila por la noticia, eso quería decir que ya no necesitaba esconderme más. Estaba a salvo. Estaba viva.

Todavía tengo una férula en mi mano derecha y otra en mi pie izquierdo; hay una cicatriz en mi abdomen y otra en mi muslo que me recuerda el horror que viví a manos de ese hombre. Silvia también tiene cicatrices, pero esas son más profundas, son cicatrices del alma. Creo que el hecho de saber que podría morir y tener más conciencia del problema en el que estaba me ha hizo más fuerte a la hora de despertar y afrontar lo que sucedió. Yo estaba dispuesta a morir para salvar la vida de los que amaba.

Me había resignado, aunque el temor y el miedo nunca se apartaron de mí.

Silvia no, ella fue torturada por su novio, el hombre al que amaba, violada por él y los idiotas de sus amigos, drogada y amenazada. No ha querido regresar a su apartamento, el DNIC ha dispuesto de toda la ayuda para nosotros, y Alex se ha mostrado muy interesado en brindar mucha ayuda a Silvia, aunque mi amiga lo ignore.

Silvia me ha pedido perdón unas diez mil veces desde que nos encontramos. Se siente culpable por tener un hijo de puta por novio y se culpa por lo que nos pasó a ambas. Le he dicho otras diez mil veces que no es su culpa, pero no me cree.

Mis padres están aliviados y felices de no tener que llorar más a su hija. Mafe está contenta de no haber perdido a sus dos amigas. Después de salir del hospital y de saber que Mario estaba muerto, Alex me permitió contarles a todos que pasó todo el tiempo que jugué a estar muerta.

Lo que me llevó a preguntar por centésima vez dónde estaba Adrián o mejor dicho Iván; pero nadie me daba razón de su paradero. Sólo me dijeron que tuvieron que reubicarlo y esconderlo y nadie sabía donde estaba. Órdenes de su jefe. Muchos de los hombres de Urrego que fueron detenidos cuando me rescataron están esperando su juicio e Iván es testigo clave. Deben protegerlo hasta que cada uno cumpla su sentencia.

También he preguntado por mi vida en La Morada, por mis amigos y mis perros. Me dijeron que pueden regresar a mis perros, pero no me confirmaron si podré volver a ver a mis amigos. Eso depende de si quiero seguir con mi identidad falsa y volverla una realidad o si prefiero regresar a mi vida como Juliana.

No pensé que la decisión fuera tan difícil. Primero porque se supone que mi corazón debe estar con mi familia, pero tengo la esperanza de que si regreso a mi vida anterior podré tener a Iván.

Lo extraño demasiado.

Todavía puedo escucharlo gritarme que me amaba mientras creía que moría.

No creo que sea capaz de renunciar a ambas vidas y creo que por eso es

que lloro cada noche, me siento vacía, indecisa, intranquila y tengo ciertas pesadillas. No estoy segura de dejar ir a Yuliana, pero tampoco estoy segura de querer seguir siendo Juliana.

Jamás pensé que me encontraría en una situación tan difícil, donde tuviera que decidir entre dos partes de mi vida, entre dos *yo*.

Pero igual, jamás imaginé que entrar al baño de hombres me llevaría a esta espiral de situaciones; donde tuve que esconderme, actuar y vivir como otra persona, donde me enamoré de mi compañero de actuación y donde casi muero.

Nunca pensamos que una estúpida decisión puede llevarte a la muerte.

—¿Lista? —pregunta mi madre. Le sonrío y dejo de rodar el anillo, pero no me lo quito. Si lo hiciera, es como si le dijera adiós a Adrián, a Iván y no puedo hacerlo, no todavía.

*¿Lo sigo esperando?, sí, lo hago.*

—Sí, todo está listo. Ya empaqué cada cosa que se supone es mía —murmuro. Mamá me da una mirada preocupada. No he sido la misma Juliana que ella vio por última vez ese día antes de ir con mis amigas al club, el club que cambió mi vida.

Ellos lo saben, saben que una parte de mí está feliz de verlos, de estar con ellos; pero otra parte extraña demasiado a Yuliana y la vida que tenía.

—Tu padre está esperando en el auto.

Asiento y suspiro. Tomo la maleta y observo la habitación del hotel verificando que no dejo nada en ella. Regresaré a casa de mis padres, el peligro ya ha pasado, o eso dice el DNIC. Encuentro a Silvia fuera de la puerta y le doy una sonrisa, ella responde vacilante y toma mi mano. Bajamos y encontramos a mi padre en el auto. Nos sonrío, emocionado por volver a su casa.

Estoy tan distraída, pensando en Iván, que no me doy cuenta la dirección que tomó mi padre y hacia donde nos dirigimos.

—¿Por qué vamos al aeropuerto? —pregunto confundida.

Silvia sonrío y estrecha mi mano. Ha perdido peso pero está tratando de

recuperarlo. Mamá y papá me ven por el retrovisor y sonríen.

—Es una sorpresa —susurra mi madre mirando a mi padre con complicidad.

Un auto negro, parecido al que conducían los miembros de la unidad cinco se posiciona a nuestro lado. El lado del pasajero baja su ventana y Alex aparece sonriendo hacia nosotros.

—Ey tú, muchachote —grita mi padre. Alex sonrío y guiña un ojo hacia mí, cuando me ve mirándolo preocupada.

Aparcamos en el estacionamiento privado del aeropuerto y bajamos. Corro—cojeo preocupada hasta el auto de Alex.

—¿Qué sucede? —chillo. Alex sigue sonriendo y no sé de qué manera sentirme.

—Todo está listo —responde, mirando de mí a mis padres y a Silvia—. Sus cosas estarán llegando mañana.

—¿Cosas? —Me vuelvo hacia mis padres—. ¿De qué está hablando?

El resto del equipo baja unas maletas del auto y se las entregan a mis padres. Mafe llega en otro auto, sus ojos están hinchados y se nota que ha llorado.

—¿Alex?

—No te preocupes, Yuliana. Todo está bien.

—¿Yuliana?

—Así es, tus padres y tú regresaran a casa.

No estoy entendiendo nada. Mis padres sonríen y se abrazan. —Cariño, hay demasiados hombres malos todavía respirando y no podemos permitir que nos alcancen.

Parpadeo hacia mi madre sin comprender muy bien lo que acaba de decir. Papá ríe entre dientes y me aclara.

—Hemos decidido entrar al programa. Tus enemigos aún están en la cárcel y el agente Alex, así como nosotros, no estamos muy seguros de que se quedarán tranquilos allí y no vendrán por todos.

Mi corazón comienza a latir desbocadamente, *¿están insinuando lo que creo que están insinuando?*

—Tu cubierta nunca fue comprometida, a pesar que Ramírez fue quien descubrió tu paradero, jamás lo comunicó ni entregó información sobre quien eras. —Alex entrega un sobre a cada uno de mis padres, y otro a mí—, John era el único que tuvo acceso a tu número, siendo un lavaperros no compartió esa información con nadie pues quería impresionar personalmente a Mario, cuando Brock lo mató en ese departamento, se llevó todo con él. —Suspira y niega con la cabeza—. Fueron tan idiotas de dejar el teléfono de John en la escena, el único aparato que tenía tu número y que ahora está en nuestro poder.

—Eso... ¿eso quiere decir que jamás supieron en qué ciudad estaba ni quien era?

—Así es. El número de todas formas ya fue sacado de línea, sus registros fueron borrados y la empresa telefónica no puede tener información alguna sobre ese número.

—¿Voy a regresar?

—Vamos a regresar —susurra mi madre—. De todas maneras Oscar Sandoval y Mariela Pérez quieren vivir cerca de su hija y su yerno.

A la mención de Iván mi corazón deja de latir por unos momentos. Mis ojos se humedecen y miro a Alex con esperanza y una pregunta en ellos.

Asiente y sonríe. —Tu esposo está esperando por ti, Yuliana.

—Oh Dios —susurro. Mis manos van a mi boca y empiezo a llorar—. ¿Por qué? —pregunto a mis padres, sé que ese cuento de que estamos en peligro no es cien por ciento cierto.

Mi padre se acerca y me abraza. —Porque no eres totalmente feliz aquí, cariño, tu corazón se ha quedado allá y te amamos lo suficiente como para no hacerte elegir. Tú eres nuestra única familia, y a donde quiera que vayas, iremos contigo.

Silvia y Mafe se toman de las manos y lloran en silencio. Las miro y abro mi boca para decirles algo.

—Lo entendemos —musita Silvia—, vamos a extrañarte mucho, pero comprendemos todo. Igual, sabes donde encontrarnos cuando quieras regresar.

Asiento y corro para abrazarlas, lloramos y prometemos estar siempre ahí para cada una. Ellas no podrán acompañarme y jamás les pediría que lo hicieran, ninguna corre peligro y sus vidas están aquí en Monte Nevado, la mía se quedó en La Morada.

Permanecemos unos segundos así, abrazadas y despidiéndonos. Alex me asegura que mis amigas estarán bien y que cuidaran de ellas. Eso ayuda a que esté mucho más tranquila y pueda decir adiós sin cargos de conciencia. Amo a mis amigas, pero realmente quiero estar con Iván.

Les digo una vez más adiós y luego permito que Alex y sus compañeros nos guíen hasta el avión privado que me llevará de regreso a él y que les presentará a mis padres nuestra nueva vida.

En el primer escalón del avión, respiro profundamente, despidiéndome de esta ciudad, de Juliana y añorando regresar rápido a mi mugriento apartamento, al lugar donde me enamoré de mi esposo, a esa vida que me permití vivir y disfrutar y de la que me aferro con todo el corazón.

*Yuliana Sandoval Pérez, estás de regreso.*

# Epílogo

## Adrián.

Estoy tan jodidamente nervioso.

Me paseo por el puto apartamento como un león enjaulado.

Sólo quedan unos pocos minutos para volver a verla de nuevo. Para poderla abrazar, para besarla y para confesarle cuanto la amo, cuanto la deseo y cuanto la he extrañado.

Alex me envió un texto diciéndome que había abordado el avión hace una hora. Eso fue hace cuarenta minutos, lo que supone que este momento debe estar arribando al aeropuerto y en unos veinte minutos llegará aquí.

Reviso el apartamento, comprobando que todo esté en su lugar. Bonnie chilla en el suelo y me inclino para acariciarlo.

—Falta poco amiguito. Ya casi llega mamá.

Mateo viene y muerde suavemente la cola de Bonnie para buscarle juego. Mi perro adora al peludo de Yuliana y se cree su hermano mayor. Los perros se entretienen y eso me da tiempo de revisar la cena. Está perfecto, reviso mi bolsillo y todo está en su lugar. Enciendo una velita aromática para perfumar un poco el lugar y juego Candy Crush en mi teléfono para matar lo poco que queda.

Jamás terminaré de agradecerle a la vida y a mis amigos por todo lo que hicieron por mí. Sé que ellos sabían que quien acabó con Mario Urrego fui yo, pero no vinieron tras de mí, no me encerraron, no me acusaron. Al contrario, cuando me presenté frente a Bedoya y a Alex, ambos agradecieron

el hecho de recapacitar y aceptar entrar una vez más al programa. Los miré confundido cuando me informaron que habían descubierto a Mario Urrego y que todo apuntaba a que una vieja rencilla con un ex socio fue la causa de su brutal asesinato.

*Ellos me cubrieron la espalda.*

*Jamás podré agradecerles por ello.*

Me comunicaron que debía volver a mi papel como Adrián Giraldo ya que mi verdadera identidad fue comprometida. Mis padres habían sido reubicados en Ciudad Esperanza pues el archivo de mi padre, junto con otros doce más también fueron comprometidos. No creí una mierda de ello, pero me sorprendí cuando mi padre entró a la oficina y me informó que él y mamá también entraban al programa.

Era la primera vez en años que mi padre me habló. Aunque no fue una reconciliación normal..., al menos volvimos a mirarnos a los ojos y hablar como seres humanos.

Mis padres también cambiaron de identidad, mi madre se supone es hermana de Humberto, pero no ha habido contacto entre ambos. Papá es ahora un entrenador de perros y mi madre dicta clases de yoga y manualidades.

El juicio para los miembros de los Urrego que están entre rejas será en unos meses, sólo tuve que dar algunas declaraciones en vídeo y listo. Desaparecí del mundo como Iván Gómez y ahora soy Adrián Galindo. Esposo de Yuliana Sandoval... por siempre.

*De eso voy a asegurarme esta noche.*

Pero necesito verla, ya. Estoy desesperado.

La última vez que lo hice ella estaba en coma, herida y rota en una cama de hospital. Pensé que la había perdido, pero no fue así, ella regresó, despertó y lo primero que hizo fue preguntar por mí.

No estuve con ella, no podía, tenía que asegurarme que nunca más volviera a ser lastimada de esa manera. Necesitaba estar seguro que nadie volvería a arrebatarme de mi vida de nuevo... y lo hice. Me encargué de ello.

Estuve escondido por una semana después de acabar con Mario y luego me trajeron aquí, a seguir con mi vida. Una vida de la que no estaba seguro en un principio, pero que empecé a amar y a vivir plenamente.

Escucho el tintineo de llaves fuera de mi puerta y mi corazón se dispara. Es ella. Su voz se escucha amortiguada, creo que habla con alguien, deben ser sus padres. Eso hace que mis manos me suden más, porque hoy los conoceré en persona y serán los únicos testigos de lo que voy a hacer.

Tomo el anillo de mi bolsillo y me paro frente a la puerta, apenas se abre y tengo un vistazo de ella mis ojos se humedecen. Sus ojos encuentran los míos y noto el brillo de las lágrimas en ellos, deja caer su bolso al suelo y corre-cojea para arrojarse a mis brazos.

—Adrián, dios mío, te amo —solloza mientras se aferra a mí.

—También te amo —respondo y la aparto un poco—. No sabes cuánto. Ni yo mismo puedo comprenderlo, nena. —La beso y sonrío, limpio sus lágrimas y permito que ella limpie las mías—. Sé que hay un papel que dice que eres mi esposa, y sé que hemos vivido pretendiendo ser el uno para el otro; pero quiero, aquí, delante de tus padres a quienes apenas conozco hoy —Miro a sus padres brevemente antes de dejarme caer en una rodilla. Yuli jadea y se cubre la boca—, hacer la promesa de presentarte ante Dios y ante los hombres como la mujer de mi vida, como mi alma gemela, aquella otra mitad que encontré y me complementa ahora. Te amo Yuliana, Juliana, todo de ti. Te amo a ti, y estoy aquí, delante de ti, ofreciéndote este anillo, mi corazón y todo de mí para que sea tuyo de la misma forma en la que quiero que tú seas mía.

>>¿Te casas conmigo, y esta vez de verdad y para siempre?

Un sollozo escapa de su boca, sonrío y se arrodilla frente a mí. —Sólo si no usas ese horrible traje y no me llevas a esa fea notaría.

Me río y la abrazo. —Lo que tú quieras, todo lo que desees y cómo lo desees es tuyo, nena. No me importa entregarte todo si tú decides ser mía.

—Soy tuya. Ahora y para siempre.

—¿Eso es un sí?

—Sí, eso es un sí —susurra y me besa. Nuestras lágrimas caen mientras

reclamamos los labios de cada uno. Cuando escuchamos que alguien se aclara su garganta nos separamos. Quito el viejo anillo de bodas y pongo el de compromiso en ella—. Ahora, mientras yo consiento a mis perros, ven y conoce a mis padres.

Nos levantamos, ella sosteniendo a Bonnie que se lanzó contra ella y yo extendiendo mi mano hacia mis suegros...

—Soy Adrián, un gusto.

La pareja de adultos me miran con una sonrisa. Puedo ver rasgos de Yuliana en ambos, al igual que su mismo espíritu amable. La señora Mariela es la primera en hablar.

—Hola, hijo, es un placer conocer al joven que reclamó el corazón de mi hija.

—Y el que la rescató de los brazos de la muerte, por haber hecho eso, por ser el héroe de mi pequeña, tú jovencito, ya estás en mi lista de favoritos.

Sonrío y los invito a pasar a la pequeña mesa. Los veo contemplar el apartamento con bastante curiosidad, la madre de Yuli sonríe cuando saco la silla para ella y el señor Oscar palmea mi espalda cuando destapo la cena. Yuliana se sienta con Bonnie en su regazo y yo la sigo, ubicándome a su lado. Toma mi mano bajo la mena y la estrecha, me vuelvo hacia ella y me inclino para escucharla susurrar:

—Ni se te ocurra esperar hasta el día de la boda para presentarme a tus padres.

—No, por supuesto que no.

—Bien, entonces... ¿Cuándo iremos a visitarlos?

Me acerco un poco más y le hablo tan bajo a su oído—: Una vez que te haya hecho suficientes veces el amor, haya recorrido tu cuerpo y te haya hecho mil veces mía.

—Siempre he sido tuya —susurra con la voz entrecortada.

—Bueno, entonces te haré el amor mil veces, para que nunca se te olvide.

**Fin.**

# Agradecimientos

A Dios, que cada día me brinda la oportunidad de llenar de nuevas ideas mi mente.

Gracias a todos los que se toman el tiempo para leerme, soñar y disfrutar con mi trabajo.

Amigos y familia, por su apoyo y motivación, Dios les bendiga.

# Sobre la Autora

## Maleja Arenas



Psicóloga de la Universidad Antonio Nariño en Cali, Colombia. Tiene 26 años, es madre de un pequeño de 5 años al cual ama y adora con todo su corazón. Desde pequeña amó la lectura, su primer libro fue “Relato de un Náufrago” de Gabriel García Márquez. Vive con su esposo, su pequeño y su mascota Kira (rescatada de las calles), su nueva y juguetona gata Amy (también rescatada) en la ciudad de Cali.

Ama el chocolate, el café y cualquier chuchería que pueda comer, amante profunda de los libros y las historias de amor. Es una soñadora y romántica.

Sus novelas terminadas son:

- 🍓 ¿En tu casa o en la Mía?
- 🍓 Tu Plato de Segunda Mesa (Serie Menú de Corazones # 1).
- 🍓 Entre Letras y un Café (Bilogía Entre letras y un café 1)
- 🍓 Amor, Sexo y Música (Bilogía Entre letras y un café 2)
- 🍓 Almas (Trilogía Entre el Cielo y el Infierno # 1)
- 🍓 Cuidado Con las Curvas (Serie Cuidado con las curvas #1)
- 🍓 Cuidado Con Las Curvas 1.5 (Serie Cuidado con las curvas)
- 🍓 Cuidado Con las Curvas (Serie Cuidado con las curvas 2)
- 🍓 Cuidado Con las Curvas 2.5 (Serie Cuidado con las curvas)
- 🍓 ¿Amor y Amistad? Siguiente puerta a la derecha.

- 🍷 Un Deseo Para Navidad
- 🍷 Desde Mi Ventana
- 🍷 Enséñame tu juego (Trilogía Amor en juego #1)



**Maleja Arenas Autora**



**Maleja Arenas**



**@arenasmaleja10**

- 
- <sup>[1]</sup> Departamento Nacional de Investigación Criminal
  - <sup>[2]</sup> *Protección de Testigos.*
  - <sup>[3]</sup> *Se refiere a cabello peinado hacia atrás con gel.*
  - <sup>[4]</sup> *Que no hace juego. No combina.*
  - <sup>[5]</sup> *Irse de fiesta y embriagarse.*
  - <sup>[6]</sup> *También conocida como máscara para pestañas.*
  - <sup>[7]</sup> *Desaparecida En Acción*